Incipientes personajillos somos todos, eso fueron los moradores de Revilla de Santullán amarrados al nutricio vientre de esta tierra tras hacer de ella despensa y manantial, mansión pobre y pobre sepultura. Carentes de renombrado saber, los personajillos de este enredo lograrán con el aldabonazo de su palabra y con su rutinario trajín impulsar nuestras mentes a paladear los dulzores y amargores del camino. Aleccionados por sus vidas, veremos que nunca el ser humano traspasará la barrera de su hechura por más que intente fingir dignidades, pregonar victorias y ocultar flaquezas, pues la materia será quien nos advierta que es fatuidad ufanarse en la carrera cuyo origen y meta son lloros de cuna y pudrición de sepultura. Para hundir en el olvido tal condena se afana el hombre en absorbentes tareas, para compensar fracasos se lanza ciego a la conquista de efímeros logros, para aclarar misterios se vale de la cultura como instrumento redentor sin advertir que todo es huida del enigma existencial.

La semblanza de toda criatura se muestra en el cerco de vidas amasadas entre altezas y ruindades en una farsa cuya acción y desenlace afán agitado y final tranquilo fueron. En ella veremos a los actores en su verdad de barro egoísta, con agrado acogeremos sus decires, comedia serán sus trágicos percances y tragedia sus cómicos sucesos, para ultimar la función con lloros en el inicio, espejismos en el avance diario y lamentaciones ante la meta fatal, incluso solaz sabremos extraer de sus mentiras, pues no soporta esta vida de continuo el hiriente punzón de la verdad. Y entre el tráfago teatral oiremos la voz del tío Mindivis, paladín capaz de enfrentarse al universo sin más defensa que su saber haciendo humano cuanto el hombre tuvo por divino.

Dientes de gélido cristal gasta el cierzo, como una alimaña se abalanza desde las crestas del norte, rompe hacia el mediodía y todo lo deja aterido. Las losas del cementerio quedan yertas al atardecer, dentro, bajo tierra, debe hacer más calor. Dan pena los allí yacentes, que no pasen frío al menos. Es culpa del cierzo tanto frío, se estremecen las aguas del Rubagón, parpadean sus ondas reflejos argentinos al fulgor de la luna. Son muy amigos la luna y el cierzo, tan inseparables como el resquemor de infinitas penurias y el consuelo de ilusiones albergadas en la entraña de estos personajillos a quienes nadie negará el apelativo de personajes empeñados en lucha contumaz por mantener efímero trayecto aquí en la tierra y merecer eterna recompensa allá en la gloria.

Lanza el cierzo cada tarde venablos acerinos, reseca las pieles, chupa los jugos que la vida retiene codiciosa. Bueno será lo pecaminoso para librarse del cierzo, impulsos perversos, venganzas, odios y lujurias, todo es bueno para soportar este adusto ventarrón.

El tío Mindivis apetece el ulular del cierzo, esos ruidos afilados colándose por aviejados ventanales le inspiran sueños filosóficos que le obligan a prorrumpir en avisos de reprensión.

-Bien está que el dolor apriete y los males dobleguen tanta altanería, que el cierzo escarbe en las conciencias para que anden listos y no se dejen embaucar por mil engaños. Contados son los capaces de prestarme oídos y menos los que acomodan sus pasos a mis consejos.

-No ande malhumorado, buen hombre, parece un loco hablando de esa manera, aunque, la verdad, cada uno puede hablar como le plazca.

-Cualquier cosa podría ser yo, amigo mío, pero no loco, hablar para uno mismo o hablar para los demás, poco importa.

-No se incomode, le llamé la atención con el mejor de los propósitos, porque no le oigan despotricar, bien sabe cuan dada al critiqueo es la gente. Motivos sí tiene uno para avinagrarse con el tiempo este, imposible hacer faena, llega mayo, no acaba de asentar y la labor ahí esperando hecha un abandono.

-Usted con sus cuentas como yo con las mías, de todos modos, iré al tema suyo, nuboso viene siendo el cielo a lo largo de estos meses, pero las nubes abrigo son que nos libran de la helada.

-¿También de los vaivenes del tiempo entiende? Me largo para arriba, y no tome tan a pecho lo de andar como trastornado,

mire y lo comprobará, cuando por pitos cuando por flautas, todos locos.

Largose el vecino espantando ideas mientras el tío Mindivis allí quedó sin dejar de revolver las suyas.

-Ya me dije, harto estoy de ramplonerías, déjales, no quieras rebuscar sapiencia donde solo ves vulgaridades.

Los personajillos están a su rutina diaria y difícilmente soportan el alto perorar del tío Mindivis.

-Oye, Moisés, deberíamos mandar a freír espárragos al individuo ese, cuando no tiene con quién sermonear, sermonea para sí. Bien está un poco de docencia, pero no tanta, llega hasta aburrir al santo Job.

-¿De Julián me hablas?

-De quién si no, ya te digo, con él vengo de cruzar unas palabras. ¿No le llama Mindivis todo hijo de vecino?

-Así le llaman. Mandarle a freír espárragos, pues mira, yo te digo que todos venimos al mundo con un carácter, y cuesta infinito hacernos cambiar de rumbo.

-Líame ahora con teorías, a los comerciantes siempre se os dio bien embabucar. Digas lo que digas, viendo portarse como se porta y hablar como habla, dudo que esté en sus cabales.

-Mejor si me escuchas, carácter el de ese hombre, individuo de saber y sincero por demás. Muy bien me parece ser alguien, no un gusano como la mayoría de los que vemos arrastrarse por aquí. Fíjate, Bonifacio, mal hacemos si despreciamos a una persona de cabeza tan despierta.

-Bien lo sabes, yo de minero y labrador nunca pasé, para espabilados como tú dejo opiniones al respecto. Sí me gustaría que preguntases al señor maestro y a don Andrés cuál es su opinión sobre el fulano, hartos están de escucharle, hasta la coronilla les tiene, al uno con sus filosofías y al otro con su ateísmo. Yo he llegado a pensar más de una vez, ¿no andará medio loco y le tenemos por sabio?

-Poco entiendes de locos y sabios. Mira, aquí llega Fidel, algo podrá aclararnos.

-¿A vueltas con el tío Mindivis?

-Pues sí, tú no le miras mal.

-No le miro mal, y sabréis por qué, porque le veo muy suyo, tipo desligado de esa gente que todos conocemos, curas, obispos, etcétera, individuo que no se casa ni con la Iglesia ni con nadie.

-Tú por ahí tiras, a esos de iglesia y altar bien les diste la patada.

-No lo dudes, y tocante a los del régimen presente, listo el pie para sacudirles y lista la lengua para ponerles verdes si viene al caso.

-Fidel, pasado ya el conflicto, cualquier cosa menos seguir con resentimientos, hablando estábamos del tío Mindivis, no nos metamos en líos.

-Mejor será, al señor Julián, ya veis, le guardo cierto respeto.

-Pues Bonifacio, aquí presente, quiere mandarle a freír espárragos.

-Eso dije hace un momento, de todos modos, no me hagáis mucho caso.

-Dejad al tío Mindivis y meteros con tanto falsario como abunda por ahí. Yo con vosotros hablo sin la menor sospecha, porque en lo tocante a iglesias y politiqueos, mejor saber con quién hablas, y al tío Mindivis dejadle en paz, señor que tiene el salero de decir las cosas según cree. Yo con él bien poco hablo, ahora, con el señor cura, ni media palabra, me iría de la lengua.

-Tienes razón, que en los años cuarenta estamos.

Bonifacio y Moisés se fueron, el señor Fidel allí quedó y echó mano a la petaca.

-¿Tan perjudicial será el tabaco? Para cuatro días que nos quedan, mejor dejarse de tanta preocupación por la salud y tirar con cuatro caprichos.

Excitado por el alarido del cierzo, ha pensado el tío Mindivis que estar alerta por evitar todo mal poco importa, inútil escapar de la fatal amenaza. Los niños no conocen el cierzo, jugando se sobreponen a los enemigos de la vida, enfermedades, hambrunas, terrores nocturnales, y mientras el cierzo pone cárdenos sus cuerpos, revolotean en el juego haciéndose verdugos de su propia existencia. Con gazuza algún mal se aminora, cuando el hambre aprieta, baila la fantasía ante un cortejo de saltimbanquis bullangueros que dibujan filigranas insinuadoras de edenes. No tiene tiempo Luisa la tonta de pensar en el hambre ni en cierzo helador, la buena mujer martiriza su endeble cuerpo acarreando agua, y cuando el dolor la hiere, ríe a carcajadas sin ton ni son.

-Hoy pareces muy alegre, Luisa.

-Casi siempre estoy alegre, yo, reír y cantar.

-Eso está de rechupete, canta, canta, que lo haces muy bien.

-Ya me lo dijeron muchos, canto porque estoy alegre, algunas veces lloro, pero entonces estoy casi más alegre que cuando me río. Los guajes me tiran piedras.

-Pobre hija, cuando les vea les parto la cara, qué ocurrencias hacerte diabluras si tú no haces daño a nadie.

-Tenían que estar siempre en la escuela, así no me tiraban piedras. Mira, voy a cantar un poco.

Luisa solo sabe cantar un lánguido tiroriro, y al terminar, deshoja una sonrisa casi imperceptible.

-No sigas cantando, Luisa, ya veo que lo haces bien, vete para tu pueblo, puedes quedarte helada con este frío.

-Ya no me hace mella el frío, canto porque me lo mandaste, y porque me gusta.

La pobrecita agarró la herrada y marchó hacia Porquera, en el camino varias veces se detuvo a descansar.

-Yo estoy todo el día soñando, así no me entero ni de lo bueno ni de lo malo, así no se muere uno nunca, además, como no tengo nada, nada puedo perder.

Toda una mañana echaría para acarrear tan pequeña porción de agua. Pasados unos años, Luisa la tonta murió y ya no hubo ocasión de mofas, no pudo el cierzo morder el cuerpo enflaquecido de la pobre mujer, pero este personajillo seguiría siendo denuncia contra quienes pregonan apariencias de personajes.

El Rojuco, de nombre real Florentino, agradece tanto cierzo, mejor si estuviera soplando todo el día y así tener excusa para ocultarse y evitar dar la cara.

-Quién fuera sabio como el tío Mindivis, y para qué, si nadie le entiende, mejor no pensar, eso me dijo un día sin yo abrir boca.

-Qué estás diciendo, Florentino, todos hablamos como locos.

-Del tío Mindivis me acordaba y de las cosas que dice. El buen señor se mata en indagaciones para al fin quedar con la cabeza hecha un ovillo. Pero no mentemos la soga en casa del ahorcado, yo sufro por lo mío y el señor ese por lo suyo.

-Te entiendo, cada cual con sus pesares.

Los críos de la Pobre, atentos a cuanto pueda paliar las punzaduras del hambre, pescan barbos y ranas bajo el puente, se mojan los pantalones, y muertos de frío, corretean por las orillas del cuérnago sorbiéndose las velas. Otros son más listos, pescan usando ingeniosas artimañas, eso hace Nori, sagaz muchacho que se devana los sesos en busca de artilugios.

Nadie sabe quién le abrió los ojos para dar en embarbescar el agua con semillas de gordolobo y atrapar todos los peces que le da la gana. Como no para un momento, tampoco siente frío, pero tiene congelado el corazón, mira a los críos de la Pobre como si fueran perros sarnosos.

-Quien no sepa vivir, mejor si las diñara, infestan al pueblo estos cabrones.

-Nori, procura tener un poco de educación, no hables así de esos pobres guajes, que ningún mal te han hecho.

-Y ningún bien tampoco, no te las des de chulo viniendo con lecciones sobre lo que yo deba hacer o lo que me dé la gana decir.

-Solo te advierto no hablar mal de esa pobre gente, mejor si les ayudas.

-Ayúdales tú que tienes pan para todo el año a cuenta de la maquila donde seguro se te va la mano.

-Eres un calamidad, ¿no les dejo gratis la caseta donde viven?

Nori, algo cobarde, no vuelve a rechistar, pero no te fíes, Abenamar, que cruel suele ser la venganza de un cobarde. Tin el molinero, cuyo nombre de Abenamar pocos conocen, no pasa hambre, pues come todo el pan que le apetece a costa de las maquilas de quienes cogen trigo para medio año. El tío Mindivis nunca se ríe por motivos triviales, sí se ríe de la mentira, también de esas aparentes verdades que tanto abundan, reflexiona incansable y sentencia con empaque filosófico.

-La gente hace cualquier cosa menos pensar, narcotizados viven con los cuatro cebos de esta puñetera vida. Veo el rebaño enfilar por el callejón, escaso parecido guarda el pastor con esos lugareños de los que solo simplezas puedes escuchar. Me acercaré, algo podrá contarme.

-¿Por aquí de retirada, señor Mindivis?

-Vi entrar el rebaño y me acerqué. Bien parecen estar las pécoras estas.

-Bien y mal, según se mire, demasiada sequía, poco pasto y de pésima calidad. Preocupante esto otro, vengo observando cómo algunas pierden lana, mire esa ahí cerca, y aquella otra, parece como si las quisiera entrar la sarna.

-Enfermedades nunca faltan, y peor lo ponemos con tanto revolver para al fin no sacar nada en limpio. Tenemos aquí arriba una rara enfermedad, la inteligencia.

-Esta enfermedad no la padecerán los animales, pero mire usted, algún sentido mental noto en ellos.

-Incluso pensarán, que inteligente es la materia.

-No se meta en enigmas, señor Mindivis, y a correr sin más enredos.

Entró la rehala por el callejón arriba amochando al cierzo, aunque las ovejas no le temen, solo temen los dientes del perro de Matías el pastor. Llega Matías a casa ya puesto el sol y mata el frío con unas sopas muy picantes, dos torreznos y varios trinques a la bota. El perrillo muerde entre tanto bajo el tajuelo un pedazo de pan duro, pronto remata el animal su merienda y espera cara al amo cualquier brizna con mirada sublime.

-No conozco ojos más listos ni mirada más inteligente, cómo mira este perro, no dejo de pensar en los dichos del tío Mindivis, materia es su mirar como materia la mirada mía.

Los conceptos que Matías revuelve en su mollera del tío Mindivis los aprendió, materia es la razón y en ella perduraremos. Ni el tío Mindivis sabe cómo haya de suceder, pero sí está seguro este hombre del sempiterno vivir sin que el tiempo misterioso limite nuestra existencia.

El frío se combate de mil maneras, Acelino merodea como cabra loca, revoltijo es de hastío e ilusión, ignorancia y sutileza, timidez y arrojo, sumisión y rebeldía.

-Vivir en este pueblo es como vivir en una cárcel, pero yo me las arreglo para andar libre por mil sitios. Me dan asco los que te impiden hacer lo que te da la gana como si fueras un niño de teta.

-Te estoy oyendo, Acelino. Como niños de teta no somos, cuando nos prohíben hacer ciertas cosas será para que no nos suceda algún mal.

-Pues me dan asco, no vamos a estar siempre haciendo cosas buenas. Me priva sobre todo robar fruta en las huertas, ya sé que es malo, pero los dueños también cometerán sus fechorías.

-Eso de coger en las huertas manzanas medio verdes, o nueces en el corralón del tío Nicasio, también lo hago yo. Según decías, cierto que vivir en este pueblo es como vivir en una cárcel, ni un día siquiera nos lleva don Saturnino de excursión hasta algún sitio por ahí.

-Poco me importa, por cualquier parte ya troto yo sin necesidad de ayuda, piensa como quieras, pero haré lo que me guste por más que me tengan por revoltoso y torcido. Esto de

torcido ni sé lo que significa, te lo digo porque así me llamó don Andrés cuando me pilló tirando piedras al peral del corralón, ese de los perucos duros como piedras que te ves negro para comerlos. También me llamó barrabás.

-Cosa buena no puede significar una palabra así, quiero acordarme de Barrabás, un tío malvado allá por la pasión y muerte de Jesucristo, en el Evangelio se lee eso.

-Hombre, se leerá, pero no seremos nosotros criminales como ese tío, que solo por tener un nombre tan feo sería un tipo malísimo. Algunos por aquí ponen cara de buenos, pero esconden su maldad. En la escuela, por ejemplo, no puedes ni rechistar, siempre don Saturnino llamándote la atención, por eso a mí en la escuela solo me gusta una cosa, ¿sabes cuál?, ver los santos de la enciclopedia.

-Exageraciones tuyas, alguna otra cosa te gustará. Aprender es importantísimo, y para aprender debemos ir a clase, no solo para ver los santos de la enciclopedia.

-Pues te parecerá raro, pero todos los días de la semana deberían ser domingo. Vaya un fastidio con la puntualidad, llegas tarde a clase y ya te cayó una bronca. Un día nos salió con eso de que debemos ser puntuales como el sol. No habréis visto descuidarse el sol para salir a su hora, eso nos dijo.

-Lo peor de todo, no disponer de medios para estudiar, con la pizarra, el pizarrín, un cuaderno donde escribir a pluma y la enciclopedia nos basta.

-Bueno, las chavalas mayores también llevan ese estuche donde guardan trapos, hilos, alfileres, y alguna aguja para hacer costura cuando las toca.

-Sea como sea, muy difícil salir de pobres, aunque acaso cambien las cosas, por eso estudiar aquí en el pueblo, muy importante.

-Pues a mí no me convence eso de tanto estudiar, compáralo con cazar gorriones a cepo cuando en invierno está el abonero tapado de nieve. Como bañarte en el río cuando en el verano hace calor, eso siempre me gustó una barbaridad.

-Y a mí también, ahora, aprender vaya si importa, y obedecer, la mejor manera para ahorrarnos de coscorrones. Tontería rebelarnos siendo todavía unas mierdas. Deja de mirarme con esos ojos saltones, me marcho.

-Marcha donde quieras, ahora mismo voy hasta la mata a ver un nido.

En la mata no existe el odio, ni enfados, ni rebeldías, solo se advierte la pacífica quietud de las plantas y el vívido trajín de los animales. Los hermanos robles son la serenidad misma, la generosidad, la paciencia. A los robles no les amedrenta el cierzo, forman juntos una altiva catedral de troncos y ramaje arropándolo todo como una madre a sus hijos, en las oquedades abiertas entre sus troncos, el aire se hace acogedor y te entra el capricho de permanecer dormido sobre el jergón de la hojarasca. Raras veces merodea la Temeta por allí, prefiere patear por lugares abiertos y mirar hacia arriba para ver si la muerte llega en busca del Rojuco. Un odio pertinaz alimenta la Temeta, mas por amor odia.

En el amor egoísta de plantas, animales y personas se encierra lo bueno y lo malo, el placer y el dolor, pues amor y egoísmo son idéntica realidad, todo se hace por amor egoísta, por ese amor engendramos a nuestros hijos. Egoísmo del fecundo robledal que absorbe sus jugos a la madre tierra para producir vida, egoísmo del espléndido pradal, egoísmo de las mieses ondulantes al soplo del agosteño noto, egoísmo de las cercadas huertas y los extensos pastizales, egoísmo de la vida toda.

Por la portillera de un corralón va sacando el cierzo plumas de gallina en sucios remolinos, desde el estercolero apilado bajo el bardal las arrastra el viento de un lado para otro, en aquella casa una mujer habrá dado a luz. La mujer que acaba de dar a luz debe comer en dosis medidas nutritivos alimentos, y siempre caldo de gallina. Del hogar donde se vio inusual ajetreo sale ahora la señora Consolación, mujer experta en partos quien con hábiles manos cogió al recién nacido y orgullosa camina hacia su casa por haber facilitado la llegada al mundo de un nuevo mortal.

Quienes más y mejor comen son los mineros. Si un minero no come bien, pronto las espicha, pues tiene el pulmón medio deshecho del polvo y el tabaco. Suelen los mineros beber y fumar en demasía, de ahí que tengan hechas cisco las asaduras. Sufren los mineros su ignorante proceder, el tío Mindivis sufre su alta sapiencia, aunque sabe por qué sufre y por qué goza sin aventajar a nadie en felicidad. Para el logro de la felicidad ninguna filosofía vale, incluso convencido está de que la más alta filosofía estriba en reírse de los filósofos. Pronto hallará

hora para verse con el maestro y sin titubeos irá al grano de tan discutible cuestión.

-Los filósofos son una mierda, don Saturnino, ofuscados por lo inmaterial, que ni existe ni puede existir. ¿Cómo pueden dejarse arrastrar por la fúnebre carroza quienes deberían guiarnos por caminos de perenne vida? Teorizar en busca de lo espiritual, eso es todo. Muchos se empeñaron en demostrar la existencia de Dios tras admitir la del espíritu, demostremos antes esto último, nadie pudo demostrarlo y nadie lo demostrará, pues el espíritu ni es ni existe ni puede existir.

Ligero escapó el maestro y en su soledad quedó el tío Mindivis donde ocasión tendrá de juzgar cuanto prospera entre vulgaridades. De esto disfruta el habilidoso Honorino inventando artimañas contra la inteligencia de los pájaros para descubrir sus nidos con miras a completar una colección de huevos.

-Nori, está visto, hay quien aprende con libros, tú con la experiencia.

-Ay, amigo, los pájaros son muy astutos, más listo que Lepe debes ser para dar con el nido en escondites donde los ponen, pero cuando yo me propongo descubrir uno, lo descubro, de lo contrario sería como un gusano.

Campeando tras los pájaros se olvida Nori de mirar por la vida, en un santiamén puede caer donde deje el pellejo, aunque igual es bueno acabar así y no padecer la agonía de los que tiemblan al imaginarse metidos en un ataúd, o como los adictos a misas y oraciones, deseosos de llegar a muy viejos y después seguir viviendo en el otro mundo. El tío Mindivis hierve de rabia al observar el egoísmo de quienes oyen misa cada mañana. Gracias a que don Saturnino, repuesto ya del resquemor sufrido en su anterior encuentro, se deja abordar y con él entablará nuevo debate.

-¿Sabe usted cuál es la condición de los que devoran novenas y rosarios?

-Pues no, jamás se me ocurrió andar al acecho de tal proceder.

-Se aferran a la vida, no cometen el menor exceso, previenen cualquier posible adversidad, miden con cuentagotas el esfuerzo y huyen con prudencia exagerada de los peligros, y digo yo, si aman a Dios, no sé por qué temer encontrarse con él.

-Más de una vez le escuché todo eso, ahora bien, ¿no tendremos derecho a crear dioses e implorarles cuando la necesidad aprieta? Innumerables gentes tomaron ese idolátrico rumbo, que idólatras fuimos y seguiremos siendo.

-Créame, ni me gustan los dioses ocultos ni los de materia hechos, dioses de los que incluso con ríos de sangre regó el hombre sus altares.

-No hablemos hoy de sangre vertida, estamos en otros tiempos, aun así, todavía ofrecemos algo con el fin de obtener más. Los ajenos a creencias religiosas también son egoístas, ya lo dice usted, toda conducta conlleva egoísmo.

-Toda conducta, sí señor, incluso hacer el bien. A quienes practican la caridad podríamos decirles que su caridad manifestación es de su egoísmo.

-Luego si esa es la razón de cuanto hacemos, para qué andar con distingos, todos con la cabeza bien alta. Basta por hoy, tan mal está el no llegar como el pasarse, la virtud está en el medio, alguien me llama, ¿no la oyó?, mi mujer me está llamando.

-Oiga, si su mujer le llama, por mí, ni media palabra.

Por aquí abundan los diestros en obtener pingües cosechas. José Ruiz, uno de ellos, no perderá ocasión de aconsejar al desmañado en agrícolas labores.

-¿Arando, Pedro?

-Aquí con la Paula mi costilla arando, aunque preferible decir matándonos como bobos, yo con esta yunta de mezquino empuje y ella despanzurrando tabones.

-Permíteme, maña y esmero, de lo contrario, sudores mil para mezquinos logros.

-Te equivocas si piensas que algo me enseñas, porque en faenas de aquí como de casa, cuando tú vas ya volví yo unas cuantas veces.

-Lo sé, hombre, lo sé ¿Ves cómo tienes la reja? Puede el arado estar viejo como Matusalén, pero siempre la reja en condiciones.

-Cada uno ponga el esmero que le venga en gana. Aunque pobres, señores somos en las fincas propias como señor es cada uno en su casa y como el rey en su palacio. Ale, José, hasta que nos encontremos por ahí, y santas pascuas.

Siempre hubo mañosos y torpes, el tío Mindivis mira de lado mañas de quienes buscan bienes de aquí como de quienes

aspiran al bien divino, es pensador de día y de noche, en casa y fuera de ella, así en vela como dormido, y su mujer siempre al acecho por si nota indicios de andar tocado de la cabeza.

-Estás viendo lo mucho que me preocupo por tu salud, deja de reventarte el seso, siguiendo así cualquier día das en loco.

La mujer del tío Mindivis es un diminuto hacecillo de huesos y nervios, tiene la cara acartonada, legañosos los ojos, sin muelas y colmilluda la boca, con todo, los mofletes aún la brillan turgentes y sanguinolentos como chorizos en brasas. No hay sitio donde se pase de viejo, viejo va haciéndose el tío Mindivis, mas impulsos conserva para vociferar a los cuatro vientos su crítica implacable.

-Mucho sacar la lengua para comulgar, vuelven al reclinatorio junto al hachero con ademán de compungidas, juntan las manos y musitan jaculatorias con ese gesto suspirón que empalaga, bonita manera de ridiculizar a Dios.

-Déjate de ridiculeces, cuida esa cabeza, que los años no pasan en balde y cada día andaremos más relochos. Tan bien como yo lo sabes, cuando el tejado anda mal, todo anda mal en la casa.

-Bien dicho, pero no deberíamos tener tanto miedo de soltar algún disparate por ver si conseguimos quitarnos la venda de los ojos.

Ligero engulló el tío Mindivis las sopas de ajo con dos torreznos, y en la cocina dejó plantada a su mujer. Por el atrio de la iglesia andaba el maestro con las manos en los bolsillos, era el día del Estudiante Caído.

-Día de asueto, don Saturnino, contentos estarán ustedes con tanta historia y celebración.

-Bien nos vienen estos días para despejar un poco la cabeza, y usted, erre que erre con sus laberintos.

-No abrigue la menor duda, oiga, con las mujeres, mejor cerrar el pico.

-Sobra decirlo, déjelas, usted siga con lo suyo, y santas pascuas. Hoy esperaba hablar de temas comunes, del tiempo, también de cómo podríamos salir del bache.

-Del tiempo pueden hablar los paletos, y sobre economías ni entiendo ni quiero entender. De lo mío sí hablaré aunque todo sea predicar en desierto, eso cuando no te caen reprimendas como me sucede con la mujer.

-Ganarnos el interés de la gente, buen señor, bajando al nivel del alumnado me lo gano yo. ¿Hablamos de Fernando VII cuando usaba toisón? Del rey Alfonso podíamos hablar, y si usted quiere, sacamos a colación el tema de la Pepa.

-Menos bromas, don Saturnino, sobre esos personajes, olvidado tengo lo poco que aprendí. Volveré con el problema, materia de constitución compleja somos, materia sabiamente organizada, en consecuencia, la felicidad…

-Ahora salta con eso que dudo tenga relación con la materia.

-De la materia procede todo, también la felicidad obedece a sus leyes y por ellas queda igualada en cada individuo. Conjunto de fenómenos fisiológicos es nuestra vida, soy incapaz de apreciar a unas personas más felices y a otras menos, tampoco cuándo fui yo más feliz ni cuándo más desgraciado, pues en todo tiempo al placer sigue el hastío y a la satisfacción la ansiedad.

-Desde luego, con nada nos vemos sacios, bien lo decía mi santa madre, esta vida es un gozar rodeado de dolores y un sufrir rodeado de ilusiones.

-Fina agudeza la de su madre, ni placer sin dolor ni dolor sin placer, de nuestra materia proceden ambos. El espíritu, negación de uno mismo y afirmación del no.

Don Saturnino arrancó como un mudo hacia su casa.

-Dudo que alcance este hombre cuanto dice. Mira esos chiquillos, ¿no tendrán frío tanto tiempo en el atrio cuando ni los perros paran por la calle?

Aterido de frío estaba aquel perro que los rapaces mataron entre los morrillos del cuérnago, un perro pidiendo piedad con sus dolientes ojos, pecado mortal fue aquello, ya llegarán poderes justicieros y les harán pagar su granujada. Gisbert andaba entre la pandilla, murió joven deshechos los pulmones por el polvo de la mina, merecida vería su muerte si hubiera vuelto a contemplar los ojos de aquel perro, pero lo sucedido no pudo dejar de suceder, ni podemos evitar que comedia y tragedia anden liadas en contubernio por las sendas de la vida. Ayuda nos aporta el animal con su pacífico comporte para sosegar nuestras inquietudes, sentenciaba el tío Nicasio en presencia de unos vecinos que indiferentes le escuchaban.

-Qué no haría yo por mi caballo percherón, mi vida daría, pues dando está él la vida por su dueño sin pedir nada a cambio.

También Omo el del barrio de arriba se siente orgulloso por unas cabras que posee, de ellas vive, de su leche y de lo que saca con la venta de cabritos. Alguien observa la cabrería de Omo y le suelta una advertencia.

-Fíjate, Omo, esas cabras te miran con toda mansedumbre, así las debes tú tratar. Aprende del cariño con que maneja sus vacas Pedro Seco.

-Me parece bien, pero déjame de cariños, tú vete a ver lo que hace Pedro Seco.

Cuando Pedro Seco comprueba cómo su yunta remonta pequeñas pendientes con el carro cargado de abono hasta la mitad, respira hondo, las acaricia y las besa junto al morro. Su mujer le observa admirada.

-Déjate de mandangas, Pedro.

-Mandangas dices, quisiera verte yo poner tantas ganas como estas ponen.

-Válgame el Dios de los cielos, solo tú puedes venir con comparaciones tan sin sentido, compárate tú con las vacas si quieres. ¡Ay, por Dios, hasta besarlas!

-¿No te beso a ti algunas veces?

-Sí, alguna vez, hace años.

Hermoso papel juegan los animales en el lugareño teatro. Óscar el cuevanero cría conejos en jaulas de madera y los alimenta con verdura que atropa en el campo.

-Óscar, qué bichos más majos tienes, bien os vendrá el dinero vendiendo alguno, ahora, mejor tener cabras, nosotros tenemos tres, y conejos, dos nos quedan, se nos murieron de peste el invierno pasado. Si bien lo miras, casi mejor no tener nada.

-Estaríamos buenos, quítale el burro al molinero, verás qué te dice. Hace días le vi subir calle arriba montado y con una zaquilada encima, le hablaba como si fuera una persona, y el pobre animal tiraba tan tranquilo. Con estos conejos me gustaría hacer una experiencia, no sé quién me dijo que las plantas se desarrollan mejor poniéndolas música, pero mira qué música puedo poner donde las conejeras si ni radio tenemos. De comprar una le hablé a mi padre, y no me puso mala cara, ya tenemos electricidad en casa, nos la instaló Esteban el mes pasado.

Con el maestro conversaba a tal punto José Ruiz, quien sobre animales y fincas es un manantial de sabiduría.

-Estoy contento, ya ve usted, mi vaca primeriza mellizos me dio ayer noche, un par de jatines preciosos, machos los dos. La madre, sin problemas.

-La suerte viene porque alguien la llama con su buen hacer. Por aquí llega el señor Mindivis, aquí estamos, amigo Julián, José y yo hablando de su vaca parida.

-Beneficios sin cuento nos aporta el animal, pero algo más les diría yo, hombre y animal se diferencian poco, ambos mueren tras luchar por la vida, luego menos hablar de dignidades. Bien lo sabemos, la gente exige desquite por triviales daños recibidos, el perro lame la mano de su dueño después de que este la empleara para zurrarle, imposible, pues, que el hombre merezca el cielo y el perro no.

-Está viendo marchar al vecino, eso haré yo sin más.

-Yo aquí quedaré, excelente la soledad para aprender del benéfico silencio. Mal huelen fingidas maneras de señoritos, mejor poner los sentidos en asuntos básicos, no todo consiste en aprender las cuatro reglas y un poco de urbanidad.

Ya a cierta distancia, algo oyó don Saturnino viendo en tales palabras desprecio hacia su labor.

-¿De nuevo con tabarras? Sobre el aprender las cuatro reglas algo quise escuchar. Óigame, quien ponga en bajo lugar mi docencia se las verá conmigo.

-No seré yo uno de esos, don Saturnino, bien sé que pocos ejercicios superan en mérito al suyo, como una universidad valoro el humilde local donde usted se afana.

Media vuelta dio el maestro y se escabulló por el atrio de la iglesia.

-Alumnos tengo que ni las cuatro reglas aprenden, pero duchos en diabluras se hacen todos. Viendo estoy a esos tres de las casas bajeras en animada charla junto al tapial del callejón.

Acelino no para en casa, de continuo anda a la rebusca de primicias en majuelos, endrinos y maillares, eso cuando no robando fruta por los huertos.

-Qué bien estamos aquí, ¿verdad, Acelino? Marianín tiró para abajo, según dijo, tenía que ayudar a su madre en la vega.

-Me parece bien. Asegurabas tú el otro día que estudiar era muy importante, pues ya ves, no hace falta ir a la escuela ni estudiar mucho para apañar moras y andrinas. Don Saturnino se mata explicando, pero yo ni me entero.

-Yo, solo a medias, tampoco creo en las hazañas de hombres famosos que nos cuenta, por ejemplo, el Cid Campeador ganó una batalla después de muerto. ¿Tú crees eso?

-Ni eso ni muchas cosas más, nos pinta los héroes como mejor le parece, el Cid Campeador a lo mejor era un gandul lleno de vicios.

-Pero no todos así. Estaba yo hace días leyendo algo sobre el descubrimiento de América y al final pensaba que jamás existió un héroe más grande que Cristóbal Colón. ¡Cuántas veces pienso ser una persona importante!

-También yo lo pienso, nosotros podemos ser tan importantes como cualquiera, la diferencia está en que esos héroes vienen en los libros. En arreglármelas para apañar cosas de comer a mí pocos me ganan, ahora marcho hasta las Quintanillas, veo un nido que guipé el otro día y de paso cojo unas moras.

-Oye, si quieres coger moras, no puedes encontrar sitio mejor que los Eros de Villabellaco, un sitio donde coges a barullo, dejas a tu derecha la parte bajera del pueblo, tiras para abajo por la izquierda, pasas el río Vaíllo, y allí mismo.

-Allí vete tú, cualquier cosa menos ver gente de ese pueblo, de lo avarientos que son, igual me las quitan. Marcho hasta las Quintanillas y me doy una panzada.

-Ay, majo, me parece que se te esfumó eso de coger moras, tu madre te llama.

Su madre llega algo enfadada, le agarra del brazo y le obliga a sentarse en la banca del portal.

-Quieto toda la tarde, sin chistar ni mistar, estoy harta de verte por ahí como un tarambana, después tu padre contra mí porque te lo consiento todo, no lloriquees, hoy tienes pan en el cajón del vasar para la merienda.

Del aire debe alimentarse el tío Mindivis con esa flacidez y las manos huesudas surcadas por regueros malva de venas delatadoras de sangre empobrecida. El buen hombre vive de la protesta, de ahí que pronto vuelve al diálogo con el maestro.

-Pasan varios días sin vernos y hoy nos topamos a cada paso, que ello nos sirva de relax. Tomar la vida con flema, eso me digo cuando brego con mis alumnos, pero usted, hombre de Dios, debería sentirse como en una balsa de aceite.

-Hay que rebelarse, don Saturnino, el hombre está hecho para la rebelión contra esos apaños espiritualistas que engañan a la

humanidad, aunque cierto también que la mentira aporta dosis de bienestar, pues es alivio contra hirientes verdades.

-Dejarlo por hoy, ¿no le parece? Mire esos chiquitos con cuánta armonía charlan.

-Le veríais, don Saturnino dejó plantado al tío Mindivis, no me extraña. Si yo llegara a ser maestro, no hablaría con tipos como ese.

-Pero no por ser maestro serías más feliz, a don Saturnino poco alegre se le ve, será porque tiene que aguantar a casi setenta alumnos.

-Más entraban en la escuela hace años, hoy ya no hay tantas familias numerosas, antes tenían hasta quince hijos, mi tía la de Monasterio tuvo dieciséis. Hace falta valor para tener tantos, una de dos, o eran muy valientes los padres, o muy tontos.

-Ni valientes ni tontos, para eso se casaban, lo terrible era que entonces se les morían la mitad por enfermedades que hoy se curan fácilmente, pero creían en la voluntad de Dios, se consolaban con la esperanza de que irían al cielo, y amén. Hoy son frecuentes las lombrices y los granos con pus, tuve yo lombrices y desaparecieron tomando hervidos de unas hierbas llamadas hierbas lombrigueras.

-Ni que fueras tú el único, todos hemos tomado hervidos de hierbas medicinales, tisanas se llaman más propiamente. No se me olvidará, hará como un mes tomé tres días seguidos té de genciana para el dolor de tripas, sabía a demonios, pero valió la pena, cedió el dolor hasta sentirme bien.

-No te quejes, suerte tuviste que después de todo eso no te pusieron a régimen como hicieron conmigo cuando tuve ese dolor, una semana estuve comiendo poco, según decían en casa, limpiar el intestino sería bueno.

-Jolín con las enfermedades, parece como si estuvierais medio muertos. Ni me acuerdo cuando estuve yo enfermo, el año pasado sí tuve un catarro, tomé por dos veces un pocillo de leche caliente con miel, y hasta hoy.

-A lo mejor para otros de nada sirve tomar eso, cada enfermo es distinto, con frecuencia dice mi padre que hay tantas enfermedades como enfermos, además, ¿dispone todo el mundo de leche y de miel? No lo demos vueltas, el mejor remedio, tomar vahos de hierbas, como eucalipto cuando tienes ronquera, pasas un rato de calor, sudas por cada pelo una gota, y santo remedio.

-Pero hay enfermedades graves y otras que no lo son, un hermano de mi abuelo tuvo una caída en la cuadra atendiendo los animales, se hizo heridas y contrajo una enfermedad que le producía convulsiones, hasta que murió sin remedio. Si mal no recuerdo, pasmo se llama esa enfermedad.

-Igual te equivocas, se llama tétanos. Ahora nos quejamos de vicio, mi madre suele saltar con estas frases cuando tengo algo: Ay, hijo, esto tuyo comparado con lo que yo pasé en mis tiempos, tortas y pan pintado.

-Pobres niños los de entonces, y con todo, los matrimonios seguían teniendo hijos, no sé para qué tantos. Cierto también que siendo tan pequeñines estarán en el cielo, por eso les bautizaban al poco tiempo de nacer, para que pudieran ir al cielo si se morían, de lo contrario, debían quedar para siempre en el limbo de los niños. Acordaros de lo que dice el catecismo, el matrimonio está hecho para que los casados vivan felices y críen hijos para el cielo, también dice que el cuerpo lo recibimos de nuestros padres, pero el alma, de Dios, es decir, la mitad de los padres y la otra del Espíritu Santo. ¡Quién entenderá todo ese lío!

-No entenderemos, pero hablar indica que pensamos. Don Saturnino siempre nos está diciendo que debemos pensar, que para eso tenemos la cabeza.

-Bueno, ya está bien de tanto catecismo y tanto pensar, sí deberíamos pensar en el mañana. José Luis, con esa cara de santo que tienes, igual llegas a misionero.

-Difícil llegar hasta tan alto, ahora, antes de meterme en la mina, cualquier cosa, se me ponen los pelos de punta ver a mi hermano fastidiado de la respiración. Ahí tenéis al listillo de Máximo, al cuidado del chivo y cuatro cabras mata el tiempo labrando figuras en trozos de madera, y tan contento. El otro día estuve en su casa viendo un montón de esas cosas, y da gloria verlas. ¿Sabéis qué me dijo?, nada menos que intentaría hacerse escultor, yo le dije si pensaba ser tan bueno como Micaelis el que hizo los arcos de la iglesia, y se reía el muy mamón. Hace tiempo también estuve viendo todo ese lío, tenía un relieve donde aparecía la cabeza de un animal con aspecto algo chungo y me decía que pensó hacer un perro, pero le faltaba madera para las orejas y tuvo que apañárselas para dejarle en gato.

-Siempre igual, pensamos ser algo importante, pero quién sabe lo que seremos. Tú, Sari, ¿qué vas a ser de mayor?, igual eres maestro.

-Yo, fraile de enseñanza, o de misa, me da igual, ya lo hablé con mis padres.

-¡Quién te verá vestido de sotana y con una coronilla en la cabeza!

-Se llama tonsura esa coronilla, simboliza la corona de espinas de Jesucristo, ya ves si tiene importancia. Los frailes con los que iré son sacerdotes, dicen misa.

-Pero mucho ojo, porque empezar una carrera no significa terminarla. Mi padre cuenta la aventura de un primo suyo que marchó muy orgulloso con los frailes, y al poco tiempo, sea porque no valía para estudiar, sea por su mala conducta, le mandaron para casa, como suelen decir en los conventos, le empaquetaron.

-Ay, amigo, buena conducta en los conventos, fundamental, y obedecer sin mirar lo que te mandan aunque sea lo más disparatado, como el novicio al que mandaron barrer una escalera para arriba con intención de probar su obediencia, y porque protestó, casi le expulsan. El familiar tuyo igual era algo torpe para estudiar, y ya sabemos cómo son los frailes, le empaquetaron. Difícil que me pase a mí, hasta pensé ir de misionero, de eso trataba un día don Andrés en la escuela, según decía, para atraer prosélitos al aprisco del verdadero Dios.

-Ay, majo, puedes acabar en una caldera de agua hirviendo rodeado de salvajes.

-Ahí está la gracia, muriendo mártir vas derecho al cielo, eso nos decía también, y nos ponía el ejemplo de santa Teresa cuando intentaba marchar con su hermano pequeño a tierra de infieles porque quería morir mártir y así ir seguro al cielo. Bueno, mejor dejarlo, y a jugar. Mirad esos mozos, están tratando de novias.

-Oye, maravilloso ser novio de la maestra, lo pienso y me entra un no sé qué, llego a sentirme padre de todos los niños del pueblo. Ves a una maestra joven con esa frescura, y como si vieras una flor del prado.

-Bonitas palabras, pero imposible, además, no sé de qué maestra estás hablando, porque aquí maestra no hay, algún día te diste con la de un pueblo y te haría tilín.

-Acuérdate del dicho de don Saturnino cuando nos quería meter en la cabeza que con tesón y trabajo se puede alcanzar todo. *Labor omnia vincit*, decía.

-Hasta latín sabes, aprendiste esa frase y vienes ahora con chulerías. Te habrás quedado mudo, puedes seguir ahí hecho un pasmarote.

Grato se le hace al tío Mindivis medir la resignación del conforme en desidias y el afán de quien anhela altitudes, mas todos iguales en el enredo donde llegan bebés a bambolear cunas y ancianos se van a sosegar sepulturas, donde caterva de osamentas atruena los ámbitos con carcajadas mientras los actores vociferan por ver quién puede más, si la muerte con su certeza o el vivir con sus engaños.

Los muertos cada vez más lejos, hace siglos, dentro de la iglesia donde la familia les daba calor con su aliento; después, en el atrio para ver la tumba cada domingo y colocar una florecilla sobre la cruz; más tarde, en la oculta lejanía para hacer inaudibles los avisos que de su mudez emanan; y mientras tanto, aquí cerca los vivos sin ver que este mundo no es sino jaula de prisioneros condenados a muerte. Cuando el Rojuco entró en prisión, una insufrible congoja le oprimía el pecho, se le fue pasando, acomodó su comporte al reglamento del penal, y sin especial gozo, un día cualquiera se vio libre.

-No sé qué pensarás, Florentino, pero bien se nota dónde estuviste, no por tus defectillos, que los tienes, sino por tus cualidades.

-Créelo, motivos tengo para estar agradecido, en la cárcel comí bien, y aprendí cosas, hice allí auténticos primores.

Eso de los primores lo ha dicho el Rojuco demasiadas veces, todos conocen los cuatro chismes que fabricó por aquel entonces: una tabaquera, un joyero de madera fina con incrustaciones de marfil, varias cestitas con flores artificiales, un crucifijo plagado de lentejuelas y lacitos rojos haciendo zigzag en los bordes de la cruz.

-Quieras o no, en la cárcel aprendes lo que vale la vida, te haces duro, el ingenio se te agranda y valoras cuanto tienes alrededor. Sus inconvenientes tiene, pero algo de bueno también, allí el tonto acaba en listo y el listo da en lumbrera. Si vieras el montón de cartas que mandé a la familia… Casi cada semana mandaba una, bien escrita, con adornos en los bordes

del papel y las señas con una letra preciosa para que los de casa notaran en todo ello mi buen humor.

-Nada como la necesidad para hacer verdaderos milagros. Olvídate, ahí cerca tenemos tu casa, y a descansar.

Demasiado chulea el Rojuco por las nonadas que realizó en chirona. La Temeta le odia a muerte, para ella es malo cuanto hace y cuanto dice, mala su familia, sus ganados, sus tierras, incluso el aire que turba al andar. Allá junto al monte fría quedará batida por el cierzo esta mujer, hasta entonces, que viva con su odio.

Don Andrés es un privilegiado en eso de capear el cierzo, la sotana le envuelve de arriba abajo, y por si fuera poco, carga un manteo que nadie sabe donde empieza ni donde termina. Muchos pantalones podrían hacerse con el manteo del cura para tapar el culo a niños muertos de frío. Con ese manteo no se hacen pantalones, es paño de cura, negro y sagrado. Las viejas marchan bien con sus refajos de lana, medias, botines, sayal y pañolón, eso las basta. La tía Catalina mea de pie, así no se enfría el vientre, ni las manos, ni el culo, ni nada.

-Cada una en su corral puede hacerlo así, satisfecha del todo quedas.

-¿Quedó a gusto, abuela?

-Válgame el cielo, el hijo mayor del perniano, no seas sinvergüenza, meticón, mejor estabas en tu tierra allá por la Pernía. Mira cómo se larga.

-Qué te parece, Cesáreo, meando de pie la señora Catalina según yo pasaba, la dije si había quedado a gusto, y con todo su genio me llamó sinvergüenza.

-Con toda razón, digo yo, ni que hubieras descubierto lo más maravilloso del mundo, todos lo sabemos, en tiempo bueno estas señoras no llevan nada bajo la faldamenta. Procura tener un poco de respeto con la gente mayor.

-Me reí porque me hizo gracia, lo veo normal, cosas más feas hacemos algunos.

-En eso aciertas, chaval, allá en lo oscuro quién no hace guarrerías, y después queremos criticar los apaños de una anciana en su corral. Déjate de bobadas y tira para abajo, porque vas a la tierra, ¿no?

-Ya estás viendo lo que llevo al hombro.

Normales parecen tales apaños, peor es lo de hacer del vientre, faena en la que hombres y mujeres, mayores y

pequeños se las apañan como pueden. Hoy en las casas de pueblo no se dispone de medios, de manera que, si en la cuadra evacuaste, límpiate con el dedo; si bajo el carro en el corral, con una teja quizás ya usada otra vez; si en campo abierto, con cuatro hierbas pilladas a mano. Por qué extrañarse del ingenioso orinar de la tía Catalina.

Bajo es el nivel de estos personajillos, mas cada cual valórase como si fuera el más importante de cuantos discurren por escena. También el tío Mindivis admite tal primacía, marcha ahora calle abajo luciendo su visera a cuadros y su corbata sempiterna. Le gusta llevar cachava de espino, dónde habrá dado con pieza tan singular, parten del puño tres vástagos retorcidos como sierpes rematados en una porra irregular endurecida por el fuego.

Estatua carbonosa es la estampa del minero, el cura exhala olores a incensario y sacristía, ambición rezuma el tío Nicasio, astucia y maña José Ruiz, melindrosa piedad los Mosquitos, Pedro Seco y Victorino el de las vacas lecheras vegetan en premiosa dejadez, el Rojuco disimula cobardías cuando su horrible crimen le viene al magín, hondo rencor apacienta la Temeta.

Don Saturnino es grandullón como un Goliat, todo lo tiene enorme, frente que hasta la mitad del cráneo le llega, nuez prominente en demasía, grande la nariz, largas como zancos las piernas y dientes borriqueños siempre asomando. Muy bien le viene su corpulencia para tener a raya a los mayores que ya van sacando los pies de las alforjas. Al buen maestro le preocupa en exceso la autoridad, al tío Mindivis autoridad y poder poco le importan, eso va mejor para falangistas y requetés que ganaron la guerra y para los curas que también la ganaron, mientras la victoriosa muerte vuela por los contornos del cementerio riéndose de sus víctimas.

Desde milenios viene viviendo y muriendo la gente de estas tierras atrapadas entre montañas y apretujadas bajo cielo cruel, dominios cedidos al abad mostense de Santa María la Real de Aguilar de Campoo por privilegio de reyes medievales. Acecinados por el tiempo, henchidos de gustos y sinsabores, hartos de andar con artimañas por echar cortapisas a inquietudes y cansancios, personas de toda edad y condición un día cualquiera dejaron de respirar yéndose al otro mundo tras recibir el viático y la extremaunción, por eso hijos y allegados

apenas lanzaron quejas de desconsuelo aliviados con la cristiana esperanza de que estarían gozando la bienaventuranza celestial, algo distinto al saber del tío Mindivis, que se siente tierra y a la tierra espera volver.

-Óigame, amigo Matías, nadie se sintió angustiado por no haber vivido tiempos pretéritos, luego nadie debe angustiarse por no vivir los futuros. Esta vida es única y total, en ella se asienta la eternidad. Los muertos están muertos para los vivos, no para ellos mismos que perduran en sus últimas consciencias.

Matías asintió con forzada sonrisa y siguió tras el rebaño que en aquel momento formaba un río bullicioso deshaciéndose en ramales hacia cuadras y corralones. Matías el pastor calza botas reviejas y hunde el cuerpo en amplio pantalón de pana, la chaqueta ofrece visos de prenda señorial, quizás sea la del traje de bodas. Un cayado sostiene con su mano derecha, en la izquierda no lleva nada, cómo podría llevarlo si perdió el brazo en un accidente laboral. A la bandolera trae colgado un recién nacido. Hoy topó con Marcelino el cuevanero y ha salido a colación la maña del perro pastor.

-¡Qué perro más majo tienes!

-Si le vieras carear... Ni enviscarle necesito, con mover el brazo basta para que haga lo que debe hacer, es una alhaja este perro.

Matías va reventándose tras el rebaño por no tener otra labor con que ganarse la vida. El tío Benigno, difunto hace años, sí era hombre nacido para pastor y para cualquier faena relacionada con el ganado. Sin recetas de libros, sin otro título que su cordura, esquilaba ovejas, preparaba la lana hasta dejarla lista para ser tejida, hacía quesos y curaba ovejas lastimadas valiéndose de ungüentos desconocidos por el mejor veterinario. Persona culta el tío Benigno, pues cultura es cuanto el hombre realiza para sobrevivir. Cultura demuestra el labrador de escasas letras, quien con rústico arado y reposada yunta hace fértil el predio, lo desyerba, abona y laborea, siembra luego a boleo la semilla que prospera hasta llegar el dorador de espigas mes de agosto, cuando tras labores de siega, trilla y acarreo, logra sacas pletóricas de grano, que molido en la cercana aceña, acabará en nutriente hogaza.

Casi todas las noches baja Matías hasta casa de Antonino el del Ribero a echar un rato de parla. En la cocina al calor de la lumbre se habla de todo un poco, del tiempo y las cosechas, de

pastizales y ganados, de la guerra civil y sus secuelas, de la mina y los mineros, de bandoleros y maquis, de mendigos y gitanos, de los vecinos con sus rencillas, de la religión y los curas.

-Bueno, Matías, el ganado cómo va.

-Tirando, solo tirando. ¿Pediremos milagros al pastizal de por aquí? Siendo los pastos abundantes, bien el ganado, pero ahí lo tenemos, primavera escasa en lluvia, verano seco, llegó el tardío, y seguimos igual.

-Pues mira, lana buena la de este año, solo hace falta ver el ovillo que mi señora está enrollando.

-Buena mano y mejor cabeza se necesita para valerse de todo sin desperdiciar nada, esto me decía un individuo conocido mío ahí en Barruelo. Se refería a la cultura de una mujer, que siendo analfabeta…

-Lo de analfabeta, Matías, aquí no cuadra, porque la mía leer sabe, y bien.

-Dios me libre de mencionar a nadie, lo de analfabeta, idea del individuo ese, el cual apuntaba a quien saca de una oveja sinfín de cosas necesarias para el sustento, para ropa y calzado y para muchas cosas más. Eso es cultura, insistía, cultura chica producto del ingenio personal, no de mecanismos tan de moda hoy.

-¿No tendrá mérito aprovechar todo el cerdo desde las pezuñas al hocico? Hasta apañar la torcida del candil tiene importancia, incluso los bichos nos dan ejemplo, ¿sabríamos hacer un nido con la perfección con que lo hacen las golondrinas?

-Buena ocurrencia, con ello apuntas a que la inteligencia reside en la materia, algo que oí al vecino de ahí arriba. El fulano aquel de Barruelo hacía hincapié en lo realizado por gente humilde, lo cual supera a tantas obras erigidas por exigencia de tiranos empeñados en hacerse inmortales a costa de sangre esclava.

-En cualquier parte encuentras personas listas. Oye, ¿es cierto que hace días cayó abatido un maquis por los montes de Brañosera?

-Algo tengo oído, y todo debido a denuncias de unas mujeres entre las cuales andaba su mujer, la cual ni se imaginaba que el denunciado pudiera ser su esposo. Se acercaría hasta ellas por los contornos del pueblo con el fin de pedir informes, las pobres

mujeres huyeron asustadas y luego se irían de la lengua ante el cuartel. Si te he de decir verdad, echarse al monte yo lo considero estúpido, ni idea tengo sobre qué defienden ni a quién atacan, pero seguro estoy, acabarán acribillados a balazos, y si vivos les pillan, ejecutados en el paredón sin mediar juicio. Alárgame acá ese libro, chaval, verás cómo se lee.

Matías adopta empaque de predicador y lee con voz sonora en los “Cuentos de Green”, en el “Santiaguito”, en el “Quijote”, en cualquier papel impreso al alcance de la mano. Antonino se queda pasmado al oírle.

-¡Qué bien lee, da gusto verle leer! Aprende, hijo, a ver cuándo lees tú así. Y tú Matías, leyendo como lees, ¿quién te enseñó la lectura?

-Tuve un buen maestro, pero escuela, poca, casi lo aprendí yo solo. De poco sirve leer bien si has de matarte guardando ovejas, somos como hojas caídas que por estos vericuetos nos trajo el viento. ¿Me entiendes, chaval?

-Cómo te puede entender el chiquillo, dices unas cosas muy bien dichas, pero no todos vamos a ser ingenieros, ni tampoco curas, los que mejor viven.

-Ahí diste en el clavo, los curas llevan una vida de reyes, tienen cuanto quieren y hacen lo que les da la gana, ahora, lo de tener depende de tantas cosas… ¿Será mejor el reinar de los reyes que nuestro apacible trajinar? De reyes habrás oído que fueron pasados por la guillotina, otros por las armas o por puñales asesinos, y lo peor, traicionados por oportunistas que solo están al logro de privilegios.

-Mira tú cuánto sabemos nosotros sobre las peripecias y milagros de esa gente. Volviendo al cura nuestro y familia, la otra tarde su hermana tirando un mendrugo a un pobre desde el ventano, y el buen hombre buscándolo abajo entre los espinos.

-Olvidaría norma tan cristiana, la limosna no se arroja, se besa y se da a la mano.

Sobre ser generosos esto digo yo, nadie más generoso que los muertos, los cuales habrán sido tacaños durante su vida, pero una vez dentro del ataúd, con nada se quedan. Verdad grande, en alquiler lo tenemos todo.

-¡Vaya unas ocurrencias las tuyas, Matías!

El cierzo amenaza desde afuera, Matías se echa el capote, cubre cuello y boca con la bufanda, ajusta su boina hasta tapar la frente, y sale decidido. Al pasar ante la casa del señor Nicasio, hará un recorrido por cada uno de los miembros de la familia. El señor Nicasio, perspicaz anciano; su mujer, misterioso manchón entre el envoltorio de velos y toquillas; el señor cura, bajo sotana y manteo yendo de casa a la iglesia y de la iglesia a casa; la Rosario, cancerbero que atisba incansable ganados y fincas; doña Rosa, angustia de padres y hermanos sujetos al martirio de su locura. Eso pensará Matías sin ver ni de día ni de noche nada raro.

Honorino el hijo de Gaspar, y Manuel el de Antonino, vecinos lindando con el Ribero, no pueden decir lo mismo, aseguran haberse dado de frente con un gigante de casi siete metros.

-Nori, ¿hoy no vas a nidos?

-Como para nidos estoy yo, desde el susto de anteanoche ando bastante nervioso.

-Me parece natural andar nervioso como dices, algo me contó mi hermano sobre el dichoso gigante. Oye, Nori, ¿no será un cuento que os traéis entre los dos?

-Allí te quería haber visto yo, no se te ocurriría hablar de cuentos. Mira, apenas doblamos el esquinal del señor Nicasio, apareció en frente de nosotros como si se nos echara encima. Si nos ves volver para casa de Angelito…

-Claro que correríais. Bueno, Nori, ¿no pudo ser una figuración vuestra?

-Coño, no íbamos a tener los dos la misma figuración. Yo estoy completamente seguro de haberle visto, era como un hombrón altísimo que llegaba hasta el tejado, se movió hacia nosotros bajando despacio la cabeza, y no hizo más.

-Nunca oí prodigio igual, y siendo noche cerrada cuando ni ves donde pisas, no sé cómo pudisteis verle con tanto detalle.

-Pues le vimos, parecía como si estuviera algo iluminado, eso sí.

-Casi idéntico dice mi hermano, pero no acabo de creerlo, igual ibais hablando de miedo y os sugestionasteis con esa visión. La cabeza crea fantasías parecidas a lo real, hace poco Luisa la tonta nos decía a unos chavales que se la apareció la Virgen al entrar en el dormitorio, y nos desternillábamos de risa.

-No me extraña, la Virgen siempre se aparece a los más inocentes, siempre la Virgen, los santos no se aparecen nunca.

-Eso me pregunto yo, podía aparecerse alguna vez el Padre Eterno. Volviendo al caso tuyo, después ¿cómo regresasteis a casa?

-Nos acompañó el señor Angelito, y ya no vimos nada.

-Hay que fastidiarse, no sé si me haces reír o si me haces pensar.

-Reírte ni se te ocurra, porque te planto una que no lo cuentas. Si vinieras con alguna explicación podría agradecértelo, pero nada de andar con invenciones.

-Pues mira, ahora me acuerdo, la Rosario hablaba de esto con la señora Demetria y la decía que todo pudo ser amenaza de Dios conocedor de los vicios de vosotros los jóvenes, para que con el miedo os volváis virtuosos y no andéis entre pecados.

-No faltaba más, venir con sermoneos de esa tía.

Seguramente todo fue producto del miedo, pasará un tiempo y la horrible visión quedará en anécdota. El buen Honorino se divierte buscando nidos, lleva años haciendo colección, él no lo da importancia, pero los chiquillos se hacen lenguas ante tal preciosidad.

-Nori, veníamos este y yo, te mirábamos desde lejos y se nos ocurrió acercarnos para ver si nos enseñas la colección.

-Por qué no, pasad, aquí la tenéis en estas cajas, cuidado con las manos.

-No tengas miedo. Hay que ver, tienes un verdadero tesoro.

-Hombre, tanto como tesoro me parece exagerado, interesante sí, lo digo porque llegas a instruirte una barbaridad, aprendes de pájaros andando en su busca más que ojeando libros en la escuela o recibiendo lecciones del maestro que acaso sabe menos que tú. Verlo es bonito, pero no os podéis hacer idea de lo que cuesta.

-Los tienes de todos los colores. Están huecos, ¿verdad?

-No faltaba más, huecos, pero a simple vista ni se nota, hago dos agujeritos en los extremos, saco la sustancia, tapo con yeso, y quedan intactos.

-Tú sigue, aunque no sé cómo te las apañarás para coger más, de no ir al Congo…

-No hace falta ir al Congo, por aquí hay muchos todavía.

-Los habrá, ahora, cuando salgo por ahí, yo bien pocos veo. Oye, por las fincas irás con cuidado para que nadie te llame la

atención, porque ya sabes cómo es la gente, la otra tarde algo estaba diciendo de ti la hija del tío Nicasio.

-Nada podía decir, por las fincas ando como debo andar, nadie puede decirme ni palabra, y esa bruja, menos, hace días que ni se me ocurre pasar por delante de su casa, no sé si sabréis por qué, hale, ahuecar el ala.

Ni el señor Nicasio, ni su hija la Rosario miran a Nori con buenos ojos.

-¡Ay, padre!, vaya un ganapán este elemento, un poco de vergüenza le haría falta al muy bribón y no tanto zascandilear por ahí como pájaro de mal agüero. No estaría mal que Andrés le llamara a capítulo y le pidiese cuentas.

-Cuentas le pediré yo, por mi santiguada que se las pido, y bien pedidas. Qué esperar de personas ateas, rezaremos por ellos.

De rezos huye el tío Mindivis y de cuanto mira a religiosas creencias, mas no de sacarlo a colación venga o no venga a cuento.

-Para ser ateo, don Saturnino, hace falta haber pensado largo tiempo en Dios. Cuando la razón acepta su final, nace el ateo, cuando el ansia de vivir prevalece, surge el devoto henchido de egoísmo. Dedique un día entero a pensar en lo que el espíritu pueda ser y nada hallará, volvamos, pues, a nuestra materia y esperemos vida de ella sin tiempo ni defunción. Mire quién llega por aquí.

-¿Del tiempo que nos trae la nube quise oír al acercarme. Ante todo, buenas tardes tengan los señores. Esto les diré yo, cuando el tiempo malea, listas las manos para poner derecho lo torcido. Les dejo y tiro para arriba, vean a ese chiquillo royendo un rebojo de pan, lección de cordura nos da a pesar de su demencia.

Ángel salió epiléptico y medio tonto, el muchacho vaguea al tuntún, olisquea bobamente, apedrea a perros y gatos y babea como un caracol. Sus hermanos le gritan con enfado fingido.

-Ángel, está esperando madre que la lleves agua, arrea para casa ahora mismo.

Ángel baja la cabeza y hace ademán de ir donde le mandan, pero no va. Se le da de maravilla cazar grillos en los prados del Dujo, conoce el arte para hacerles salir de la grillera, mete y saca una paja con movimiento rápido mientras canturrea, sal grillo, sal, si no sales te voy a mear. El grillo sale casi siempre,

si no, mea en el agujero, sistema que no falla. Así va llenando una caja de zapatos agujereada para que los animales no se ahoguen, con un poco de hierba para que coman, mas inútil tanto esmero, pues vendrá el gato, tirará la caja y quedará todo en estropicio. Su madre sufre al verle entre bichos con las manos llenas de mierda.

-Ángel, no me traigas porquería a casa, tira esos grillos al prado, no les hagas sufrir, y los renacuajos que tienes en ese bote con poca agua, ¿no te dan pena?

-Ya los tiro, madre, los grillos al prao, y estos renacuajos al pilón.

Ángel esconde la caja en cualquier parte y los grillos huirán. Los renacuajos, medio muertos, los llevó a la fuente, llenó de agua el bote y los echó al pilón. Feliz parece este chiquillo siendo epiléptico y medio tonto, mientras los listos en lograr ventura gozan bienes efímeros y soportan encubiertos males.

En el pueblo mucha palabrería cunde sobre el crimen del Rojuco.

-Oye, quizás no lo creas, pero cuando estoy cerca del Rojuco, siento un no sé qué, se me representa el muerto y parece como si estuviera oliendo sangre fresca. Me pregunto cómo pudo ese hombre tan pacífico cometer un disparate así.

-Lo sabes como yo, no le quedó otro remedio, estaba en su propia casa, sí, hija, sí, sobre el umbral de la puerta fue donde asestó el navajazo al Temeto. Iban con intención de lincharle, cualquiera con una pizca de honor habría hecho lo mismo.

Algo terrible fue aquel suceso, Germán el Temeto lanzose a la calle oprimiendo su garganta para evitar que el alma se le escapase. Me ha matado ese criminal, logró decir con voz enronquecida. Estaba muriéndose, en volandas le llevaron hasta casa, donde expiró. Por la calle corrían en tropel varios rapaces.

-¡Callaos, chiquitos, dejaos de tanta bulla! ¿No sabéis lo que ha pasado?

Pero el bullicio continuó mientras allí cerca todo era lloros y lamentos. Aquella noche ingresó el Rojuco en el cuartel, una pareja de guardias llamó a su puerta.

-¡Quién va!

-La Guardia Civil, está usted detenido, debe acompañarnos para declarar.

El Rojuco esperaba ese momento, pues se había librado de la venganza de los Temetos. El Rojuco salió en seguida, alguien trancó por dentro la puerta, se oyeron unos lloros entrecortados, y aquella vivienda quedó a oscuras en sepulcral silencio.

Camino del cuartel, el Rojuco tejía y destejía cálculos.

-Ya se irán aclarando las cosas, mi crimen no es como el de un malhechor, actué en legítima defensa.

El Rojuco durmió aquella noche sobre un mugriento camastro soñando extrañas escenas de sangre en nada parecidas a su crimen. En cárceles allá por Burgos pasó unos años, mientras estuvo en prisión, cada cual siguió por la vida procurando ser lo más dichoso posible, lo mismo hizo él, sufrió, gozó y sus enredos supo apañar. Durante un tiempo no se comentó otra cosa, aunque el tío Mindivis ni un minuto perdió en tales hablas, pues para él lo sucedido no pudo suceder de otra manera.

-Estos hechos propios son para quienes se deleitan en novelar prodigios y para quienes hallan regocijo leyéndolos. Más que el infante gusta de cuentos el adulto, cuentos donde culpables e inocentes somos todos.

Vuelve para casa el tío Mindivis, lanza su mirada hacia la iglesia, armazón de robustos sillares, con su espadaña, su tejado verdegueado de maleza, su encorvado ábside, su enarcado portón. Mira la imponente fábrica y ve desfilar estatuas de santos milagreros, virtudes y premios celestiales, pecados e infernal condena.

-Si nuestra creencia en Dios fuese coherente, no existiría problema alguno. En toda religión nada de lo humano falta, solo falta Dios.

-Le estoy oyendo, buen señor, que estos oídos todavía me responden. Aquí estoy vareando la lana de este colchón viejo como Matusalén. Apelmazada la vedija, de poco valen apaños para hacer vida de ella, peor todo esto que andar a la deriva descifrando misterios.

-Aplíquese al tema suyo, qué sabrá usted de descifrar misterios, solo en cabezas tontas caben los misterios. ¿Será Dios misterio cuando debería ser luz?

-Atender las cosas de aquí abajo sin meternos en laberintos, amigo Julián, llegará el esquileo, me hago con nueva lana y mando esto a hacer puñetas.

A hacer puñetas manda todo el buen Honorino, si no es su colección de huevos que vale un Potosí. Su padre es un rancio y no lo da importancia, sin embargo, para los chiquillos es algo admirable.

-¿Ha visto, señor Gaspar, qué colección hace su hijo con huevos de pájaros? Se necesita patear de lo lindo para hacer una colección tan bonita.

-Tampoco es algo del otro jueves, para eso no vale la pena arriesgarse como se arriesga. Buenas ganas tiene de andar reventándose, cualquier día da un mal paso y se rompe la crisma, harto estoy de advertirle, se hace el sordo, y a lo suyo.

Al buen Nori le traen sin cuidado los avisos de su padre, por terrenos escarpados se desenvuelve con soltura, corre a través de rastrojos y praderías, esguila por los árboles, gatea por lugares abruptos, bate los campos en todas direcciones, no se cansa jamás. Los muchachos se hacen lenguas alabando sus proezas.

-Nori, ¿nos dejas ver un momento cómo vas con la colección? Oye, tu padre dice que puedes romperte la crisma por andar a todas horas buscando nidos.

-Claro que lo dice, pero ni caso.

-Igual haces bien, esto es algo digno de verse, fíjate qué monada, este huevo con puntitos marrones, ¡qué pequeñín!

-Ese, el más pequeño de todos, del pájaro mosca, le llamamos así por lo pequeño que es, pero su nombre debe ser chochín. Cuesta encontrar el nido, lo ponen entre zarzas en sitios espesos que casi no entra una rata. Mira este otro, de pinzón, no habréis visto ese pájaro, es muy bonito, precioso, cómo canta.

-Yo ese pájaro jamás le vi, y por el canto todos me parecen igual.

-Lo que faltaba, según eso, quieres comparar el gorjeo de una golondrina con el chirrido de un gorrión. Oye, no toques ese, le puedes romper, se ve y no se toca.

-Me llamó la atención el color tan raro, por eso me acerqué y le toqué un poco.

-Muy juicioso, chaval, con un color raro, más bien mezcla de colores ¿Sabes de qué pájaro?, del jilguero, sietecolores le llamo yo, me gusta más ese nombre porque dice cómo es, los colores que tiene.

-Jilgueros se ven en abundancia por aquí. ¿Y este otro?

-Este, como todos los de la fila, muy normales, de golondrina, de gorriato. Estos se cogen fácil, no como este de avión, que debes arriesgarte en un tejado, acercarte al alero y coger uno como yo hice, pero sin deciros donde, no sea que os chivéis. No todos son pequeños, mirad este grandecito blanco como la leche, de mochuelo, un verdadero tesoro, y no exagero, porque necesitas Dios y ayuda para hacerte con uno según son de listos los padres para esconder el nido.

-Una preciosidad este huevo, es verdad, blanco como la leche.

-Si os he de ser sincero, no todos los cogí yo, tengo uno especialmente valioso que me lo trajo un conocido mío de Aguilar, según dijo, valiéndose de una escalera logró hacerse con él en un soto entre una finca suya y el río Pisuerga, huevo de oropéndola, pájaro que hace el nido en todo lo alto y espeso de los árboles. Muy bonita la oropéndola, y el nido, una maravilla. Este otro de engañapastores me llevó toda una mañana hasta dar con el nido, yendo por el camino del Carmen por la cuesta de Peñarruz, en una sillada hacia la mitad de la pendiente vi la pajarita volando de un sitio para otro, me marché y volví enseguida muy despacio hasta que conseguí alebrarme tras un peñasco, estuve así casi una hora viendo cómo revolaba sin parar. ¡Qué paciencia tuve! Por fin entró en un matojo espeso en la lindera de un erial propiedad de un vecino de Nava. Tenía cinco huevos.

-No los cogerías todos.

-Yo nunca cojo todos los huevos, jamás he roto un nido, el que destruye un nido es un criminal, además, yo cojo el huevo con muchísimo cuidado, lo dejo intacto para que la pájara no lo aborrezca.

-Don Saturnino siempre está diciendo que no se nos ocurra estropear un nido.

-Estropear un nido, ni de loco se me ocurriría. Me acuerdo cuando el año pasado marché a ver uno de lechuza en los peñascales de Peñarruz, iba yo tan contento, llego hasta el nido después de pasar por un sitio peligroso, y el nido destrozado. Se me cayó el alma a los pies, poco me faltó para echar un juramento, pero me retuve, porque pensé que según ley de la naturaleza unos animales deben devorar a otros, y ser una persona la causante, de ninguna manera estando el nido en un hueco muy difícil de alcanzar. Más bien sospecho yo en alimañas, comadrejas, por ejemplo, bichos que andan todo el

día husmeando en busca de comida. ¿Veis este blanco pardusco?, de abubilla, un lince debes ser para conseguirlo.

-Omo también es un hacha en eso de trepar por los árboles, hace días me contó que había sido capaz de agarrar un esguilo en toda la copa de un roble.

-Mentira, pillar un esguilo en un árbol, faroleos del chaval, ni el mismo demonio sería capaz de echar el guante a un esguilo, además, coger un esguilo es una idiotez, yo cogeré un huevo, pero un esguilo… Debemos respetar la naturaleza.

-Eso mismo nos dice don Saturnino.

-Os lo dice, pero él se aprovecha de cualquier caza que se le ponga al alcance de la escopeta. El uso de armamento para aniquilar animales me hace poca gracia, yo hago esto, pero arriesgándome. La semana pasada ahí abajo en el arroyo subí hasta la copa de un olmo por ver si encontraba un nido de picamaderos, al bajar se me resbaló un pie, quise agarrarme a un gancho, este falló, no pude sostenerme y medí el suelo de largo a largo, me pegué un pechugazo que muy poco faltó para perder la respiración. Estoy convencido, cuando pasan cosas así, siempre tienes tú la culpa por obrar con falta de cautela.

-Sí, pero vuelves, hace poco trepé yo hasta lo alto de un peral en la huerta del señor Eduardo a coger una pera que habían dejado, al bajar resbalé, y al suelo, me di un leñazo impresionante, pierde cuidado, no vuelvo.

-Si no vuelves, poco ganaste en experiencia. Muchas veces me habré caído yo, y nada de acobardarme, lo del pechugazo se lo conté a mi padre, y hasta se reía.

-Puede pensar también que ya eres mayorcito. Bueno, ojalá nunca te pase nada, te dejamos, Nori, y gracias.

-¿Gracias? Podéis volver cuando queráis.

El señor Gaspar Ruiz habla poco, sin embargo, cuando menos lo esperas le da por abrir el pico y le notas desahogado. Le gusta hablar de dos cosas, de la guerra donde luchó en vanguardia, y de los Castillos de Valle donde asegura que existen grutas habitadas en otros tiempos por los moros. Opina que allá debe haber algo escondido, piedras preciosas, monedas. Le trae sin cuidado que haya todo eso, lo dice por si alguno quiere entrar, él tiene bastante con meterse en la mina donde lleva desde joven arrastrándose como un topo.

-Esas cuevas de los Castillos, sé de varios que han entrado, gente de Villabellaco, de Valle, de Nava y de Perapertú, del

mismo Barruelo han andado por allí, también los hermanos Serna de aquí no hace mucho llegaron hasta muy adentro, pero, que yo sepa, nada han encontrado.

-Indudable, todos son unos inexpertos. Para explorarlas en condiciones, debes ir bien equipado, y no a la buena de Dios como han ido hasta la fecha. En esas grutas falta mucho por indagar, y si no, al tiempo.

-De todas maneras, se necesita valor para poner en peligro la vida por esos antros donde te metes y no sabes si podrás salir, yo lo considero un riesgo tonto.

-Ahí está el busilis, si no te aventuras no pasas la mar.

-Cuentan que durante la guerra hubo tropa escondida por esas cuevas.

-De eso no estoy muy seguro, el lugar es estratégico y pudo servir de refugio, ahora, lo del riesgo que decís, nadie lo discute, al mi Honorino se lo tengo dicho, déjate de locuras y no pises por allí.

La señora Avelina, su mujer, no hace ni el menor caso de lo que Gaspar cuenta, terminó de fregar y sale de la cocina secándose las manos con la rodea.

-Buena gana tenéis de escucharle, qué sabrá él de los Castillos de Valle ni Cristo que lo fundó, allí están los tesoros, nada más que ir y cogerlos.

-Nadie te ha dado vela en este entierro, cierra el pico. Qué sabréis las que en toda la vida no salisteis de la cocina, estarías muy bien callada.

-Y tú también, quién te mandará meterte en teorías si ni pisaste la escuela.

-No se enfaden por una cosa así, no tiene importancia.

-Tienes razón, hijo, todo eso de los Castillos de Valle, una solemne tontería.

Acabada la polémica, Gaspar marchó ligero a la cantina, su mujer entró en casa contenta por haberle llevado la contraria y el buen Nori siguió en busca de nidos.

-Nori, a ver si un día me llevas en busca de nidos, ya sabes, si dices que me calle, puedes estar seguro, no suelto prenda.

-Me parece muy bien todo eso, chaval. ¿Estaré yo matándome para que después venga otro y se aproveche? Si tienes antojo, vienes, pero no creas que me gusta la compañía, prefiero ir solo, los pájaros son muy listos y hay que saber latín para dar con el nido. Si vienes, tú, ver, oír y callar, porque revelar dónde

encontré un nido o mencionar sitios donde sé que abundan, ni se te ocurra.

-Me conoces bien, en eso como en todo seré una tumba.

-Siendo así, puedes venir. Mira al tío Mindivis en el Ribero, estará al acecho por si llega don Saturnino. Para mí es un sabio, por algo habla con los más entendidos del pueblo. Esto de los huevos que colecciono no vale un pito, ese señor se ocupa de temas esenciales, el otro día venía yo de ver un nido de lechuza en los cantiles de Peñascaídas, y Matías el pastor le ponía por las nubes. A mí me cae bien, tiene unos ojos que echan fuego, señal de una inteligencia gigantesca.

-¿Como un gigante?

-He dicho gigantesca, si vuelves a mentar lo del gigante, te ganas un guantazo.

El señor Gaspar nunca tomó en serio la aparición del gigante, se lo oyó a su hijo, y ni le pidió explicaciones. Todas las tardes después de echar la siesta, coge el camino de Porquera y llega hasta la cantina de Máximo. Durante horas no se harta de pimplar, entrada la noche, vuelve para casa ya algo calamocano. Cuando llega, su mujer le clava muy bajito un par de indirectas.

-Qué vicio con el vino, tendrás el estómago deshecho.

-Mira que trabajar como un negro y no disfrutar de algo, para eso mejor morirse. Estas mujeres, todas iguales, parece como si tuvieran miedo de quedarse viudas.

La tía Catalina quedó viuda siendo muy joven, después vivió sola muchos años hasta que murió de puro vieja. Hay mujeres que son unas santas, vegetan un año tras otro, las trae sin cuidado la salud y dejan de respirar el día menos pensado sin hacer el menor ruido, como la tía Catalina.

Hasta muy viejos llegan algunos mientras otros se van cuando tienen limpia el alma, así murió Alejandro el hermano de Aquilino el cantinero, por disfrutar en casa ajena del pan que en la propia no tenía, así murió Venicio por apañar ávido un alambre de cobre, así murió Acelino por comer sin precaución fruta silvestre.

Tras el esquinal de la iglesia aparece el maestro luciendo su corpachón de roble. Terminó la clase y los chiquillos ya se esfumaron calle arriba y calle abajo en busca de la merienda. Por allí cerca andaba el tío Mindivis.

-Cavilando estaba yo, mire usted.

-Deje de tanto cavilar, haga como esas mujerucas que acuden a misa, hoy las vi y no pude por menos de considerar que acaso sea tal proceder el modo más seguro de evitar quebraderos de cabeza.

-Sin duda alguna, en esos locales de mendigos se palpa el egoísmo. Los animales y las plantas no mendigan, sólo el hombre se postra mendicante ante la mentira religiosa. Así es, don Saturnino, toda religión se fundamenta en el amor egoísta.

-Otras veces le escuché algo parecido, y creo estar de acuerdo, amo a mi mujer y a mis hijos con ese bien mirado egoísmo. Por qué te querré tanto, dijo a su esposo la esposa enamorada, porque me necesitas, la contestó, y también yo te quiero, porque necesito que me necesites.

-Bella manera de decir verdad. Si nada necesitas, dejarás de amar, pues todo valor depende de la necesidad que de él tengamos, el valor de una mujer estriba en la necesidad que de ella tenga el hombre, como el valor del hombre en la necesidad que de él tenga una mujer. Vea egoísmo en el amor y verá amor en el egoísmo.

-Al fin, como los frecuentadores del templo. Mire quién llega por ahí.

-Llegué, sí señores, aquí me tienen, sobre egoísmos algo pude oír, y digo yo, ¿será egoísmo remover tierra infértil? No sabes qué camino tomar con tanta lucha.

-Aquí andamos nosotros removiendo también.

-Entonces, por mí se acabó, buenas tardes, y hasta mañana.

-Mire de qué súbita manera lo arregló. Todos a la par en cuanto mira a egoísmos, observado lo tengo en mis alumnos, escuche a esos sumidos en su parloteo.

-Oye, ¿os dais cuenta?, don Saturnino nos está echando el ojo mientras habla con el tío Mindivis. Decía este que su gato no caza ratones, ¿será posible, chaval?, el mío, rarísimo es el día que no le ves con un ratón en la boca, los mata y luego los deja en cualquier parte sin comerlos.

-Pues el mío sí los come, lo digo porque con frecuencia le dan arcadas como si quisiera vomitar, y eso después de hacer un gran beneficio.

-Sí, los animales nos ayudan, y encima, los comemos.

-Hombre, no todos sirven para comer, mandas a Lobato comer un guiso de su perro, y te pega un tiro, y lo mismo podríamos decir del perro de Matías, animal listísimo para carear ovejas.

Mirad, ya no mira para acá don Saturnino, marchará harto de discutir con el paisano, que sigue hablando para él. ¿Le oís? Yo sí le oigo.

-Ante una tumba toda ciencia es baldía, recela la falaz filosofía, y se derrumba. Hagamos una religión donde la materia soberana sea nuestro Dios.

Ajenos al pensar del tío Mindivis, siguen los lugareños en su desnuda realidad dando sentido a la trama que borra sueños, apaga furias y provoca llantos. Era noche cerrada cuando Aquilino supo la muerte de su hermano.

-Estamos aquí tomando unos chatos, Aquilino, no en Babia. ¿Lo de tu hermano revuelves todavía?

-Difícil enterrar recuerdos. Si es hoy, las cosas no quedan como quedaron, si es hoy, hago desenterrar a mi hermano, un homicidio se cometió con él.

Jandro servía en casa de un ricachón de Matalbaniega. Llegó allí para curtir su cuerpo en duros trabajos agrícolas a cambio de comer el pan que su estómago le pedía. El dormitorio del chaval era la cocina, una mañana le hallaron sobre el fogón asfixiado por el tufo del brasero.

-Tienes razón, lo de tu hermano fue un verdadero crimen. No me lo cuentes de nuevo, que nunca nos falte la buena salud, y a olvidar.

-Buena salud tendría mi hermano, mira tú de qué le sirvió.

Las noches invernales en las planicies palentinas imponen respeto y achican el brío del más pintado, pero Aquilino no era el mismo aquella noche, con la mente turbada salió para ponerse ante el cadáver de su hermano, el amo le decía que no marchase en noche tan oscura, que no podría llegar sin sufrir algún percance.

-Marcho, llegaré hasta ese pueblo donde mi hermano ha muerto.

Arropado como Dios le dio a entender, tomó dirección a Salinas por angosto camino para seguir hasta Cillamayor por la vía del ferrocarril, dejó la vía y subió por un repecho hacia las lastras de Matalbaniega para tirar hacia el sur por una llanura sin camino. Sus piernas avanzaban ágiles, pronto divisó una luz y hacia ella fue sin perderla de vista, era la llama de un candil que ardía donde su hermano yacía difunto. No tardó a verse ante un ventano con dos rejas en cruz, agarrose a ellas y vio el

cadáver tendido sobre el fogón. La madre, sentada en un escaño, dejaba caer el rostro con gesto de dolor mudo.

En otro tiempo también Aquilino sirvió de gañán en casa del tío Nicasio, pronto aprendió a ensobear, uncir la pareja de bueyes, arar con vertedera, segar a dalle y realizar cualquier faena agrícola. Hoy cuenta su vida como si tuviera a mucha honra haber consumido sus años juveniles entre hambrunas y sudores.

-Tú, Aquilino, has trabajado bastante en esta vida, todavía me acuerdo verte tirar como un valiente en casa del tío Nicasio.

-Vaya si trabajé, pero también tuve la fortuna de dormir en mi casa llegada la noche, porque dormir en la cocina como le tocó a mi hermano…

-Mejor no darlo más vueltas, no fuiste tú el único, los años del hambre trajeron desgracias a troche y moche, echa una ojeada por ahí y verás quién quedó libre. Acelino el de Gaspar ya ves de qué murió, del cólico miserere; Julián el de Tomás el cojo, con meningitis, enfermedad que parece no tener remedio; Venicio el de Angelito, electrocutado, culpa de la afición a andar buscando cobre; su hermano Crescente, después de mucho sufrir sin saber por qué, en cama terminó sus días.

-Ya sabes cómo son los médicos, cuesta Dios y ayuda sacarles palabra, callan o te dicen que el enfermo está muy mal, cuando no te saltan con eso de que se trata de enfermedad incurable, y te resignas. Espera, me llama mi mujer, veremos qué tripa se la ha roto.

Esteban es un buen bebedor, mientras habla no suelta el vaso, lo desliza de un lado para otro como si buscase respuesta a algún problema geométrico.

-No hay nada como el vino, con este vino te entran ganas de reír, y por las tripas arriba te sube un cosquilleo como si el cuerpo quisiera retozar a lo ternerillo.

-Difícil se hacía a mi señora abrir un bote, habilidosa, pero de escaso nervio.

Esteban sonríe, tiene los ojos casi cerrados, su boca dibuja una mueca efecto del alcohol. Marchará para casa, cenará las sopas de ajo y la tortilla francesa que la Julia su mujer le dejó junto al fuego, y sin hacer ruido se meterá en la cama.

Bendita cantina, lugar propicio para revolver patrañas y vociferar sapiencias. Los de la familia del tío Nicasio nunca entran en la cantina, y no son menos felices por eso. La

felicidad vaga a sus anchas sin tener asiento en la orilla del sendero ni al final del recorrido. Durante una de sus charlas esta sentencia espetó el tío Mindivis al señor cura.

-Ser feliz consiste en buscar la felicidad, todos igualmente felices.

-Felices seremos si nuestras obras nos hacen merecedores de serlo, para eso nacemos, para vivir con la esperanza de llegar a puerto seguro.

-¿Puerto seguro? La vida es un forcejeo por permanecer a flote para desaparecer al fin en este piélago material de donde procede todo.

Don Andrés tomó rumbo hacia la iglesia y el tío Mindivis dio media vuelta.

-Hablaré para mí mismo, soñamos logros venideros, mas entre bonanzas de hoy e infortunios de mañana, en su nivel imperturbable permanece la huraña felicidad. No es una piedra más feliz que otra piedra, ni una planta más que otra planta, ni un animal más que otro animal, ni un hombre más que otro hombre.

-¿Qué dice, buen señor? Aquí me tiene en continua brega. ¿Sudó usted alguna vez? Mejor caería hablar en el campo donde los pájaros podrían oírle.

-Vecino, eran mis últimas palabras con don Andrés que marcha hacia la iglesia.

-No es por nada, pero ves a alguien hablar así y te entra un raro desasosiego.

-Pues siga con la labor, y sosiéguese.

El tío Mindivis dogmatiza incansable mientras todos siguen uncidos al rastrero interés de cada hora. Únicamente el maestro llegó a alcanzar el nivel de sus ideas, así y todo, más de una vez le llevó la contraria siempre acudiendo al fortín de la consabida cultura.

-Téngalo en cuenta, señor Mindivis, ciencia y cultura hacen al hombre perfecto, la ignorancia, fuente de todos los males.

-No sé a qué ignorancia se refiere, eruditos andan surtidos más de memorismo libresco que de cimentada sabiduría. Escuche el cierzo cuando bate los paredones del camposanto, déjese cegar por el reflejo del sol sobre los resecos tabones de las tumbas, mire la doliente luz de la luna cuando abraza el paisaje donde los difuntos callan, y allí verá las flaquezas del héroe, las argucias del sagaz.

-Hacia todo hemos de mirar, a atender mis quehaceres marcho yo ahora.

Con mayor o menor fortuna cada personajillo se entrega al rutinario quehacer. Tonino el del Cinto arma escobones de brezo y Quico trenza cestos de mimbres, unos luchan por sacar adelante ganado mayor mientras con conejera y gallinero en ruin caseta se conforman otros. En el lavadero enclenques muchachitas tejen y destejen chismes, muerde el agua sus amoratados dedos y ellas toman venganza con el buido puñal de la palabra.

-Nosotras, lava que lava, estruja que estruja sin parar, con tanto carbón el lavado nunca falta, así hacemos penitencia por nuestros pecados y a lo mejor ganamos el cielo. No penséis que soy mucho de andar con jaculatorias, podéis creerme, esas que están embelesadas una y otra vez mirando al cielo, me empalagan.

-Cada cual puede hacer lo que le dé la gana, en la iglesia como en cualquiera otra parte, además, en la iglesia no sucederán desgracias como la del pobre huido que los guardias mataron en el monte.

-Esa noticia está muy extendida, preferible no hablar de algo tan triste.

No pudiendo asomar por escena, como alimañas andan los maquis en espera de una oportunidad, el régimen puede dar un vuelco de la noche a la mañana, incluso Franco puede morir de un patatús, todo podría ser, o le pegan un tiro en la nuca el día menos pensado, esto parece difícil, pero nada hay imposible. Una oportunidad esperan los maquis, qué oportunidad será, la de ser sorprendidos y morir a balazos.

Un tiro bastó a un ganadero para abatir a un oso en los bosques de Brañosera, como acto de valentía fue visto por el personal del contorno. Mayor valentía la de los mineros, ayer tarde dieron tierra a un picador, otro más aplastado en una guía. Celebrado el funeral, las cantinas se llenaron de bebedores. El tío Angelón murió harto de refunfuñar, el cierzo limpiaba el mal olor de su caja mortuoria.

-Este buen hombre, qué vida la suya, pobre en vida y pobre en muerte, mira qué caja de cuatro tablas lleva, según me dijo su vecina, de mortaja, un pantalón de los lavados cincuenta veces, y chaqueta, la que el difunto llevó en los desposorios.

-Mejor no fijarnos en esas cosas, mujer.

Hay viejos que nunca acaban de diñarla, sin embargo, el tío Angelón murió tras guardar cama unos días, mejor así, más dignas son estas muertes consumadas como a hurtadillas. Sobre la mortaja qué diremos, dejar en la tumba lo poco, más humano parece que marchar vencidos dejando sobrados bienes válidos solo para delatar nuestra derrota. Causa tristeza infinita pensar que el tío Mindivis deba morir, este buscador de vida en el recóndito seno de la materia.

Todos marchan, mas impávido sigue el soberbio Peñarruz venciendo los ataques del cierzo con ínfulas de eternidad, frunce el ceño al ver la destrucción que en su entorno se consuma, y en sus rugosos farallones aparecen deformes rostros que celebran con guiño zumbón el final de gentes ya borradas del escenario. La Temeta perdió al hijo de un navajazo, por eso el Rojuco morirá antes que ella y descenderá al infierno. La Rosario cree en el infierno, pero espera llegar al cielo, pues no jura ni roba y asiste al mañanero oficio de la misa. El día de los difuntos oye tres misas aplicadas a las ánimas benditas, incluso años lleva comulgando los nueve primeros viernes de mes, de modo que al cielo irá, mujer muy devota, no por amor, sino por egoísmo. Religión y egoísmo, lo mismo, dijo un día el tío Mindivis a José Ruiz.

-¿Piensa que yo soy egoísta? Me gusta el trabajo, zánganos ya hay bastantes.

-Egoístas somos todos, pero téngalo bien en cuenta, para que nuestro egoísmo no signifique necedad, hagámonos conscientes de su significado dando sentido a cuanto hacemos. Eche una mirada al cementerio y allí verá lo conseguido tras tanta lucha, allí verá inscritos sobre tosca piedra el nombre de quienes aquí vivieron en continua brega y hoy son lección muda de la auténtica verdad. Basta por hoy, siga con sus labores, y recuerde lo dicho.

-Mirad, por allí marcha el tío Mindivis con esa cara de feo.

-Ahora que hablas de feos, preferible fijarnos en lo guapos que son los animales, el día de la Hoguera estuve fijándome en las vacas, estaban junto al Ribero con el carro cargado de maderos para la hoguera, y allí quietas con unos ojos grandotes y unas pestañas larguísimas, las atusabas y parecía como si te lo agradecieran.

-Mucha importancia, mejor estabas callado y no darte pisto con frasecitas.

-A mí me parece correcto todo lo que ha dicho, allí estaba yo y me fijaba en las melenas de cuero con flecos y bolas colgantes. Todos los animales tienen belleza, las gallinas, las cabras, los gatos, te fijas en un conejo y quedas embelesado viendo cómo mueve el hocico, y las cabras te clavan los ojos como intentando adivinar tu pensamiento.

-Dejaros de sermones, bastante tenemos con los del cura en la iglesia.

Don Andrés escarba y escarba entre ornamentos sagrados mendigando migajas de eternidad, y mientras tanto, los chiquillos pisotean las columnas del pórtico sin pensar en los artistas que labraron la dura piedra. *Micaelis me fecit,* léese bajo las esculturas de la arquivolta. ¡Dónde parará ese buen Miguel muerto hace siglos! Se pavonea el hombre en claridades etéreas como se revuelca en cloacas, realiza maravillosas creaciones y le importa un bledo derruir lo realizado. Los niños dan fe de todo esto, actúan como iconoclastas pasando al vandalismo inconsciente.

-Alto valor el pórtico de esta iglesia, grandísimo el mérito de quienes lo hicieron a cambio de una limosna. Mire usted, don Saturnino, raro es el día que no advierto el corretear de esos chiquillos sin ningún cuidado.

-Harto estoy yo de reprender sobre lo mismo. Chiquillos, oídme, ¿no tenéis otro sitio donde jugar?

-Le harán caso, veo cómo se largan. Mérito grande el de aquellos artífices, pero si mueres sin esperanza, si no vuelves a ser más, entonces nada vales, ni tus obras valen nada, ni nadie vale nada. Para qué seguir con tales misterios.

Los niños olvidan la advertencia del maestro, ven que nadie les observa, y al atrio vuelven. Tan extraña sucesión de esculturas llega a turbar el sentido, dragones de espeluznante aspecto, seres antropomorfos de grotesca faz, y justo en el centro del maremagno fantasmal destaca una figura rolliza sosteniendo con su mano el miembro viril.

-¡Ay, chaval, le diste, menuda la has hecho!

-Ese no la enseña más. A correr, que por allí viene un paisano.

-Chiquitos, qué demontres estáis haciendo, como os coja, os arranco las orejas, y algo más también.

Ante tal amenaza los niños huyen con su miedo a cuestas.

-Por qué habremos corrido tanto, el señor Eduardo es buena persona, y su mujer ya difunta, era mejor todavía, solo se la

veía por la calle cuando volvía de asistir a las parturientas. Así deberíamos ser nosotros, que no se nos ocurra tirar piedras, si por casualidad rompemos una figura de tanto valor, el castigo iba a ser mayúsculo. Me estoy acordando ahora del pobre Julián. ¿No sabéis?, esta mañana iba el cura hasta su casa, llevaba esa especie de blusa que se pone en el rosario.

-Dirás la sobrepelliz con la estola al cuello, y un libro llevaría, el ritual. Debió morir anoche, doña Maura se lo contaba esta mañana a la Evangelina. Estaba para morirse hace tiempo, sufría terribles dolores de cabeza, varias veces subieron hasta el Cocoto a coger nieve para ponérsela en las sienes y así calmarle los dolores. Ya suben esos mozos al campanario, me largo, hoy no vuelvo por aquí.

Oyen tocar a muerto, insoportable se les hace el tañer de las campanas. Pasa doña Rosa rozando su vestido los sillares de la iglesia, la observas y ves lo absurdo de la muerte, que se ceba en un jovenzuelo mientras respeta a una adulta hundida en su locura. Obra será del ciego barro que a su placer esparce vida y mortalidad.

Pasan días de entierro y los rapaces siguen jugando sin dar tregua al cuerpo hasta terminar con frecuencia en voceríos, insultos y puñadas. Por aquellos días tocaba el turno al juego de la peonza y una cachada que traspasó las reglas del juego provocó la reyerta.

-Eso es de tramposos, el morrazos tenía que haber sido, pon la tuya ahí.

-No sé por qué voy a ponerla.

-Echaste el trompo con mala intención cuando me tocaba a mí.

-Ni hablar, majo, ya te lo dije, yo jugué normal.

Óscar barrunta la agresión, recula perniabierto y el bestia de Nici le pega una patada en los huevos que le deja tendido en tierra retorciéndose como una lombriz. Los ángeles custodios no se enteraron, la muerte sí, a Nici le observó con singular cuidado, se acercó hacia él y llegó a tocarle con sus manos de hueso. Óscar se levantó enseguida, echó un juramento a media voz y desapareció. Pegado a tapias y paredones, se le agolpan diversos modos de venganza, una patada en las costillas, una pedrada en la nuca, un golpe mortal en el espinazo.

Pasa Daniel Terán con sus vacas mirando una y otra vez al cielo, pues un tic nervioso le obliga a echar el rostro hacia

arriba donde existe una estrella visible solo para él. Nada parece importar a este hombre, tampoco los niños, jamás se le ocurrió dirigirles la palabra para elogiar sus buenos actos o censurar sus travesuras. Actuación muy distinta la de don Andrés, que excusa al monaguillo su tardanza para ayudar a misa sin perder ocasión luego para encauzarle por buenas sendas.

-Hoy se te pegaron las sábanas, ¿eh?

-Sí señor, se me pasó, con este frío se le pegan a uno las sábanas.

Terminada la misa y libre del ropaje litúrgico, echa mano al bolso de la sotana y le entrega quince céntimos.

-En los bautizos y bodas también suelen daros algo los padrinos.

-Algo nos dan, la señora Rosario también me recompensa con unas perrillas por llevar la comida al padre de usted, el señor Nicasio.

-Me parece bien, siendo buenos, siempre se gana.

Pensativo queda el señor cura y pensativo marcha el rapaz.

Óscar Pérez no oculta su tirria contra Nici y aprovecha cualquier ocasión para manifestarla siempre que su enemigo no se halle presente.

-Óscar, no negarás la tirria que guardas al tipo ese.

-Así le parta un rayo, porque si viene y me da un puñetazo en las narices, me jodería, pero se me iría pasando, ahora, que me pegue una patada en los huevos, como hay Dios que se la cobro, me pudo desgraciar para siempre. Muchas veces quise matarle, incluso que se muriera de peste.

-Menos lobos con matar, Dios castiga y luego nos perdona.

También en la Temeta es duradero el deseo de venganza, muchos años pasaron, y aún hierven los sesos de esta mujer, aún asoma la fiebre por sus ojos, aún resuella su boca echando fuego con que abrasar al Rojuco.

-Cada uno mire por sí mismo, si alguien te echa una mano, por el interés lo hace.

-Debemos ayudarnos como hermanos, Eugenia.

-Sí, ayudarnos o matarnos, ayudar es fácil cuando todo son caricias, pero cuando te dan la puñalada, el odio ahí te queda para siempre.

Amor y malquerer hijos son del egoísmo, el tío Mindivis lo ve claro en quienes aspiran al premio celeste y en quienes siguen lamiendo menudencias terrenales.

-Le estoy oyendo, vecino, va usted susurrando.

-Consideraciones me venía haciendo sobre la dulzona insistencia de don Andrés, Dios es amor, y digo yo, siendo la suma perfección, ¿tendrá necesidad de amar?

-Déjese de locuras, atender la labor, y para adelante, tal pauta seguí yo siempre, aunque no a todos nos toca aguantar lo mismo ni las cargas son iguales.

-No te quejes, Evaristo, quién tiene hijas como tú tienes, unas mujeres hechas y derechas. ¿Las faltará buen casamiento?

-Ganas tengo de que se decidan de una puñetera vez y tomen estado, pero inútil, parecen encontrarse en su elemento sorbiendo la sopa boba.

-Todo llega, pronto te hacen abuelo y te vemos con un crío en los brazos.

-Déjate de embustes, Julián, que de embustes está uno hasta la coronilla. Marcho a cerrar la portillera del cercado.

Al señor Evaristo mucho le agradan los niños, pues harto está de tres mozas que en connivencia con la mujer mangonean el hogar.

-Qué, ¿ya andamos con grescas?

-No señor, estamos jugando.

Os veo muy pendencieros, los niños siempre alegres y no andar con diabluras. ¿Sabéis decirme quiénes estuvieron ayer en mi finca de la vega haciendo lumbre?

-Nosotros no sabemos nada, señor Evaristo.

-Me enteraré y alguno escarmienta zurrándole la badana.

Evaristo prosigue su camino, y como compagina dulzura con tosquedad, dispara a diestro y siniestro dos gargajos ruidosos cual carracas de Tinieblas.

-Yo sé quiénes fueron los de la lumbre, pero no quise chivarme. Mirad, por allí viene Óscar Pérez, ya no cojea por la patada que le pegó Nici en tal parte.

Pasó el tiempo y Óscar se olvidó del agravio. La primavera está llegando tras un invierno de hielos y celliscas, los prados del Dujo son irresistible tentación para lanzarse sobre la madre tierra donde los niños se revuelcan boca abajo aspirando el vaho de las plantas mientras la tierra ávida de carne les aprieta en sus brazos.

Para el tío Mindivis la tierra es vergel y cementerio, da vida y queda al acecho hasta que todos devuelvan lo recibido, nada esperemos del fantasmal espíritu, que ni es ni existe ni puede existir. Ocasión tuvo una tarde primaveral para exponer tal herejía al señor cura.

-Con estos aires, señor Mindivis, parece avivarse el espíritu.

-¿El espíritu se aviva? ¿Hubo persona capaz de concebir la más elemental idea sobre esa ficción llamada espíritu?

Don Andrés contestó con un rotundo sí, y el tío Mindivis, viendo que el clérigo jamás había pensado, se alejó haciendo esparajismos.

-Dios me libre de atender blasfemias, en tinieblas vive y derecho camina hacia el infierno. Me callaré, por ahí llega Ildefonso, cumplidor y de intachable conducta.

-Buenas tardes, don Andrés, no se haga caso del individuo ese.

-Con todos me gusta andar avenido, no vino Cristo a curar justos, sino pecadores.

-Hermosa enseñanza, marcho por ver si doy alcance a mi señora ahí en la vega.

-Todo por amor de Dios y pagado con creces lo tendremos, sí, hijo, sí, dar sentido al diario hacer disfrutando al mismo tiempo de esta hermosa primavera.

Bendita primavera que atenúa la flacidez del anciano y reanima la vitalidad del niño. No hace falta tener sed para echarse de bruces sobre el dujo con media nariz dentro del agua haciendo tiempo para observar los escarabajos gordinflones que nadan moviendo sus patitas en el purísimo cristal. Una simbiosis es todo, en la mata canta el cuco, planea el gavilán sobre el roquedo, las cigüeñas pasean con señorial empaque por el hondo de la nava, y el buen Ángel, tirado pesadamente en la ladera, intenta llenar de grillos su cajita de cartón.

-Oye, ¡qué riquísima está el agua del dujo! Yo prefiero beber allí a coger agua de la herrada con un tanque medio roto y el agua con sabor a moñigas. Mi padre dice que en cierta ocasión tuvo que beber agua estancada en los pocitos que dejan las pisadas de vaca en un sitio donde no había fuentes, y un caso espeluznante me contó, beber orín de caballos, lo que hicieron unos soldados en tierras desérticas.

-Mejor dejarnos de cuentos, vamos hasta la Resilla, un sitio lleno de pájaros por donde anda con frecuencia Nori el del Ribero en busca de nidos.

-Por ahí vete tú si quieres, al camposanto solo se va cuando hay entierro. Con los muertos no puedes andar con bromas, acaso hayáis oído este hecho horroroso.

-¿La de los muertos que tocaban las campanas el día de Todos los Santos?

-Nada de eso, es el caso de un mozo que se las daba de farruco y aseguraba que el cementerio para él era como un lugar cualquiera. Estaba una noche de juerga con otros mozos del pueblo, y saliendo la conversación sobre los difuntos, que si yo no tengo miedo, que si tener miedo es de cobardes, que yo iría ahora mismo al cementerio, otro le apostó que no se atrevía a ir. Se apostaron mucho dinero, el que se las daba de valiente debería llegar hasta la puerta, clavar una punta en el umbral, y hecho esto, volver. Era una noche muy oscura, el mozo salió para allá, y estando ya próximo cada vez con más miedo, por ganar la apuesta no se volvió atrás, siguió hasta encontrarse ante la puerta, se arrodilló y empezó a clavar la punta, y apenas terminó, fue a levantarse para echar a correr, pero al hacer el impulso hacia arriba se sintió amarrado al suelo y con tal espanto muerto quedó allí. Lo sucedido fue que con el miedo y la prisa había clavado el abrigo al madero del umbral.

-Esa historia ya la había oído yo, sucedió en un pueblo de Castillería cerca de San Salvador de Cantamuda. Igual es una invención, ahora, el bobo de la apuesta lo tuvo bien merecido por andar con chulerías faltando al respeto a los muertos.

-Mejor no hacerse caso de cuentos. Se habla de las brujas, ¿qué son las brujas?, un cuento de viejas. Don Saturnino dice que en las brujas solo creen los tontos. Te acordarás, Óscar, cuándo nos dijo esto don Saturnino.

-Claro que me acuerdo, dijo que la creencia en las brujas es consecuencia de dos cosas, la ignorancia y la pobreza. Cuando el hombre desconoce el porqué de las cosas, inventa seres fantásticos que se las aclaren. Las brujas son algo por el estilo, en las casas pobres abundan bodegas y cuchitriles donde apenas entra la luz, y así cualquier ruido extraño hace sospechar en brujas y en otras criaturas inexistentes. Mi madre mienta mucho a las brujas de Cansoles, un pueblo que está lejos, llegas hasta Guardo, cincuenta kilómetros de aquí, pues

más allá, allí existieron mujeres consideradas brujas y se hicieron famosas en el pueblo y en todo su contorno. Por Revílla suele venir un señor familiar de una casa de aquí, le llaman El Rubio y está bizco, contaba el otro día a unos vecinos míos que en su pueblo había brujas.

-Todo mentira, querría decir que en su pueblo había mujeres de esas malas y feas que parecen brujas. Si te haces caso, encontrarás brujas en todos los sitios, incluso aquí puedes encontrar alguna. La gente muy mayor también suele hablar del mal de ojo, mi abuelo dice que se le murió un hijo de pocos meses porque un vecino de mala catadura le echó el mal de ojo, bueno, también pudo ser una vecina.

-Bobada tener miedo por sucesos raros, como lo de aquella familia que oían golpes contra la pared en la bodega cuando ya estaban acostados, seguía el ruido y no se atrevían a bajar pensando que solo lo podía hacer algún fantasma, pero al fin el padre se atrevió a bajar. ¿Sabéis cuál era la causa de aquellos ruidos?, pues nada, que el gato, queriendo lamer el fondo de un bote de conservas, metió allá la cabeza tan justamente que después no la podía sacar, y asustado al sentirse ciego, empezó a correr y chocaba contra las paredes. Ya veis qué tontería.

-Al fin todo tiene explicación. A mí esas cosas no me dan miedo, los difuntos sí, y hasta llego a preguntarme cómo el enterrador tendrá valor para trabajar en el cementerio encerrado entre las cuatro paredes.

-Depende de la costumbre y atender a su labor sin imaginar boberías, por otra parte, has de saber que aquí no tenemos enterrador, el trabajo de cavar la tumba y taparla después del entierro, lo hace el vecino que le toque.

-Pues según mi abuelo, hace años existía en Revilla una Hermandad de Vecinos para enterrar a sus muertos. Mirad, por el cementerio pasa ahora el tío Mindivis.

Cierto, por allí bajaba el buen señor con el rostro inundado de alegría al poner su mirada en la apariencia del paisaje viendo en todo formación y destrucción. De nada le sirvieron creencias infantiles, estudios de juventud y sofismas de madurez, hoy no desea la eternidad de un monótono cielo, tampoco vivir por siempre en este mundo lleno de calamidades. Don Saturnino, durante años hecho a sus discursos, con él mantiene acaloradas controversias.

-Por aquí andamos, y que no nos falte esta mediana salud para escarbar en busca de algo sin saber qué pueda ser. Y usted, ¿por dónde anda?

-Por cerca del cementerio pasé hace poco. Así que escarbando en busca de algo sin saber qué pueda ser.

-Muy cierto, al respecto de búsquedas ciegas le haré esta pregunta, ¿qué escuela filosófica le atrae?

-No esperaba una pregunta así, de una o de otra manera ya le apunté algo sobre el tema, solo una filosofía puede haber, aquella que ponga en claro el enigma de nuestra perduración. Proliferan filósofos nunca hartos de pedir respuestas al vacío. A lo tantas veces dicho vuelvo ahora, el fracaso de toda filosofía consecuencia es de admitir la mentira del espíritu.

-Será así, pero confíe en el sendero donde vea que muchos pies pisaron.

-Yo confío en mi razón hija de la materia, somos racionales insatisfechos porque la materia así nos hizo, y esa insatisfacción nos llevó al mentiroso invento de lo espíritual. Marcho callejón arriba, don Saturnino.

Modelo en el acatamiento de dogmas y en el ejercicio de cristiana conducta es el señor Nicasio, quien de entre unos zarzales salía a tal hora ciñéndose la pretina, y allí junto al junqueral del arroyo fue abordado por el tío Mindivis.

-Buenos días, Nicasio.

En aquel momento, del cubil donde Gaspar guarda sus cabras, llegó por los aires una blasfemia. El tío Nicasio balanceó la cabeza con gesto de reprensión.

-¡Cuánto blasfemo! ¿Tendrá sentido tanta blasfemia?

-Feas palabras, pero escuche, quienes realmente se burlan de Dios son quienes se obstinan en descifrar sus misterios, interpretar su voluntad, imponer sus leyes.

-Siga vomitando culebras, algún día pagará por sus mentiras.

-Y usted quede con su ignorancia. Ya no me oye, beatería lleva en sus entrañas el perillán, con su beatería le entierren.

El señor Mariano, abuelo de Gisbert, murió de puro viejo, tiempo atrás andaba por la calle tambaleándose, un enredado de arrugas parecía, una piltrafa roída por la edad. Tales muertos sosiegan el ánimo, incluso ocasión dan al dolido pasatiempo en los velatorios donde se logra desahogo en cada suspiro y alivio en cada lágrima. Los niños con frecuencia sacan a colación el fastidioso tema.

-Oye, vergüenza me da decirlo, pero los difuntos me causan un miedo atroz.

-Hombre, por una razón o por otra, todos tenemos miedo, yo he llegado a pensar que no tener miedo ante un difunto sería como no tener alma, pero también ciertas personas lo producen, Acelino el del señor Gaspar me decía no hace mucho que temía a su padre porque era muy riguroso y porque le tenía sujeto sin dejarle salir. Qué casualidad, por allí asoma, le diré que se acerque, Acelino, ven acá, decíamos que te gusta mucho la calle.

-Yo poco paro en casa. Deberíamos estar orgullosos de haber nacido en este pueblo donde puedes jugar y mirar al cielo. En noches estrelladas sales al Ribero y quedas pasmado viendo las constelaciones, la Osa Mayor, la Osa Menor con la estrella polar, la Casiopea en forma de uve doble. Ya veis si sé de astronomía.

Los del barrio de arriba para allá marcharon mientras Acelino quedó en el Ribero donde se echó de largo a largo. En el Cotorro, un cerrajón lleno de cardos y plantas espinosas, perduran unos tollos donde fueron enterrados cadáveres de animales. Por allí merodea Acelino, madrugan los pájaros y cantan al albor, también Máximo frecuenta el lugar con tres cabras y un chivo testarrón.

-¡Chivo, cabrón! No sé qué daría por no verte poner esos ojos de brujo, si vuelves a mirarme así, te pego un morrillazo que te salto los cuernos.

-Jolín, Máximo, vaya expresiones, todo el día a gritos contra el pobre chivo, parece como si le tuvieras rabia.

-Pues sí, ya ves, le tengo rabia, a ti qué te importa.

-Mira tú si me importará, lo digo porque le veo con cara de inteligente.

-Igual tienes razón, pero ese mirar suyo me da asco.

-No sé por qué, es un chivo, no una persona, te hace su servicio de padre con esas cabras, y buenas perras sacarás cuando decidas deshacerte de él.

A la par caminan grosería de varón, rareza de animal y terneza de mujeres, como las que bajan de Barruelo con el suministro de la Cope oprimidas por el cuévano, ese utensilio símbolo de penoso trabajar. La familia del tío Nicasio no acarrea alimentos de la Cope, parece como si la comida les cayera del cielo.

-Oye, vecino, no solo de pan vive el hombre, esto me decía antier el ricachón de ahí enfrente. Esos ni a la Cope van de compras, lo tendrán todo en su casa.

-Maldita la falta que les hace subir hasta Barruelo, con empeño y una hacienda curiosa te ves abastecido siempre que medie buen gobierno.

Buen gobierno tuvo siempre el tío Mindivis, sus ideas le aguijonean haciéndole saltar del lecho. Despierta, y harto ya de pensar, planea su paseo en tanto almuerza el cazolón bien ensopado que su esposa le dejó junto al rescoldo.

-Hoy arranco para arriba hacia la mata, por el pueblo iré a buen paso, también puedo subir por los prados, aunque estando la hierba tan reseca, echo a perder los escarpines. Dejada atrás la casa última, cojo el camino de la Terana, al principio recto, después unas curvas y pasos angostos por donde has de ir despacito. Llegado a la Terana, enfilo una de tantas sendas cabrerizas hacia los Rozos, un reventadero donde puedes darte una costalada si no pisas con cautela. Desde los Rozos diviso la Peña del Arco como un vigía que domina el caserío de Barruelo, me siento allí, respiro el aire puro, echo una cabezada, y para abajo por el camino de la Loma, camino más cómodo, trillado como está por el continuo ir y venir de los mineros.

Por aquellos contornos marchó el tío Mindivis, observando grillos, saltamontes, mariposas, embelesado con el gorjeo de los pajaritos, oliendo ramas de tomillo y otras plantas medicinales se le pasó la mañana. Buen rato estuvo observando el vaivén de las hormigas que marchaban afanosas por sendero bien marcado.

-Ellas sabrán lo que hacen, distinta de la mía su inteligencia, aunque del mismo origen. En la verdad de su quehacer perdura el animal mientras a nosotros nos arrastra el afán de lograr lo imposible. Oh material inteligencia oculta en cada ser.

Estaba a punto de entrar en el pueblo, mas no era el momento de cruzar palabra con Perfecto y con Julián Alonso, vecinos de las casas encimeras, quienes a tales horas conversaban en el huerto de este último. Doblando hacia la derecha entró en los prados del Dujo y siguió para abajo atento a cuanto aparecía ante sus ojos.

-Cada cual con sus chapuzas, los dos de ahí, mineros toda la vida, de hortelanos, desde aquí oigo su parloteo.

-De labranzas poco entendemos, aunque a ti no se te da mal.

-Tampoco hace falta mucho estudio para apañarte con estas hortalizas y cuatro frutales de mierda. Mira, trasplantaré este brote de peral.

-Decías trasplantar, mejor hacerlo en noviembre, época en la que hasta un palo prende, y en menguante la luna.

-Lo de trasplantar en noviembre sí me parece haberlo oído, y sobre el menguante de la luna consultaré el calendario. Verías al tío Mindivis, por ahí bajaba, nos vio y torció hacia los prados para no darse con nosotros. Raro donde los haya.

-A mí por raro me tienen también. ¿No me gusta la cantina?, por eso soy raro, y si no entrara en ella, por otras rarezas lo sería, quizás por el hecho de no entrar.

El tío Mindivis llegó a casa y se tumbó sobre el escaño, vuela ahora hacia cimas visionarias donde sopesa las penas de este, los regalos de aquel, la ignorancia del que prescindió de libros y del que dice haber leído muchos. Aconteceres innúmeros abarrotan su magín, los agobios de la mujer luchadora, la indefensión del rapaz, las decepciones del mozo, la brega del labrador, la pelea del minero, la languidez de Luisa la tonta, esa pobre mujer que por el camino hacia Porquera pasa ahora.

-Hola, Luisa, de por agua, ¿eh?

-Uf, qué asco, unos guajes malísimos de allá arriba estuvieron insultándome, me llamaban piojosa.

-Válgame Dios, son el mismo demonio, descuida, que no vuelven.

-Me da igual, ya estoy acostumbrada, a todo se acostumbra una.

Luisa la tonta es insensible al frío, no siente el dolor, del borde de la herrada cuelgan témpanos de hielo buidos cual agujas.

-Madre, por ahí abajo iba Luisa la tonta con un aspecto de lástima.

-Sí, hijas, sí, desgracias piden desgracias y un desliz otro desliz.

Cierto día Graci, al que nadie llama Graciliano, cometió un estúpido desliz. La culpa fue de una niña con cara angelical, ella fue la ocasión que da al traste con todo. La carne es flaca, mas apartada en soledad, al más ínfimo nivel desciende su flaqueza y hasta la más fea suciedad la lleva el apetito. Anda ahora Graciliano por el atrio de la iglesia dando patadas.

-Me cago en… Qué será eso blanco que salta por ahí, será un hueso.

-Algo te pasa, Graci, cuando vas hablando con esa furia.

-Nada, qué me va a pasar, largo para allá si no quieres que te salte las muelas.

-Nos hemos acercado porque te veíamos como desesperado, queríamos saber lo que te pasa y nos quieres pegar, no te enfades, hombre.

Un tronar de carcajadas hace arder la sangre del buen Graciliano.

-Cago en la leche que os dieron, mamones, cuando os coja os saco las tripas. Tú, qué dices, vamos a ver, qué dices.

-Yo no digo nada, Graci, no he dicho ni jota.

-Ah, bueno, por si acaso. Esos que escaparon riéndose, cuando caigan en mis manos les corto el pescuezo. ¿Tú tampoco dices nada como este?

-Tampoco, yo quiero ser amigo tuyo, ni se me ocurre reírme como esos tontos.

-Me parece bien, menos mal que vosotros estáis conmigo, porque si no lo estáis, os suelto un soplamocos, y a correr. El domingo estuve en misa y sentí ganas de pasar por el confesonario, pero me dio vergüenza y tiré para el coro pensando que bastará arrepentirse y no tanta confesión. A mí solo me gusta entrar en la iglesia el Viernes Santo cuando el oficio de Tinieblas para hacer ruido con la carraca, y no teniendo carraca, con pisotones en el suelo, que eso hacen muchos paisanos.

-Se hace así para recordar la tronada que se mangó cuando la muerte del Señor.

-Bien se conoce que eres monaguillo, chaval. Todo eso os lo enseña don Andrés, pero igual no pasa de puro cuento. Mirad cómo vuela la cigüeña, eso debéis hacer vosotros, hale, volando.

Llegan vahos de patatas arregladas que excitan el hambre y avivan la querencia hacia el hogar del humo y el puchero.

-No comáis tanta basura, cualquier día cogeréis un empacho que os reviente la andorga. No seríais los primeros en diñarla, conque tened cuidado.

-Jolín, nos mete miedo, señora Margarita, ¿qué está haciendo con ese cacharro?

-Un barreño lleno de lañas y no pierde gota, cierto lañador de Tierra de Campos me lo arregló por dos veces, ya veis, de esas tierras donde creemos que todos son labradores, de por allí debía ser también el que me restañó un balde para la ropa, y vaya si sirve. En esta vida cada uno gana la mantenencia como puede.

-Mantenencia, así dice mi madre también. Los afiladores que pasan por aquí, mire cuánto ganarán afilando cuchillos, desde Galicia nada menos vienen.

-Sí, hijos, sí, cada uno se gana la vida como puede. Vosotros dejaros de comer lo primero que veis a mano, y no seáis liantes.

Quizás sea la incultura el origen de todo mal, de ahí que sin cesar pregona el maestro las excelencias del saber.

-Erradicar la innoble lacra de la ignorancia, por una España grande y libre.

-Menos arengas, don Saturnino, habrá oído lo que dice la gente, menos Franco y más pan blanco. Bien lo sabrá, no me tira el politiqueo, le oí lo de una España grande y libre, y me acerqué, ahí tiene esos chiquillos, adoctríneles, que yo de poco tiempo dispongo para tal labor.

-Qué hacíais por ahí, ¿me escuchabais? De erradicar la ignorancia trataba con el señor Secundino. Hacedme caso, la instrucción, tan valiosa como el pan, con la ignorancia, miseria y más miseria, por eso hasta los catorce cumplidos, la escuela en primer lugar, no como algunos que por cosillas sin importancia pierden la clase. Trabajar como brutos solo penuria os traerá, cuánto lucho con vuestros padres para que nunca os quiten la escuela.

-Pues a mí poco me gustan los libros, y mi padre solo consigue apañar cuentas por los dedos, me da risa verle poner cara de pensar cuando hace cálculos.

-Entonces tú a trabajar como un burro estás dispuesto. Ya dije bastante, a jugar.

-Sí señor, vamos a jugar al salta y tente, hasta mañana si Dios quiere.

El maestro es alto, rubio y valentón como un sabueso, defiende los ideales del falangista, cree en los valores del espíritu y en el legado de la Humanidad. Algo muy distinto oyó del tío Mindivis , cuando pertrechado de escopeta, canana y recias botas, salía hacia los peñascales de Peñarruz al acoso de

alguna pieza, pero se hizo el sordo y tiró calle arriba tapándose los oídos.

-Somos un trozo de materia, no somos razón agregado a la materia, sí materia poseedora de razón sometida a deslices y bajezas. ¡Cuánta cruz buscada!

Nadie marcha sin su cruz por los caminos de la vida, el pobre Graciliano piensa que existen días como aquel cuando tuvo la desgracia de cometer una bobería.

-¿Habrá alguien más desgraciado? Soy una calamidad, desear sí deseo, pero valer bien poco valgo, acierta mi padre cuando me llama cabeza hueca.

-Graci, perdona, de un tiempo para acá se te ve triste, andas preocupado.

-Ando como me da la gana, no vamos a estar cantando todo el día como bobos.

-Te hablaba con la mejor intención, por si te había pasado algo. Mira, por ahí va la menor de Evaristo, ¿no te animas al verla?

-Sí, pide peras al olmo, qué sabrás tú de estas cosas si eres todavía un mocoso. Mejor si marchas para arriba con los de tu igual.

Las hijas de Evaristo Muñoz son tres varas espléndidas, tres tallos florecidos que expanden por donde pasan un aire de suavidad femenina más visible aún por la dureza de las labores que a diario deben realizar. Es lástima que carnes hechas para dar vida sufran el rigor de la intemperie y vayan ajetreando sus entrañas virginales entre yuntas, arados y rastrilladoras. Los hijos de Eduardo Martínez, sus vecinos cercanos, las atisban con apetito lujurioso cual lebreles a hembras en celo, mas ahora mitigarán su hambre de placer con el pecado solitario en tanto lleguen tiempos cuando al hartazgo seguirá el hastío.

El tío Mindivis nunca critica, sí juzga, mas sin dictar condenas, pues siempre encuentra justificación a cualquier conducta.

-Todos andamos locos, aturdida anda la gente con el empeño puesto en negocios de poca monta, entre tanto, yo me devano los sesos buscando claridades, acaso en esta búsqueda radica el logro de mi eternidad.

-¿Le interrumpo, Julián? ¿Pasó esta mañana ahí adentro?

-Sí señor, hoy pasé, pero salí luego porque una necesidad me lo pedía.

-Lo digo porque don Andrés toma nota de quienes vienen y de quienes no.

-Si eso hace, hoy habrá tomado nota de mi presencia, ahora aquí quedo, no me faltará conversación si espero hasta que salga.

Al salir del templo, dio un giro don Andrés hacia su izquierda y llegó hasta la parte oriental del atrio para observar con fingido semblante las piedras labradas que sirven de lomillo al muro, desviadas hoy de su posición primera tras soportar el trajín de los muchachos que en sus juegos sobre ellas saltan sin cesar.

-¡Bendito sea Dios! Esta pared no puede durar mucho si alguien no pone remedio a tanto abandono.

-Sí, bendito sea. Mire usted, nadie tuvo el concepto de Dios en su pensamiento por más que lo intentara valiéndose de cuanto material vemos.

-Déjese de locuras y mire al cielo, buen hombre, ahora sí tengo dudas sobre su sano juicio, quede usted con Dios.

El tío Mindivis volvió la espalda, puso un pie sobre el muro donde veía engaños que cual andrajosos bufones revolaban en torno al sacerdote.

-Intentaré reírme, y punto en boca. Al cura este nunca le vi reírse, dibuja en su rostro media sonrisa, y basta, algo muy natural, porque mozo festivo nunca fue.

Los mozos se divierten en fiestas y bailoteos, ríen a mandíbula batiente, y asunto concluido. Don Saturnino guarda especial aprecio hacia los alumnos que salieron de la escuela, incluso les pone como ejemplo a imitar por los alumnos actuales.

-Notables alumnos aquellos, los Vielba Juan y Guillermo, Pedro Duque, Serapio García, los hermanos Martínez, Antonio Serna, Laurín Fernández, Laudelino Iglesias, Matías Revilla, Albino, Amador. Esos sí eran hombres hechos y derechos, daba gusto trabajar con ellos, con vosotros, predicar en desierto, dar palos al aire.

-Qué os parece, chavales, ¿creéis que los alumnos de antes eran muy listos y ahora nosotros tontos de capirote? No sé cuántas veces nos habrá dicho esto don Saturnino enseñándonos esos dibujos que representan esqueletos de aves y otros animales hechos a tinta china en papel de barba por

alumnos de hace años. Vaya un prodigio, como si fuera una cosa del otro mundo.

-Bueno, siempre hubo listos y tontos, ves mozos por ahí auténticos paletos, y de espabilados, nada. Sin ir más lejos, Memo el de Ángel Vielba tiene un tipo de poco inteligente que da lástima, por allí va con la barra al hombro.

Guillermo Vielba es un muchachote jovial, cumplió la mili y le gusta comentar temas serios con las personas mayores.

-Hola, señor Daniel, ya ve, haremos músculo ahí en el Ribero.

-Muy bien, mejor eso que andar de juerga, pero cuidado con los chiquitos.

Guillermo lanza la barra más lejos que nadie, una barra pesadísima que los niños apenas levantan del suelo. La barra se lanza a brazo extendido cogida en posición vertical, también puede lanzarse por debajo de las piernas.

-Qué pintáis por aquí, chavales.

-Nada, te veíamos con la barra y queríamos saber cómo tiras.

-Me parece bien, pero todos detrás de mí, no la manguemos, ya me advertía ese señor que tuviera cuidado con vosotros.

-¡Vaya molla, Memo, así ya podrás!

-Si ahora no puedo, dime tú cuándo podré. Me habrás visto lanzar la tanga, ¿no?

-Como voltear las campanas, la víspera de san Cornelio subí hasta el campanario y estabas con otros dos volteando. Abilio el del Trillero era uno, se metía debajo de la campana empujando la maza con todas sus fuerzas y luego se volvía rápido para atrás, me daba tanto miedo, que marché enseguida.

Que se maten los bobos lanzando la barra o volteando las campanas, el buen Abilio, hermano de Memo, se conforma con jugar a la tuta por ver si aumenta su caudal. Pensó hace tiempo ir a servir, capricho que a su padre le tiene preocupado.

-Se te ha metido en la cabeza que saliendo de casa está todo resuelto, crees que todo el monte es orégano, que por ahí afuera se atan los perros con longanizas. Os empecináis en una idea, y ni Sansón con toda su fuerza sería capaz de echaros para atrás. Siempre lo oí, más vale padre menesteroso que amo dadivoso.

-Déjeme de refranes, padre, Manuel el de Antonino y Aquilino el de la Felisa también marcharon, ninguna razón veo para que yo no pueda hacer lo mismo.

-¿Sabes por qué marchan?, por llenar la andorga con zoquetes de pan y meter en el bolso cuatro perras. ¡Ay, alma de cántaro, qué equivocado estás!

-Si estoy equivocado, lo veremos. Ya hemos hablado con el señor de Corvio y quedamos en que voy. Ni me acuerdo cómo se llama.

-Tiburcio se llama, bien me acuerdo yo.

-Vaya nombre feo, se muere uno de risa.

-Sí, ríete, que ya llorarás. La vida de risas y lloros está hecha, y los nombres no son ni feos ni bonitos, lo importante, engrandecerlos con un buen comportamiento.

-Tiene razón, padre, igual por llevar ese nombre es buenísima persona.

-En eso está la madre del cordero, en encontrar buenas personas.

El muchacho saliose con la suya. Su madre le preparó en una maleta de cartón cuatro trapos y algo de comida. La madre disimulaba unas lágrimas tapándose con el delantal. Como un pajarillo liberado de la jaula, cogió Abilio la maleta y padre e hijo se fueron. Por el olmedo donde anidan las cigüeñas correteaban los hijos de La Pobre.

-Mira esos chavales correteando tan a gusto con toda su miseria. Tú pórtate bien, trabaja, pero sin matarte, si algo no puedes hacer, pide consejo, que tu amo sabrá, un señor ya en la madurez. Los años valen mucho, del viejo el consejo.

-Tiene razón. Pasados unos días les mando una carta escrita de mi puño y letra.

-No hace falta, la próxima semana vuelvo a ver cómo te pintan estos días.

-Como quiera. Ya estamos en las Arrieras dando vista al poblacho de enfrente.

-Cillamayor se llama ese poblacho, un pueblo tan digno como otro cualquiera, y un nombre bonito. Nos vendría bien pasar por el bar del señor Olea, pedir un porrón de vino y tomar un bocado de lo que nos preparó tu madre, tiempo tendremos para llegar, hablar con el dueño y estar yo de vuelta antes del anochecer.

-Estupendo, padre, ahora me acuerdo de esos chavales tan pobres.

Los hijos de La Pobre son anónimos, tienen nombre, mas como si no lo tuvieran. Su madre desfallece consumida por el

trabajo y el escaso comer, pasa ahora por las casas del Ribero y la vecina la da un cacho de pan.

-Ángela, ¿dónde anda tu marido?, bien podía estar aquí ayudándote.

-¿Quieres que te diga?, mi marido aparece de Pascuas a Ramos, y cuando viene, a comer como un tragaldabas lo poco que tenemos.

-Deja de amargarte, mujer, igual encuentra trabajo y mejora vuestra situación. Espera, te doy un jersey del mi chiquillo que se le quedó pequeño.

-Muchas gracias, como anillo al dedo me viene, vuelvo y le dejo en casa.

-¡Cuánta desgracia! Una mujer sin tener donde caerse muerta, y para colmo, con un vaina de marido. ¿Qué te parece, Gaspar?

-¿Qué me parece? Tipos así deberían caer en manos de la justicia y aplicarles la ley de vagos y maleantes para que se pusieran a trabajar, que aquí en Barruelo hay trabajo para todos. Con trabajo se acabaron los pobres, no con limosnas.

La señora Avelina también pasa sus ahogos, Gaspar es un buen picador, pero no gana para evitar la escasez en la familia. La hija mayor se llama Pepa, una chica seria que se ha dado cuenta de tanta mezquindad mundana y quiere meterse monja. Su padre ni bien ni mal ve tal ocurrencia.

-Se la ha metido marchar de monja, pues que vaya, me libraré de decir esta boca es mía. Sí me cuesta entender de dónde la puede haber llovido lo de hacerse monja, porque mira qué sé yo de misas y rosarios. Las monjas pedirán informes al señor cura, pueden pedir lo que quieran y que el cura mande lo que le dé la gana.

Ciegamente buscó Abilio salida a sus arrojos, pero tal capricho tuvo rápido desenlace. Ningún trabajo le doblegó, ni el recuerdo de los amigos, ni cosa alguna de este jaez. Cuando el primer día de servicio llegó la hora de acostarse, sintió caérsele el cielo encima. Esperaba que el amo le llevase al dormitorio tras la dura jornada, mas no fue así, a la luz de un farol le condujo hasta el establo.

-Aquí estarás bien, hijo, cuando te despierte el gallo, ya sabes, según esta tarde te expliqué, echas la ración de pienso al ganado, pienso solo para las vacas.

Abilio nada respondió, echado en un jergón de garojos, pasó llorando gran parte de la noche, y al fin, rendido por la fatiga, durmió hasta el canto del gallo. Aquel mocete tendido sobre un camastro simbolizaba la más abyecta penuria.

Pasaron ocho días y el padre volvió por comprobar cómo andaba su hijo. Eran horas de madrugada cuando llegó ante los portones del caserón, gritó ¡quién vive!, abriose la puerta del establo y allí apareció el muchacho que se echó a los brazos del padre sin decir palabra.

-¡Hijo del alma, cómo te encuentro! Hablaré con tus amos, les pediré cuentas.

Unas pesetas dieron fin al arreglo, y el señor Ángel, individuo dado a pacíficas avenencias, se alejó con su hijo.

Ni el revés sufrido por Avilio al servicio del ricachón ni el acierto vocacional logrado por la Pepa en el convento valieron para que el buen Honorino abandonara sus andanzas campestres en busca de nidos.

-Nori, no sé por qué, pero te noto animoso yendo y viniendo, pareces un tío feliz.

-Vete tú a ver quién será feliz, sí te digo, vivir en contacto con la naturaleza es lo más bonito que puedes hacer. No hay nada como conformarte con lo que tienes, en terrenos libres encuentras andrinas, maíllas, moras, avellanas, y allá por abril atropas en los praos del Dujo todas las setas rojillas que quieras. Hace pocos días mostajas cogí yo por la Peña Villabellaco. En tiempo lluvioso, caracoles en los setos, buenísimos siempre que los tengas a purgar metidos en un talego con un poco de salvado. Hongos en terrenos sequizos llegado el otoño, bocado de ángeles. Y nada de pararte a ver si cuesta o no cuesta, si esto sabe bien o sabe mal, que para el hambre no hay antojos. Si te sientes con fuerzas, subes por arriba de Brañosera y te hartas de ráspanos como una tarde hicimos un amigo de Porquera y yo. Ahí cerca por el monte hacia Valle coges hayucos, algo insípidos, pero valen.

-¿Sabes qué te digo?, busco un puesto en la empresa y me olvido de miserias.

-Eso hacen todos, y según parece, tú uno más. Yo me libraré bien de entrar en la mina, prefiero los peligros de patear a campo abierto o trepar por los árboles. Me dan asco esas personas que apenas salen de casa, hoy porque hace frío, mañana porque hace calor, un día porque llueve y otro porque

puede llover. De pedriscos varias veces me libré acurrucado bajo una roca allá por Peñarruz, pero preferible a estar metido en casa día y noche, para vivir así, mejor diñarla.

-También sabrás, hay tantos pareceres como personas, me acuerdo ahora de tu hermana Pepa, ¿es cierto que ya marchó de monja? Si es así, poco os parecéis, porque fíjate la diferencia entre andar libre por el campo y meterte en un convento sin ver otra cosa que el santo cielo.

-Pues marchó, ahora, que no pille yo a alguno con chismorreos, porque le pongo la cara al revés. De religión yo entiendo como de astronomía, pero eso no quita que sintamos envidia de curas, frailes y monjas, y del obispo ni me hables, parece un superhombre, con esas vestiduras, esos gorros.

-Aquí vendrá dentro de unos meses, eso dijo en misa don Andrés, creo que viene de Burgos, porque esta iglesia de Revilla pertenece al arzobispado de Burgos.

-Mucho sabes sobre arzobispados, se acabó, marcho hasta Peñarruz.

Nori tiene dos hermanas de agradable presencia. Ofelia posee una candidez angelical, tan joven la muchacha, y la va creciendo un bigotillo gracioso, sí la pone nerviosa un poco de tartamudez unido a la imposibilidad de pronunciar la erre.

-Otras cosas tendrán ellos, nadie es perfecto en este mundo.

-Tú no te hagas caso. Esta Ofelia, cómo teje, me hago cruces viéndote tejer.

-Siempre se me dio bien esta labor, me cunde una barbaridad, acabo la vuelta en un pispás, y eso que me salió una ampolla ayer picando leña.

-¿Tú picar leña? Que la pique tu hermano, tienes bastante con hacer las camas.

-Y mil labores más, nos tocó trajinar como cenicientas, y no rechistes, un día le dije que fregara él y me mandó a la mierda. Tiene bastante con buscar nidos, y si se halla bien yendo de un sitio para otro, que vaya, para eso yo no valdría.

-Ni yo tampoco, con lo nuestro tenemos bastante, a ti se te da bien la tejedura como a mí zurcir estos calcetines de mi hermano llenos de tomates.

-Vaya montón de hilo necesitas para dejar una compostura con cierto parecido, como dice mi madre, gasta más el pobre en hilo que el rico en vestido.

-El caso es hacer algo de provecho y no ser un censo para la familia. Tu hermana no será una de esas.

-Pues no, pero se pone muy tonta, parece como si quisiera ir de princesa.

-No exageres, la gusta presumir, va mucho con la Acracia que también la gusta.

-Mejor sería que se ocuparan de hacer algo, no todo el día de pindongueo, porque ya sabes, la gente por cualquier cosita levanta bulos.

-Yo no veo ningún mal en andar como andan, tu hermana me resulta bastante formalita, ahora, la Acracia se pasa un poco de fresca. Déjalas, si presumen, será para que pronto las salga novio.

-¡Qué novios ni qué leches! Mira cuánto me importarán los novios, que con este vestido me apaño, no con esos de vuelo que a la menor ventolera se te ve todo.

-Haces bien en olvidarte de novios, no por mucho buscar encuentra una, y nada de confiar en el primero que llega, alguna conozco yo compuesta y sin novio por pasarse de confiada. Los novios, saber ganarlos, sin prisas y con cien ojos.

-Razón tienes, algunos se te arriman y lo único que buscan es meterte mano.

-Vaya si es cierto. Mira tu hermana Pepa, se fue con las monjas, lo mejor que pudo hacer, hasta me da cierta envidia. Lo dejamos, ¿no te parece?

-Cómo no, con este relente estoy notando escalofríos.

Los dos hermanos menores de Ofelia son casi iguales en apariencia física, no en carácter. Óscar es un rapaz ponderado, cuando tiene labores que hacer, las hace con todo esmero. Acelino es inquieto y algo rebelde, siempre dispesto a poner en práctica cuanto su cuerpo le pide. Para don Andrés todo es castigo del cielo.

-No puede Dios bendecir familias ateas, de ahí proviene tanta calamidad. Aquí, pecados y más pecados, cantinas, fiestas licenciosas, bailar bien agarrados, que no otra cosa trae sino despertar insinuaciones obscenas.

San Cornelio es día de misa solemne con procesión ruidosa. Tras la misa, sale don Andrés del templo sonriendo parabienes por día tan señalado, marcha luego hacia su casona acompañado de autoridades, mocerío y chiquillería, cortejo que cierran tres músicos tocando dulzainas y tamboril. Buen día de

fiesta desea a todos, entra en casa, y acabose la función. Día de comida abundante rematada con café, copa y puro. Las mujeres ajetreadas en la cocina, los hombres tomando unos vasos, los niños, al correteo. Los mozos acuden en parranda hasta la cantina donde correrá el vino con aperitivo de cangrejos del Pisuerga.

-Oye, Aquilino, de dónde viene tanto cangrejo, igual del río Vaíllo. Mi abuelo cuenta que pocos años atrás había cangrejos ahí.

-Sería hace cincuenta años, hoy, cuatro ranas. Vosotros, duro con ellos.

Todo es juerga y continuas bromas, el alcohol enciende los ánimos, da paso a canciones tantas veces repetidas, y no faltará el enfervorizado que vitorea a pleno pulmón: ¡Viva san Cornelio! Y todos responderán a voz en grito. ¡¡¡Viva!!!

Comida y bebida en exceso, sobremesas prolongadas, bailoteo desde la tarde hasta la cena y más baile tras cenar. Solo los perros lo pasan mal asustados por el estampido de los cohetes, y vecinos hay que huyen de cuanto huele a fiesta.

-Qué hacemos, Gaspar, como todos los días, ¿no?

-Como todos los días, bien dices, ni a misa siquiera.

-Hombre, un día como hoy, con misa solemne y procesión, deberías haber ido aunque solo fuera porque sepa el señor cura que todavía vives.

-Que me espere sentado, yo, la procesión de todos las tardes, de casa a la cantina de Máximo y de la cantina de Máximo a casa. Pasamos ya de niños para dejarnos engañar por monerías.

Ángel Abad, epiléptico y medio tonto, no para en casa el día de san Cornelio, la gente se fija en él y le dirigen palabras cariñosas.

-Ángel, estás muy chulo, hoy da gusto verte.

Ángel no suele contestar, tiene prisa, está a fisgarlo todo, recorre los tenderetes de golosinas instalados en las Praízas donde gasta su dinero y se planta luego ante el templete embelesado con la música mientras mordisquea un palo de regaliz.

-¿Sabes cuál es esta orquesta, Ángel?

-Sí señor, son Los Tolas de Barruelo. En Barruelo hay más orquestas todavía, El Pequeño Ruido, La Comparsita, y El Ciego, que toca el acordeón ciego como está.

-¡Hay que ver, cuánto sabes! ¿No te cansas de escuchar este ruido?

-Qué va, llevo aquí más de una hora, y tan a gusto, me encanta la música.

Para el tío Nicasio la fiesta consiste en asistir a misa bien trajeado, al atardecer atiende la hacienda como de costumbre, tranca el portón y allí todo es silencio. Si en la calle se dio con dos mocitas que subían en busca de bailoteo, no habrá perdido ocasión de aconsejarlas con voz solemne y sentenciosa.

-Hijas, divertirse, pero como Dios manda, el demonio anda al acecho, no andéis despistadas vosotras, que nadie perderá más si no sabéis comportaros con recato. Mirad qué hago yo, atender mis quehaceres y a recogerme como todos los días.

-Nosotras somos jóvenes, señor Nicasio.

-Bien me parece, pero para hacer el mal cualquier edad vale, no seáis de las que encienden una vela a Dios y otra al diablo.

Don Saturnino deja de lado bailes y jaranas, pues la dignidad de maestro está por encima de tan vulgares diversiones. Para Quico el cuevanero la fiesta no tiene aliciente alguno, un día como hoy, y no ha dejado de bajar al río para cargar con un brazado de mimbres puestas a remojo. Poco le gusta al Rojuco mezclarse entre la gente, de ahí que vaya protegido por su mujer, más en este día cuando hace años sucedió lo que nunca olvidará la Temeta.

El tío Mindivis observa a quienes andan de fiesta y a quienes no salen del hogar, se compadece de todos y sabe que todos esquivan a su manera las asechanzas de ocultos males. En tal día se vio en mitad de la calle con José Ruiz, que contemplaba las primeras estrellas del firmamento.

-Buenas tardes, aquí mirando al cielo por apartar la vista de ahí arriba donde la fiesta. Una sinrazón tanto cohete, tanta cantina y bailoteo absurdos.

-Por sorprendente que parezca, todos tienen razón, también sinrazón. Ni en la roca, ni en la planta, ni en el animal prospera la sinrazón, sí en la insensatez nuestra. Recuerde el rifirrafe que el otro día tuvo usted con la Rosario, hicieron bien el oso, hasta hiena llegó a llamarla.

-Las hienas matan para comer, lo que no hacen es envenenar. Hicimos el teatro, eso sí, y harta desazón me produce para que ahora me venga con recordatorios.

-Véalo como un lance más de este teatro, pena siento por la lucha que tuvo con la señora, y todo por defender livianos intereses. Cierto, señor José, el vivir pide luchar porque vivir es necesitar, cuando nada necesitemos, acabará la lucha y nos veremos en el seno de la muerte donde nuestras cenizas continuarán siendo motor de cósmicos procesos en conato permanente por hacer y deshacer. El instinto nos ciega y buscamos luz en luchas y trabajos que vienen a ser una droga.

-Si así lo ve, ¿por qué no sale de este rincón?

-Aquí estuvo nuestra cuna y aquí nuestra tumba ha de estar. Que mi doctrina sea universal desde este trozo de tierra donde pervive la salvadora verdad de barro.

Lo bueno anda con lo malo y con indigencias los anhelos, mas todo para en su sitio, los cuerpos al camposanto, y las almas, ¿dónde irán? Las cigüeñas vienen por san Blas a los olmos del arroyo donde crían, y nadie las ve morir, pero ni un mes pasa sin la procesión por el descampado de las eras hasta llegar a la Resilla, la caja en alto como un borrón sobre el tono ocre del ejido. De sepulturas huyen los chiquillos, mas no de enfermedades e indigencias pueden huir.

-Mirad cómo tose el pobre Acelino, no diréis que paga sus culpas con ese catarro.

Sentado sobre un pedrusco Marcelino sigue tosiendo, tiene tosferina y pasa horas ahogándose con la boca llena de espumarajos. Los compañeros le rodean, y cuando le cede el mal, en sus caras se dibuja un halo de satisfacción.

-Marcelino, ¿no te lleva tu madre al médico? Un día te quedas de tanto toser.

-No sé, dice que se me pasará, me da la tos muchas veces y siempre se me pasa. Mira, ya no toso.

-Qué bien, todos tosemos cuando cogemos la gripe al llegar el invierno, pero solo por eso no hace falta ir al médico, pasas unos días con malestar, y desaparece. Mi abuela todo lo arregla con unos mejunjes que prepara con hierbas.

-Olvídate de tu abuela y deja en paz al pobre guaje. A mí los catarros me traen sin cuidado, casi quiero tener alguno, así mi madre suele darme un ponche para que me reponga pronto.

-Algo parecido pienso yo, porque estando enfermo puedes probar un huevo frito. Nos quejamos, pero antes era peor, mi abuelo me contó que un dentista le sacó dos muelas con unos

alicates a tirón limpio hasta hacerle ver las estrellas. Cuando me lo contaba parecía como si se le saltaran las lágrimas.

-Qué barbaridad, por eso mientras lo hacían no dejaban de hablar para distraer al enfermo, y de ahí viene lo de charlar como un sacamuelas. Ahora algo hemos ganado, por ejemplo, mi abuelo anda jodido de la vista, tiene cataratas, y el pobre no ve nada, mejor dicho, casi nada, porque algo sí ve.

-No debe haber remedio para ese mal de las cataratas, como el de la vista cansada de los mayores, mi madre se pone a enhebrar una aguja y tarda media hora.

-Para esos males claro que no hay remedio. El abuelo mío casi no ve, tiene los ojos tiernos, le lloran mucho, y siempre con el pañuelo secándolos. Cuántas veces me habrá pedido leerle cualquier papel, el recibo de la contribución, por ejemplo.

-Dejad en paz a los abuelos, y a jugar. A ti, Acelino, igual te vuelve la tos.

-Pues jugamos al castro, a las canicas podemos jugar también.

-Al castro que jueguen las chavalas, esas con jugar al castro, a las tabas y con la pamplina de muñecas tienen bastante. Son unas quejicas, por nada lloran, el otro día estaban haciendo carreras a la pata coja, una se cayó y marchaba para casa con unos lloros como si la hubieran matado.

-Oye, también nosotros lloramos cuando nos pasa algo.

-Cuando nos pasa algo, pero no por heriditas que se curan con un esparadrapo. Son unas memas, las gusta hacerse las finolis, las habréis oído cuando ofrecen las flores de mayo a la Virgen, cantan eso de venid y vamos todos con flores a María con unas vocecitas que parecen gatas miagando. No os riais, no.

-Yo también me río, así me olvido de ir al médico.

-No tengas tanto miedo, hombre, si te llevan al médico será para que te cures. Mi padre, que en la mili hizo de enfermero, con frecuencia dice que médico bueno es el que cura enfermos y no se conforma con curar enfermedades.

-Jolín, tu padre, cuánto sabe, no me extraña, si hizo de enfermero en la mili… Me acuerdo ahora de Clima el de la fuente que casi nunca baja por aquí.

-No te extrañe, su padre le tiene muy sujeto. No lo demos vueltas, por una razón o por otra, todos tenemos algo por qué sufrir, y si no, fijaros en Gisbert y Pacorro el perniano, los dos sufren su viacrucis en la escuela, les llama cazurros el maestro,

y un día les dijo que eran como los de las orejas gachas refiriéndose al cerdo.

No sufre tales injurias Óscar Ruiz, alumno pulcro en extremo que apenas recibe castigos, sí teme al tío Nicasio que le pilló robando las manzanas de la huerta.

-Caíste en el garlito, ladrón, ganas tenía de cogerte, quién era el otro que escapó.

-No sé, yo estaba cogiendo las agusanadas pensando que usted no las quería.

-Ven ahora con triquiñuelas, en la cuadra vas a pasar la noche.

Le llevó cogido del pescuezo hasta el cubil donde encerrado estuvo el chaval sufriendo el escozor de la oreja que le había traspasado con las uñas. Pocos minutos pasaron y el tío Nicasio volvió.

-Bribón, ¿respetarás lo ajeno de ahora en adelante? Arrea, ni verte quiero.

Apenas Óscar se sintió libre, voló como pájaro escapado de la jaula.

-Ese paisano no tiene perdón de Dios, estaría mejor escalabrado.

-No tanto, has de saber que el tío Nicasio no es tan malo, te metió en la cuadra, pero te soltó enseguida. Fíjate, de lo viejo que está, el día menos pensado se muere.

-Déjame de pamplinas, no estará tan viejo cuando tuvo la habilidad de pillarme al bajar del manzano, quise escapar, pero de poco me valió.

-Olvídalo, en este mundo todos defendemos lo nuestro, piensa qué harías tú si alguien viene y te lleva una cabra.

-Vaya comparaciones, comparar una cabra con cuatro miserables manzanas.

También Uldarico el hermano de Clima guarda mal recuerdo de don Andrés. Algún daño causó a sus vacas, quizás las espantó echándolas de los pastizales. Pasa don Andrés todos los sábados por la escuela, tras un rato de plática con el maestro, explica el evangelio del domingo. Aquel día tenía un asunto previo por resolver, bien se notaba en su mirar indagatorio hacia los pupitres de los mayores.

-Uldarico, dónde está Uldarico.

-¡Servidor!

-Ven aquí, hijo, ¿eres tú Uldarico?

-Sí señor, Uldarico Revilla para servir a Dios y a usted.

-Veamos, guapo, sé sincero, escucha la voz de tu conciencia puesta la mano en el pecho. ¿Te hacían algún daño las vacas de mi padre en Praomolino?

Údal no pudo dar explicaciones, una chuleta bien dada le hizo temblar.

-Nunca se te ocurra andar con esas trastadas, vuelve al sitio. Por vuestro bien se os castiga muy a nuestro pesar, para que aprendáis a no hacer daño. Por el bien del chiquillo lo hago, el pobrecito sufre el leve castigo, pero más sufro yo. Sí, hijos, sí, nosotros somos los causantes de nuestros sufrimientos.

Don Andrés miró al maestro con sonrisa forzada y dio unos pasos hacia el pupitre donde Údal limpiaba con la manga su último lagrimón, colocó su manota sobre la cabeza del rapaz, le atusó el cabello y con la otra le acarició los mofletes. Aquel día la explicación del Evangelio fue breve y tuvo tiempo don Andrés para acercarse a un niño de los medianos que pasaba distraído las hojas del cuaderno.

-Veamos cómo lleva el cuaderno este chiquito, muy bien, muy bien, una lección sobre los reinos de la naturaleza, aquí una montaña, el reino mineral, un árbol aquí, el reino vegetal, y aquí un cerdito, este pertenece al reino animal. Según esto, dime, ¿de qué reino seré yo?

El niño buscaba respuesta para salir del trance. ¿Sería don Andrés del mismo reino que un cerdito?, imposible, y al fin el chiquillo contestó.

-¿Usted?, del reino de Dios.

Retumbó la clase con estruendosas carcajadas.

-Los hombres somos del reino animal, hijo, también yo, pero entenderme, eso no quita que seamos las criaturas predilectas del Señor.

Terminada la escena, don Andrés se acercó al maestro y siguieron conversando.

-A ver si sacamos algo de estos niños, cuánta ilusión te embarga cuando piensas que uno llegue a ser honor para el pueblo. Acuérdese del Padre Félix García, fraile agustino y excelente escritor que aquí nació por los últimos años del diecinueve.

-Por ahí anda un libro suyo, “El Cardenal Cisneros” se titula. Diez años tenía cuando sus padres marcharon hasta Aguilar de Campoo, su padre, de los García de aquí, y su madre, apellidada Vielba, de Matamorisca. Esperemos no sea el último.

Dos alumnos de los mayores cuchichean señalando los dibujos del cuaderno, y notándolo don Andrés, pide disculpa al maestro para acercarse.

-Veamos cómo lleváis el cuaderno vosotros mayorcitos. Válgame Dios, hasta con letra gótica puesto el título. ¿Y esta escena del Señor?

-Huy, Jesucristo me ha quedado mal, con esa cara.

-El Señor en el monte Tabor, es lo de menos si no os ha quedado como hubierais querido. ¿No oísteis el caso de aquel fraile que pintaba un retrato y le preguntaron qué pintaba? Si sale con barbas, san Antón, y si no, la Purísima, fue su respuesta. Sería un lego aficionado, vosotros ya habéis cumplido, otros lo harían peor.

Don Andrés vuelve hacia el maestro, y como el bullicio aumenta, se despide.

-Hasta el próximo sábado, y recordad, mañana nos aguarda la santa misa.

¿Verán estos alumnos que reprensiones y castigos llegan como consecuencia de sus pecados? ¿Fue tan enorme el bofetón que aquella tarde recibió Uldarico? Día vendrá cuando juzguen con justa medida lo ocurrido.

-¿Os acordáis de lo que le pasó a Údal en la escuela? Que nos pegue el maestro todavía se entiende, pero un sacerdote…

-Será por nuestro bien, ya sabes lo que dice la gente, quien bien te quiere te hará llorar, y la letra con sangre entra, ahora, lo que hizo Údal con las vacas no era para tanto, don Andrés se podía haber conformado con echarle un rapapolvo.

Sí, pero también deberíamos pensar en las trastadas que cometemos nosotros, el otro día estuvimos Acelino y yo tirando piedras al peral del corralón, entramos a coger las pocas que pudimos echar al suelo y allí entre las cuatro paredes nos pilló y nos hizo amontonar todas las piedras junto al árbol. Los perucos los llevó para casa, sin embargo, ¿sabéis qué hizo después?, al poco rato apareció en el Ribero, nos vio por allí cerca, nos llamó y nos dio a cada uno un cacho de pan.

Al rezo recurre el austero sacerdote para aliviar a los pobrecitos enfermos. Calle abajo viene ahora, y al abrigo del cierzo se encuentra el tío Mindivis.

-Buenas tardes, de rezar por el enfermo, de aliviarle, si no con medicinas inútiles en este caso, sí con la ayuda espiritual. Bien

sabe usted por qué subí hasta el barrio de arriba, siendo inútiles médicos y medicinas, qué otra cosa podemos hacer.

Don Andrés se fue sin más y el tío Mindivis le veía como un manchón donde el viento marcaba perfiles de cuerpo decaído. Por el esquinal de la Casa Concejo aparecieron dos muchachos, Pacorro con las manos en los bolsillos y Gisbert ojo avizor al cuidado de sus perros.

-Estos perros míos, aquí tan mansurrones, cuando corren tras cualquier bicho son como fieras. Por las noches en el corral, que no oigan el menor ruido, porque son capaces de comer a uno. Las carrancas se las pongo por si los lobos, ay, amigo, los colmillos del lobo son como cuchillos envenenados, no sé qué pueden tener, cuando los clava ya no hay remedio, el animal da en quedarse hasta que las espicha. Ahora, estos perros míos, lo creas o no, se defienden contra cualquier lobo.

-Sí, pero el lobo los gana en astucia y resistencia, mucho cuidado con él.

Entre bromas y veras aparecen arrojos y cobardías, el tío Mindivis de acuerdo con sus saberes, los chiquillos a lanzarle cuchufletas se atreven.

-Mirad, chavales, qué ligero va el tío Mindivis con un libro en las manos, muy raro verle con un libro, no tendrá muchos, pero cabeza vaya si tiene, precisamente con don Saturnino se encuentra ahora.

-Don Saturnino, escuche lo que dice el diccionario sobre la palabra espíritu, ser inmaterial y dotado de razón. ¿Demostró alguien su existencia? Materia es la razón y como materia obra. Si soy espíritu, soy Dios, dijo un poeta. ¡Oh materia, molde donde todo se conforma y se consuma!

Callado marcha el maestro hacia la escuela volviendo la mirada a los chiquillos que atrás quedaron discutiendo percances medio olvidados.

-Mi padre dice que el Rojuco dio un navajazo al Temeto por nada.

-Por algo sería, pasados tantos años, cada uno te cuenta las cosas a su manera, y lo del tío Nicasio, lo mismo. Yo creo que nadie mata por matar.

-Pues los lobos eso hacen, se lanzan sobre el rebaño y te degüellan veinte ovejas.

-Mejor no hacer caso, incluso hablando de lobos la gente exagera. Quien puede saber de eso será Matías el pastor,

porque en más de una ocasión habrá visto lobos acechando. Pero lo cierto ahí está, los animales luchan y se matan unos a otros, el que tiene hambre lucha para comer, mientras la pobre víctima, para no ser comida. Qué casualidad, ya llega Clima, raro verte por aquí.

-Voy hasta casa de mi tío Emilio a por tripas para hacer morcillas. ¿Qué decíais?

-De la escabechina que mangan los lobos matando ovejas.

-Buena gana preocuparse por la muerte, yo estoy en la idea de no morirme nunca.

-Te lo crees tú, todos moriremos. Hace días, en un cuaderno de clase leía yo un dictado que debe ser del Quijote: todas las cosas tienen remedio, si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida.

-¡Jolín, qué bien dicho está!

¿Creerán estos chiquillos que nunca les llegará la hora? Sí recuerdan el texto del Quijote donde Cervantes evita llamar muerte a la muerte viendo en ella el acabar de la vida cual si fuera traje que se consume y lo hemos de abandonar. Analfabeta será la mujer del tío Mindivis, mas sobre este tema le suele advertir.

-No sé si te diste cuenta, Julián, andas muy apartado de cuanto huele a iglesia, y ya tenemos edad para ocuparnos un poco de nuestra alma.

-¡Ay, mujer mía, cuánta falsedad! Estuviste en la procesión de san Cornelio, yo también estuve, y mi preocupación en aquel jolgorio de cohetes, dulzainas y tamboriles, fue poder meterme en un escondrijo para que nadie me advirtiese como partícipe de tal ridiculez. Cuánto engaño aportó toda religión con la esperanza de eternos placeres y con la amenaza de tormentos infernales. Ningún reparo tendría en cantar al señor cura cuanto estoy diciendo, existen las religiones porque Dios no existe, si Dios existiera, no habría religión alguna.

El tío Mindivis apaña su visera, empuña la cachiporra de espino albar, y se larga. En lo alto junto al monte surgen los contornos del cementerio donde los muertos reposan agradecidos al buen señor, pues nadie como él les venera tanto.

-El cementerio bien abandonado está, por aquí ni perrona gastan en apariencias funerarias, deberían desaparecer todos los cementerios, en los de ciudad se ven obras artísticas, culto que a sí mismos se dan los vivos. Los muertos solo en nuestra

idea existen, no están muertos, ni yacen acá o allá, ni demandan homenajes.

Por allí bajaba don Andrés, bastó divisar el tachón negro de sotana para que el tío Mindivis cortara su monólogo. Tres o cuatro días al año sube don Andrés hasta Helechar por detrás de la mata, pueblo que según documentos es barrio de Barruelo de Santullán. Las familias de Helechar bajan por recios caminos hasta Revilla a celebrar el bautizo de sus recién nacidos, acabada la ceremonia, los padrinos han de ser generosos lanzando perras y caramelos, de lo contrario, hasta desgañitarse vociferarán los chiquillos: Padrino roñoso, niño cascarrioso. Ya cerca el sacerdote, el tío Mindivis, alzó la voz para abrir clima de confianza.

-Malos caminos estos, don Andrés, ¿algún enfermo por Helechar?

-Sí, hijo, sí, la muerte y el dolor no tienen paro, sufrimiento por todas partes.

-Sin embargo, esto le diría yo, benditos los que sufren, porque desearán la muerte y eludirán así el mayor de los suplicios. Plácida muerte aquella que deseas.

-Con la ayuda celestial incluso la muerte se rinde ante nosotros, bendito quien sufre por amor de Dios. ¿Por qué tenemos como insignia la cruz? Ni una palabra más, predicar y predicar para que un desaprensivo cualquiera venga a despreciar nuestros sacratísimos dogmas.

El tío Mindivis siguió hacia arriba hasta alcanzar el camino de Villabellaco, camino carretero que casi pasa rozando los paredones del cementerio. Cuando allí llegue, ¿resistirá la tentación de franquear el portón? Dando vista al muro, dejó el camino, avanzó entre los matorros y entró en el fúnebre recinto. Lugar misterioso, su silencio te estremece. Pasado un rato, salió enjugándose los ojos y tomó rumbo por el pradal de los Colmenares desde donde divisó al maestro con el escopetón al hombro, visión que le hizo susurrar: Por ahí zanquea el maestro, vengo de visitar el lugar donde pedí resurrección, y ya ves, el maestro se larga a producir muerte.

Entre miedos y valentonadas arrastran su vida los niños. Cuando salen de la escuela, la anciana esposa del señor Nicasio suele asomarse por el ventano medio oculta entre toquillas y pañolones, y no faltará el insultador de turno.

-¡Ya está ahí el coco!

La buena mujer, medio sorda, no se entera de la burla, sí una niña que en aquel punto le increpa mostrando de tal modo su valentía.

-Déjala en paz, sinvergüenza, que nada te ha hecho.

La señora Isabel no conoce otras aficiones que asistir a misa y raras veces dar una vuelta por las fincas más cercanas. Su marido es muy rico, tiene una pareja de bueyes que tiran del carro como si arrastraran un juguete. Tiene el tío Nicasio un caballo percherón de fuerza colosal, un nutrido rebaño de ovejas y cuatro vacas rebosantes de vigor, sin embargo, el buen señor lleva vida austera, se le ve atropar clavos, argollas, herraduras, y lo va colocando todo en los huecos del corral como quien deposita en el joyero objetos preciosos. El hijo menor de Antonino el del Ribero alguna vez le lleva la comida hasta la finca donde laborea. Su hija la señora Rosario no escatima frases halagadoras para encargar al chiquillo tal recado.

-Ven, guapo, ¿me llevas la comida a mi padre? Está en la tierra junto al prado del Toro, tú eres muy obediente, te daré la propina cuando vuelvas.

El chiquillo coge el capazo y con no buena gana lleva la comida. Cuando llega ya un tanto fatigado, el tío Nicasio se sienta en el suelo, toma el capazo y antes de abrirlo se santigua y reza la consabida oración.

-Bendice, Señor, estos alimentos que vamos a comer, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

-Buen provecho, señor Nicasio.

-Gracias, hijo, gracias, tú no comiste todavía, ¿verdad? Ahora toma este trozo de pan. ¿Te santiguaste cuando recé? Paréceme no haberte visto.

-Me santigüé bastante de prisa, por eso no me vio.

-Pues estupendo si lo hiciste, las cosas santas, bien hechas.

El tío Nicasio come un plato de legumbre, una tortilla francesa y una manzana, no es opíparo banquete para un señor tan rico. Cuando el chiquillo vuelve, la señora Rosario le da unas perras y un zoquete de pan.

-Muy bien, monín, hale, a comerlo, y las perras guárdalas en la hucha.

El tío Nicasio seguirá trabajando hasta la muerte, una tarde anduvo por el prado del Pandillo deshaciendo topineras, y

aquella fue su última tarde, al día siguiente corrió la voz como un relámpago.

-Ha muerto el tío Nicasio, sí, hija, sí, se ha muerto, en el prado le dio un soponcio del que parece ser se recuperó, pero ya ves, muerto le tenemos.

Con voz sentenciosa habló el tío Mindivis del muerto y de la muerte.

-Altamente significativo el óbito de un hombre así, Nicasio Fernández, padre del señor cura. Se ha desplomado una casa, una hacienda, una familia, esta muerte es confirmación de la caducidad de cuanto juzgamos duradero.

Al señor Nicasio no le apetecía seguir viviendo una vez muerta su mujer, otros parecen estar hechos para sorber la poquedad de esta vida hundidos entre mugres. Cuando las vacas de Victorino pasan junto al Ribero, hacen revivir los sueños del faraón, se tambalean como si fueran soñando en los misterios del más allá. Unas veces Victorino y otras sus hijos las conducen por estériles pastizales.

-Algo delgadas las tienes, Victorino, con mal pelaje las veo.

-Se van defendiendo, y dan leche, no creas que están secas, habrás visto qué dos lecheras lleva mi mujer hasta Barruelo y aún queda en casa para el consumo, vacas suizas de pura raza, vaya si dan leche, mantecosa y nutritiva.

-Eduardo, ¿qué te decía el buen Victorino?

-Ahí le tienes, satisfecho con lo suyo y de escasas luces, pero todavía se defiende. Yo no me atrevería a beber la leche de esos animales flacuchos como si tuvieran la solitaria. Me fijé y las vi plagadas de reznos.

Para beber la leche de las vacas de Victorino, preferible no conocerlas, por eso la beben los barruelanos, que ni las conocen ni entienden de vacas lecheras, solo entienden del carbón y de la mina. Las minas de Barruelo han devorado mucha carne, dan para comer, pero a cambio cobran alto precio en trabajo en vidas y en salud. Matías el pastor bajo tierra trabajó durante años, de ahí que sepa bastante sobre la mina y los mineros.

-Oye, Matías, tú que lees, ¿no tuviste en las manos algún libro sobre tragedias de mineros? Sobre eso se escribirá algo, y si no se escribe, debería escribirse.

-Sobre amoríos, suciedades y falsos héroes, todo lo que quieras, sobre mineros yo nunca leí nada, agrada más pintar lo

engañoso que pintar lo verdadero. Ahora, los mineros son muy valientes, de eso estoy seguro. Para saber lo que es la mina debes trepar por las rampas y arrastrarte por los cortes. Y el caso es que tampoco sabemos dónde nos acecha la desgracia, mira dónde fui yo a pillarla, afuera en un trabajo de apenas peligro.

-Sí, acuérdate del accidente de los dieciocho.

Horrible fue el accidente aquel, Barruelo se llenó de luto, dieciocho mineros abrasados por el grisú, lamentos de padres, hermanos, hijos, esposas. El entierro fue una insólita manifestación popular, en la iglesia ya no cabía un alma, en el atrio se agolpaba hervidero de gente comentando lo sucedido.

-Ay hija, ayer estuve en Barruelo, no sabes lo mucho que me apenó tanto luto. Mira los críos qué vivos van a la escuela, cuánta vida después de tanta muerte.

Luis Ramos, hijo de uno de los dieciocho, goza por parte del maestro de especial aprecio, pues pronto caerán sobre él los cuidados familiares.

-Luis, debes esforzarte, quién va a ser el apoyo de tu madre y tus hermanas.

El chiquillo ve lejos lo del apoyo de su madre y hermanas, realiza sus trabajos, mas sin olvidar los atractivos del juego y los placeres de la carne.

-Que yo sepa, el cuerpo está hecho para disfrutar. Algunos aparentan de santos, pero averigua tú lo que harán a escondidas.

-Pues claro, más o menos todo el mundo comete pecados, como el que cometió don Andrés cuando se vengó de Údal porque había espantado sus vacas, le puso las peras a cuarto, y no conforme, le arreó un bofetón. Oye, recordando aquello, ¿se confesarán los sacerdotes?

-Me muero de risa, chaval, qué nos importará a nosotros si se confiesan o dejan de confesarse. Una vez deje la escuela, fíjate, no pienso volver al confesonario, me quedo tan contento con mis vicios, y a vivir, no haciendo daño a nadie…

No calan estos rapaces ni en lo bueno ni en lo malo, mas sí consiguen compensar su pequeñez con sueños de altura, sueños que el buen cura don Andrés intenta avivar en los monagos una vez terminada la misa.

-Escuchad, hijos, si os aplicáis, llegaréis a ser algo, nada de andar todo el día con chiquilladas, y al río ni os acerquéis, que eso es feo y perjudicial.

-Yo eso hago, andar con precaución y creer en lo que dice el catecismo para no cometer pecados.

-Me parece bien, ale, hasta mañana.

Los monaguillos a medias creen en el pecado, en las ánimas del purgatorio, en el infierno de los réprobos y en el limbo de los niños.

-Yo, fíjate, no entiendo qué puede ser eso del limbo de los niños, tú lo entenderás.

-El catecismo lo dice, el limbo de los niños es el lugar adonde van las almas de los que mueren sin el bautismo antes de tener uso de razón.

-Pero no basta con decirlo. Sobre los Reyes Magos también me hago un lío, me parece que eso de los Magos es una bola. ¿Tú crees que existen?

-Por qué no van a existir, pues claro que existen, por la mañana del día de Reyes he visto las pisadas de los caballos en el barro del corral.

-¿No dicen que van en camellos?

-Bueno, eso será en otros países, aquí montarán en caballos, además, pueden venir como les dé la gana. Debemos creer en algo, ya hicimos la primera comunión y cuando venga el señor obispo nos confirmará para hacernos cristianos del todo, no como ese cerca de mi casa, que el otro día casi pega a su mujer, o como el que estuvo riñendo con el señor Emilio y le llamó talega de desperdicios, ya ves, siendo el señor Emilio tan bueno.

En verdad de barro queda todo. ¿Quién no vio a un monaguillo rezar ante el Cristo crucificado en un oscuro rincón de la iglesia? Para airear la verdad de barro nació el tío Mindivis, para la celeste don Andrés y para el choque doctrinal ambos.

-Según andábamos por el treinta y seis, el reventón tenía que llegar.

-Estaría de Dios, que ello nos sirva para echar los pasos por rectos senderos.

-¿Rectos senderos? De la materia brota la lucha, desconfíe de quienes intentan arreglarlo todo mediante una paz indolente que a la larga genera conflictos.

-Sobre el tema, mejor atenerse al Evangelio, hasta otro día, buen señor.

Don Andrés dio media vuelta y enderezó los pasos hacia su casona. Por derrota distinta largose el tío Mindivis, descendió la costanera del Ribero, pasó el arroyo con un salto forzado, salvó el duro repecho que termina en Campulera, torció hacia la derecha por el pradal, y en escasos minutos llegó a casa.

-Tras la comida descansaré, tiempo tendré más tarde para dar otra vueltecita.

-¿De nuevo llegas hablando, Julián?

-Me estaba haciendo el propósito de echar la siesta tan pronto como comamos.

-Descansa toda la tarde, eso debes hacer.

Aquel día comieron sin decir palabra, sí opinó el tío Mindivis sobre el cocido.

-Me gustó el cocido, mujer, los garbanzos, algo duros, los tendrías poco tiempo a remojo, lo sabrás, media cucharada de bicarbonato los vuelve cocederos.

-Como siempre, desde ayer noche hasta la mañana de hoy los tuve a remojo, no quieras olvidar lo dicho sacando los garbanzos a colación. Déjate de embrollos, siempre al rabo del cura y del maestro.

-Puedes seguir despotricando, estaré con ellos cuantas veces quiera.

Nunca fueron largas las siestas del tío Mindivis, aquella tarde duró no más de media hora, se levantó y en la cocina seguía fregando su mujer.

-Qué afición con la fregadera, déjalo para la noche y lo friegas todo junto.

-Buen invento, arremángate y friega tú aunque solo sea por no verte andar por ahí. ¿No sería mejor adecentar un poco el huerto, que le tienes hecho un abandono?

-Sabes lo poco apañado que soy para doblar la espalda, prefiero el campo abierto donde echas la vista lejos, pero no te preocupes, mañana empiezo con el huerto y le preparo en condiciones. Voy para abajo por estirar un poco las piernas, bien lo sabes, nadie me ganará en puntualidad para mí la más hermosa virtud. Si quieres hago como los que tiran del porrón en la cantina hasta las tantas.

-Gracias sean dadas al Espíritu Paráclito, porque en lo de frecuentar la cantina nada te puedo reprochar. Ay, Señor, cómo

será lo de andar sin inquietudes, benditas las horas pasadas ante la estampa del Crucificado.

Cualquier paraje es adecuado para lugar de encuentro entre don Andrés y el tío Mindivis, el aireado Ribero, el atrio de la iglesia, las pisoteadas callejuelas, los aledaños ricos en umbría y fresca vegetación, en particular lo es el Ribero, atalaya desde donde se divisa el panorama que ciñe la aldea por sus cuatro costados. Hacia allí marcha el tío Mindivis atento a la labor que en el huerto realizará mañana.

-Calla, Julián, por allí anda el de siempre.

-Por casualidad vuelve a pillarme, hoy rosario en Porquera. Recuerde lo de hace días, si hubiera amor, imposible toda guerra. Generoso amor el de los santos, sin esperar premio amaron esparciendo ayuda por doquier.

-Amar sin premio es antinatural, amamos por necesidad, te amo porque me proporcionas bien, te odio porque me lo usurpas. Más le diré, sin egoísmo amoroso imposible sería la supervivencia de cualquier ser, egoísmo de esa ley universal por la que el mundo nace y se eterniza.

-Dios es el único creador de cuanto existe, incluso del amor. A la memoria me viene la definición del amor que el Doctor Angélico nos dejó, "*Concupiscibile circa bonum",* eso es el amor, tendencia hacia el bien.

-Sí señor, el amor consiste en desear lo necesario, tender hacia ello y obrar de oportuna manera para conseguirlo. En mis años juveniles con pasión amé a mi mujer, hoy la amo sin aquella pasión, entonces mi pasión la necesitaba, ahora la necesita mi debilidad. Mire al vecino Gaspar, hasta la cantina va guiado por su necesidad, si la suya es el rosario, vaya y rece, don Andrés.

La cantina cae de perlas a los mineros, el vino y el parlar interminable son para ellos antídoto contra la pesadilla del accidente mortal. Sobre si el señor cura pasó por la cantina en alguna ocasión trata ahora el charloteo.

-Oye, ¿no sabéis?, el otro día pasó por aquí don Andrés, dio las buenas tardes, cruzó cuatro frases con los presentes y luego habló con el cantinero unos minutos. Le invitaron a tomar algo, muy agradecido, pero nada de nada. Yo vería bien que los curas congeniaran con la gente.

-Por mucho que digas, frecuentar este sitio don Andrés no lo verán tus ojos, un cura nunca dejará de ser un cura, como

nosotros no dejaremos de ser lo que somos. Y vaya conversaciones las nuestras, mirad estos, sobre las mujeres hablando.

-Te diré una cosa, a las mujeres, saber tratarlas, de lo contrario, date por perdido.

-Sí, y mimarlas, ya se nota que andas con la tuya como un tortolito, pasado un tiempo cambiarás de opinión. Como dice el vecino mío, cuando novios, colados hasta los tuétanos, casados y conocido el percal, enmaromados.

-No anda muy descarriado este, tratarlas bien sin quitarlas el menor gusto. Mirad esos, disputando sobre quién saca más carbón, como si no hubiera temas mejores, después de reventarnos allí, andar aquí con chulerías. Pues los del corrillo, vaya unos líos se traen con los ajos dichosos.

-De ajos tratamos, sí señor, en noviembre los sembré yo. Ajo, ¿por qué naciste ruin?, porque no me sembraste por san Martín.

-Mucho sabes, Perfecto, y perfectamente debes hacerlo todo, por algo te llamas como te llamas, nada menos que Perfecto.

En la cantina se palpa el humo del tabaco y el barullo no cesa, todo es un ver quién sabe más. Quienes sí saben de mañas son los gitanos, hace tiempo llegaron al pueblo gitanos de mejor porte, traían una tartana tirada por un mulo, jamelgos para montar a pelo, dos cabras de ubres flácidas y un oso llamado Nicolás. Al oso le hacen bailar dirigido por el repiqueteo del tambor, y mientras baila, fija la mirada en las personas que le hacen corro. Los niños piensan cómo le alimentarán.

-No van a comprar chuletas para echárselas al oso. Mira que si le echan carne de niños descuartizados… De día podemos andar con precaución, pero cuando llegue la noche, meternos en casa y tener la fortuna de no soñar con ellos. Tú, Clima, un día dijiste que no tenías miedo de nadie.

-Lo diría, pero vete tú a saber.

Clima es un chico con sobradas energías para las labores, pasa horas limpiando el estiércol del establo, le salen ampollas de tanto manejar el horcón y apretar la bruza hasta sacar brillo al pelo de las vacas. No piensa quedar de destripaterrones ni a meterse en la mina, por eso su madre le anima a marchar.

-En Alemania el obrero está bien considerado, en poco tiempo economizas unos ahorrillos con los que más tarde puedes

montar un negocio. Aquí nunca sales del bache, al obrero en este país le van sacando la sangre sin que se entere.

-Sí, madre, pero no sabe uno a lo que se expone.

-Recuerda el refrán, quien no se aventura…

-No se preocupe, haré lo que me convenga cuando pasen unos años más.

Su padre el señor Fidel siempre estuvo en desacuerdo con la moda de marchar hasta países extraños en busca de fortuna.

-Qué quiere meterte tu madre en la cabeza, me huele a cuerno quemado.

-Lo de marchar al extranjero donde las cosas van mejor y puedes salir de pobre.

-Vaya porfía con marchar al extranjero, aquí tenemos donde trabajar, lo que hace falta es tener ganas. Mira, hijo, más valen sopas de ajo en casa propia, que ollas de capón cebado en la ajena. Por esos países de afuera quieren tenerse por ricos, pero viven a lo pobre, mientras nosotros aquí pareceremos pobres, pero vivimos como si fuéramos ricos. Según el ingeniero de la empresa con quien suelo hablar por ser un señor instruido y de confianza, por esas tierras más allá de los Pirineos trabajan duro, no como aquí, que parece esto un criadero de zánganos. Ganar la vida poco a poco, no intentar hacerse rico en cuatro jornadas. Bien decía un comerciante de Cervera al que llamaban Pocosmuchos, conformarnos con atropar muchos pocos, no pocos muchos a base de riesgos.

-Vaya un consejo. ¿De dónde dice que era ese fulano?

-De Cervera del río Pisuerga, es de allí porque todavía vive, y gente del pueblo le conoce de andar por esa villa en días de feria. Una vez estuve yo, andando bajé hasta Cillamayor, cogí con otros feriantes un tren mixto de La Robla, y desde la estación de Vado Cervera a pata otra vez dos o tres kilómetros. Eso es luchar, no ir en buenos trenes creyendo hacerse rico en cuatro días.

-Padre, tampoco hace falta adelantar aconteceres, lo pensaré bien pensado.

En Pedro Seco no caben altas aspiraciones, por la calle marcha ahora montado en la burra, detrás camina su mujer como un perrito. Pedro Seco es más inocente que los de Mudá. ¿Qué hicieron los vecinos de Mudá para ganarse el sambenito de inocentones? Hace falta ser zotes para llegar a tales extremos, no será cierto, pero se cargaron con el hazmerreir

por todo lo largo y ancho de la comarca. Tenían una iglesia muy oscura y no se les ocurrió otro modo de aclararla que meter luz como se mete la hierba en el henil, se armaron de cestos, banastas, escriños, todo el día estuvieron entrando y saliendo, y al atardecer quedaron satisfechos, la iglesia había ganado en claridad. Otros disparates parecidos hicieron, aunque más vale callarlos por no ponerles más en ridículo.

Pedro Seco y la Paula viven de cuatro tierras y dos vacas, lo suficiente para un matrimonio de extrema conformidad.

-Para nosotros maldita la falta que nos hace matarnos, con unos sacos de patatas, unos garbanzos, unas lentejas y cuatro cargas de trigo nos vale y sobra, que se espabilen los cargados de hijos, para eso se dieron el gusto.

-Tienes más razón que un santo, Pedro, yo algunas veces te pincho por lo tonta que soy, pero no lo tomes a mal, nos habría venido bien tener algún hijo, aunque solo fuera para que se hicieran cargo de esto cuando nos vayamos.

-Sí, después del primero viene el segundo, y después el tercero hasta cargarte de hijos. Olvídate, guapa, que ya no estás para esos trotes.

-Piénsalo, si Dios los da, todo es hacerse. Mira la Otilia, un montón de hijos y el otro día la encontré en la fuente con el último en los brazos más orgullosa que una gallina con pollos. Es bueno tener hijos, si no tienes hijos, nunca serás abuelo.

Pedro Seco labra tierras estériles, cuando allá por agosto todos sacan hermosos muelos de trigo, este adán de cuenta apenas atropa dos o tres sacos a medio llenar.

-Pedro, no sé si con esa poquedad tendréis pan para todo el año.

-Tendremos, Evaristo, dos somos en casa, no cinco como en la tuya. Mira, para desayuno con cazolada de sopas seguida de unos torreznos, para tomar las diez a tal hora, para comida, merienda y cena siempre tuvimos algo. Tampoco es bueno pasarse, que de grandes cenas están las sepulturas llenas.

-Razón tienes, y no darse esos madrugones con la tontada de que al que madruga Dios le ayuda, como el paisano aquel gran madrugador, el cual, yendo de mañana por un prado cuando apenas se veía, encontró una boina, y muy contento, anda, una boina para mi Colás, fue a cogerla y apañó una moñiga reciente de vaca.

Evaristo marcha hacia la era fingiendo media sonrisa. Pedro Seco echa la mirada al cementerio, mudo lugar donde resueltos yacen todos los problemas.

Justo a esta hora dibuja en su imaginación el tío Mindivis las reliquias del atrio de la iglesia donde todavía pisan huesos los chiquillos en su lúdico ajetreo.

-No lo creeréis, chavales, acabo de pasar cerca del Ribero y me parece que el tío Mindivis se reía escondiendo la cara. Debe estar loco, habréis oído lo de Herminio el hermano de Sari cuando andaba por la Resilla cuidando la cabaña, le vio entrar en el cementerio y al poco rato le oyó gritar: ¡Daniel Terán, resucita!

-Un ataque de locura que le daría, porque siempre anda tras el tema de la muerte y la resurrección. Ahora, también es cierto que locos se ven por todas partes, reíros de la fechoría que hicieron los de Mudá, agarraron a un burro con una maroma, y un montón de tíos tirando como bestias para que llegase hasta lo alto del peñón a pacer unas hierbas que allí habían crecido. Medio metro de lengua sacaba el animal cuando iba llegando, y los muy majaderos pensaban que se relamía de gusto al ver cercana la hierba. Cuando le tenían arriba, el burro muerto, ahogado.

-Cosas así se atribuyen al vecindario de otros pueblos, sobre esto nos habló don Saturnino y decía que eran cosas rocambolescas, como los disparates atribuidos a un tal Rocambole, personaje del que tratan novelas de un escritor extranjero. Ese nombre también se aplica a quienes hacen algo chocante, como lo del tío Mindivis, que allí le podéis ver hablando con el maestro.

-Se habrá dado cuenta, don Saturnino, en las tumbas se escriben simplezas y no esto que deberíamos escribir, aquí se pudre quien desea vivir, aquí protesta quien no se resigna a morir, aquí sigue la tierra guardando el barro de los muertos.

-Sí, guardando la nada que nos espera. Según decía un profesor mío, la vida es un juego donde ganamos y perdemos en irrelevantes jugadas, mas al fin llega la jugada última donde lo perdemos todo.

-Gran verdad, y esto le digo yo, la razón nos dicta ser materia cuanto existe, de esta materia fuimos hechos, en ella y por ella vivimos y a ella volveremos, pues en ella reside la vida, la muerte y la resurrección.

-Así será, pero a alguien conocerá usted capaz de resucitar muertos.

Don Saturnino sonrió, dio media vuelta y marchó refunfuñando.

-¿Estará loco este individuo? La patraña contada sobre lo que dijo o dejó de decir dentro del cementerio será mentira.

También el tío Mindivis marchó, y ya cercano a su casa, a sí mismo se decía.

-Condenamos las guerras, pero miremos alrededor y veremos la gran dificultad para evitarlas. ¡Cuánta pelea por sobrevivir!

Por lo mismo peleó Gaspar Ruiz, quien en lugares de muchísimo riesgo estuvo durante la Guerra Civil y de ello se siente orgulloso. El señor Nicasio murió en su lecho esperando vida eterna, en la fachada del solar quedó un escudo de asperón. Tres calderas ostenta, símbolo de ricahombría; un toro, un perro y un jabalí se ven en mitad del campo, trabajo simboliza el toro, el perro, fidelidad y altos servicios, el jabalí, arrojo y furor guerrero; también destaca un brazo con gallardete, emblema de adalides. El señor Nicasio procedía de hidalgas familias hambrientas de fortuna e inmortalidad, en busca de lo mismo caminan los hombres todos.

El tío Mindivis vaguea soñando glorias momificadas por el tiempo. Un ente singular es este individuo, residuo del pasado y juez insobornable de toda edad. Suele ir vestido de traje oscuro y corbata, calza zapatos viejos y cubre la calva con una visera irreemplazable, del bolsillo del chaleco le cuelga una leontina plateada.

-Buenas tardes, señor Mindivis, le veíamos ahí quieto, y nos acercamos.

-Buenas tardes, guapos, respeto ante todo.

-Lo mismo nos dice don Saturnino, le gusta hablar del respeto y la autoridad.

-Perfecto, sin autoridad no hay orden, sin orden ni medianos logros de bienestar alcanzamos. No todo consiste en pedir libertades que suelen acabar en libertinaje.

-Pues mi padre en eso también tiene sus ideas, más de una vez le oí decir que lo primero es la libertad, y luego, obediencia y respeto a leyes justas, pero jamás la sumisión al capricho de déspotas y tiranos.

-En razón veo a tu padre respecto a leyes justas y tiranos, pero quizás ignora que un tirano no se hace por sí mismo, un

tirano aparece como guía de otros individuos obedientes a un caudillo que les lleve donde ellos nunca llegarían. Ni esclavos sin tirano, ni tirano sin esclavos. ¿Me entendéis?

-Yo muy poco entiendo, mejor dicho, nada.

-Yo sí le entiendo, usted siga, no se haga caso de este tolondro. Mi padre suele hablar de la democracia, según él, lo dicho por todo un pueblo es lo mejor, y tantas veces lo dice, que mi madre le manda al cuerno y se deje de sermones.

-Lo de tu padre parece cierto, pero quizás no lo sea. Fijaros, cuando crucificaron a Jesucristo, ¿sabéis por qué sucedió?, porque todo un pueblo lo pidió sin mediar violencia, de modo muy democrático. Dios nos libre de la justicia popular, cuando las masas se hacen dueñas, en ferocidad acaba todo.

-Yo estoy de acuerdo, alguien debe mandar, porque donde todos mandan, no manda nadie, y es un lío.

-Un lío, tienes razón, cuando todos quieren mostrar sabiduría, la ignorancia toma el mando, y cuando todos hablan, la mentira crece.

-Del Generalísimo nos habla con frecuencia el maestro, le pone por las nubes.

-Un guía nunca viene mal, en España precisamos alguien que unifique energías, congregue ideales y enfervorice alientos patrióticos. No os dejéis engañar, abrevad vuestra mente en salutíferos hontanares, abundan más las pestilentes ciénagas que los límpidos veneros.

-Nos deja turulatos. ¿Dónde aprendió tanto?

-Ni un solo día falté a clase cuando era de vuestra edad, y algo aprendí, lo demás en la escuela de esta vida lo va uno aprendiendo. Ya os digo, la maldad y la bondad nuestras lo producirán todo, causa serán de fieros conflictos y de pacífica armonía.

-Mejor no seguir hablando, señor Mindivis, porque nos vuelve relochos con ese hablar suyo.

-Bueno, ya terminé, algo os quedará en esas cabecitas.

Ya lejos los chiquitos, con el trasero pegado a los sillares de la iglesia observa el buen señor los aviones que pasan en bandada chirriante.

-Rebosantes de vitalidad estas aves y cansado en demasía yo tras la charla no sé si valedera tenida con los chiquillos.

Al fondo aparece en tal momento un manchón de sotana, de Porquera vuelve el señor cura donde rezó el rosario acompañado de unas mujerzuelas.

-¿De rezar el rosario, don Andrés?

-El santo rosario, rezo legado al mundo cristiano por el gran Santo Domingo.

-Si el de arriba pide súplicas, si necesita rezos, será un Dios vanidoso.

-Hablar podemos, señor, pero con la cabeza sentada, doctores tiene nuestra santa madre la Iglesia, no sabidillos dispuestos a enmendarles la plana. Ahí se quede.

Por el camino de la vega avanzaba el tío Mindivis rumiando cuanto espetó al señor cura, y ya de vuelta, se dio con el maestro que hacia campo abierto iba.

-Envidia me da verle pasear a sus anchas, don Saturnino. Hace minutos con don Andrés crucé cuatro palabras y bien veo que con los curas no puede uno atar cabos.

-Considere, todos con la mira puesta en lo mismo, salir airosos en ese afán por vernos dueños de cuanto el pensar nos dicta. Muy callado le veo.

Ya se hundía el sol tras las crestas del contorno montañoso, cuando el maestro enfiló por el callejón salida natural del pueblo, pasó rozando el muro opuesto por evitar la ramada de la olmeda y hasta el Alto del Molino llegó con no poca fatiga. Atrás quedó Campulera, praderío donde cosechan el cereal los vecinos del barrio bajero, hacia el poniente el gigantesco Peñarruz generoso en hierbas medicinales, hacia el sur tendía su extensión la vega donde cría la codorniz, los Pedazos junto al río, las herbosas Arrieras, Peñascaídas al fondo.

Soplaba el dañino norte, nada invitaba al paseo, sí al recio patear por cuestas y quebradas como a tal hora hacía el experto cazador José Lobato, un tipo alto, de pocas carnes, piernas de galgo, excelente oído y vista gatuna. Una bendición oírle hablar de astucias cinegéticas.

-La caza es un arte, pero no un arte para ser practicado por el primer zopenco que llega y se echa una escopeta al hombro.

-Eso que me estás diciendo, José, no hay quien lo dude, la caza pide lo suyo.

-Vaya si pide lo suyo, de estar enterado a no saber por donde andas va un abismo. En el caso de muchos que les ves marchar a la buena de Dios, no se me ocurriría moverme de casa.

Cuando salgo, voy siempre a tiro hecho, si no es perdiz será paloma, si te falla el conejo caerá la liebre, pero algo cae. Para algunos todo consiste en echarse al campo, y no es así, de ir en tal hora a ir en otra, de lanzarte por esta cuesta a bajar por aquella, de acercarte recto a ir rodeando, de mandar el perro en un momento a mandarle en otro, media gran diferencia. Andan bobos por ahí que siempre vuelven de caza como marcharon.

-Tienes razón, a mí en el trabajo de cortar la cola a las corderas nadie me gana, tengo un hacho con el filo como una cuchilla de afeitar, hago un corte limpio, luego un nudo donde la herida, y al día siguiente, como si no la hubiera tocado.

-Siempre lo dije, nada como tener una cabeza asentada, y otra cosa, el cazador que no ama los animales, no es buen cazador. Hay piezas de caza y piezas que no lo son, dime tú si no es bonito un gato montés como el que vi hace días en la mata, una preciosidad. Matar un gato montés, verdadera salvajada.

-Pues mira, respecto a la caza puedo decirte una cosa, a mí me daría pena matar estos bichos como hacéis los cazadores, que metéis una perdigonada al conejo, os le trae el perro cuando todavía rebulle, y al zurrón.

-Ahora acabo de ver que eres poco inteligente, cazar no significa matar, cazador responsable será en todo caso un protector de la naturaleza. Me parece que de esto ni entiendes ni lo entenderás en tu vida, donde hay cazadores respetuosos, allí los bichos se desenvuelven como Dios manda. Tú serías capaz de comparar la caza de una perdiz con matar lobos porque dicen que son dañinos, asesinar lo llamo yo, qué quieren, ¿exterminar una raza tan bonita?

-Respecto a matar lobos tienes razón, por Villabellaco anduvieron ayer unos tíos orgullosos de haber matado uno, lo llevaban por las casas pidiendo dinero.

-No me extraña, asesinos de lobos, verás qué pronto aparecen por aquí, que yo no les vea, porque les pongo verdes. En esta vida deberíamos ser lo que somos de manera perfecta, don Saturnino y Nano van de caza, pero de cazadores, nada, les ves con la escopeta al hombro, y como si fueran a cazar gamusinos. Para acertar en ciertos casos se precisan estrategias como yo tuve cerca de la fuente del Cardero cuando guipé dos codornices bebiendo.

La fuente del Cardero brota de una peña calar, por los alrededores hay un intenso olor a tomillo, mejorana, espliego, manzanilla, anís, orégano, serpol y otras hierbas medicinales, también hay mucha caza por allí. Hasta la fuente del Cardero llevó don Saturnino su perro malherido, sin duda, don Saturnino es mal cazador, pues hizo lo peor que un cazador puede hacer, matar el perro. La suerte hubo de darle la espalda para llegar a cometer tal fechoría, salió el conejo de entre unas matas, lanzose el sabueso tras él, ¡pum, pum!, y el perro cayó dando volteretas. Llevó al animal hasta la fuente por ver si el agua hacía un milagro, mas todo inútil. Los alumnos una y otra vez lo sacan a colación.

-Qué puntería la de don Saturnino, un mago de la caza, no se le escapa pieza. Para qué saldrá, si no caza una ni atada.

-Dejar a don Saturnino en paz, nadie lo sentirá tanto como él. Mirad, la señora Josefa grita al tonto de Ángel que corre para abajo, ahora llama a su marido.

-Urbano, el chiquillo tiró calle abajo, ya me figuro por qué, allí vienen dos tíos de fea catadura, traen un lobo colgado de una estaca, sal y despáchales.

-No te preocupes, aquí no paran ni dos minutos. Señores, lejos con ese lobo.

-Hacemos un favor al ganadero matando alimañas como esta, merecemos ayuda, todos tenemos derecho a vivir.

-Hasta los lobos tienen derecho, largo de aquí.

-Mirad, el señor Urbano Abad parece estar enfadado con esa gente, llevan el lobo enganchado en una estaca. ¿De dónde vendrán?

-Pueden ser de Brañosera, ese pueblo metido allá en la montaña por encima de Barruelo, aunque serán de otro sitio, porque los de Brañosera, acostumbrados a vivir entre alimañas, respetan la fauna salvaje típica de allí. Su mismo nombre lo dice, braña, lugar de pastos en tierras montañosas, y osera, abundante en osos, un pueblo muy antiguo, conservan documentos que se remontan hasta la Edad Media.

-Pues mira, sobre el particular algo sé yo de habérselo oído a mi padre, esas tierras fueron pobladas en la antigüedad por gentes de la cordillera Cantábrica llamados foramontanos.

-No los confundirá con los pastores trashumantes que vienen todos los años hasta los pastizales de Brañosera.

-Completamente distintos, esos vienen con rebaños de ovejas merinas, llegan con muchos aparejos, y acabado el buen tiempo se largan para abajo. Traen perros mastines provistos de carrancas, unos perros de enorme fortaleza, viéndoles te viene al recuerdo lo que leemos en los poemas de Gabriel y Galán sobre el pastor con el rebaño en los buenos pastizales. El año pasado les vi yo, para carear traían un par de chuchos pequeñines, pero con una cara de listos que no podían con ella, y lo que más me impresionó fueron tres perros con un palo gordo colgado del collar. Un paisano nos explicó que se los ponían porque eran perros oliscones, y ese palo llamado trabanco les impedía bajar la cabeza y así no podían destrozar nidos ni atrapar piezas de caza. Ahora me estoy acordando de Ángel, ese chaval tiene miedo hasta de un lobo muerto, será por la enfermedad tan rara que tiene, su madre estaba diciendo la otra tarde a otras mujeres que padece de alferecía.

-Déjate de desgracias. Mirad, don Andrés apareció de repente en el Ribero, subió por la pendiente que da hacia Porquera, y allí cerca el tío Mindivis.

Desde el Ribero se divisa un espléndido paisaje. Hacia al norte el caserío de Barruelo duerme arropado por el robledal que galopa hasta Terena. Por la vertiente izquierda del Rubagón, el poblado de Porquera asciende por una loma de matorros donde otrora abundaran jabalíes y venados. Hacia el sur se expande la vega hasta morir en las Arrieras sobre los avellanares de Cillamayor. Desde allí la mirada se detiene en el perfil de la iglesia de Matabuena, erguida como un remate en todo lo alto. En el poniente los peñascales de Peñarruz van perdiendo robustez y altura al acercarse a la costanera donde se asienta Villabellaco, aldea acurrucada bajo imponente peña y protegida por la mata que desciende hasta lamer el pradal junto a las últimas casas de Revilla, pueblo enfilado a lo largo de su calle Real formando un rosario de casonas en caprichoso desorden desde el erial sequizo de los Rozos hasta las márgenes del Rubagón.

-Buenas tardes nos dé Dios, señor Julián, jadeando subo por aquí.

-Valentía la suya escalar esa pendiente, el caso es que por ahí subí yo más de una vez. Todo es lucha al fin y al cabo, somos náufragos luchando por mantenernos a flote, la vida radica en

esa lucha, lo cual significa que la felicidad no es meta, sino escenario belicoso de andadura.

-Muy cierto, mire a estos pobres lugareños cómo bregan enfrascados en trágica pelea. *Vita nostra, tragoedia*, dijo el mayor de los herejes.

-Quién dice usted que dijo eso, gran sabio debía ser.

-Más hereje que sabio, un maligno Satán que acarreó enorme daño a la Iglesia.

Don Andrés dio media vuelta, recorrió un breve trecho y masculló orgulloso.

-No todo lo sabe el individuo este, que vaya a Salamanca si quiere aprender.

Entrada la tarde, el cierzo sopla como si no hubiera soplado nunca. Individuos hay que le hacen frente, unos por darse de valentones, otros por necesidad. Gaspar Ruiz lo afronta cautivado por el vino, marcha hasta la cantina muy seguro, ya tarde vuelve algo titubeante. Siempre llegó bien, no una noche que tuvo la mala fortuna de rodar hasta el río, llegado al puente quiso apoyarse en la barandilla, mas esta se había desviado un tanto hacia la izquierda, dio una pisada en falso y fue rodando por el terraplén hasta bañarse en las aguas, pronto recobró la lucidez y agarrándose a las mimbreras salió indemne. Tras un percance llega otro, buen ejemplo el de Gaspar, que se acerca a casa del vecino y servirá de comentario.

-Gaspar, poco asomas por aquí, parece como si nos tuvieras miedo. Siéntate, ya me contaron lo tuyo de hace días, se te ve como si no te hubiera sucedido nada.

-Tuve suerte, y la maña de uno que sabe apañárselas para salir ileso cuando pude romperme la crisma. De menores alturas cayeron otros y no lo pudieron contar.

-En eso tienes toda la razón del mundo, hay quien se descalabra cayéndose de la cama y quien se desploma por un peñascal abajo sin el menor rasguño.

-Ahora, el mal trago nadie me lo quita, me costará olvidarlo. Según te dije, tuve suerte, en el frente estuve oyendo silbar las balas, y me salvé, en el río pude quedar ahogado, pues me volví a salvar.

-Y quieras o no, algo cargado vendrías. Te lo digo por experiencia, a mí la cantina me emborracha, mucha culpa es del tabaco y de los ruidos que te ponen majareta.

-Pues mira, yo estoy horas en la cantina, salgo y me encuentro normal. Dejarlo sin más rodeos, no sea que tras lo malo llegue lo peor.

Serpentea el río Rubagón desde Barruelo hasta tierras cercanas a Aguilar donde vierte en el Camesa. El río tragó la sangre del rapaz perseguido por el tío Nicasio, en su pedregal fulminado cayó Nici al empuñar el alambre de cobre, allí pastan las vacas de Victorino y las cabras de Omo, allí se ahogó la huidiza pécora tras lanzarse al agua por evitar los dientes del perrillo de Matías el pastor. Vida y muerte aporta el río como vida y muerte aporta la madre tierra.

Matías tiene conversación para todo, si no está muy enterado, se las apaña para dar su parecer y no quedar por ignorante, una persona como él que recorrió mundo y leyó varios libros. Sabe cosas hasta de la Primera República, no domina bien el asunto, pero hablando ante quienes poco saben, siempre queda en buen lugar, algo que en casa de Antonino lo tiene asegurado.

-Bendita memoria la tuya, Matías, pero estarás conmigo, aquello quedó ya muy lejos, buena falta nos hace acordarnos de lo sucedido entonces.

-Puede hacernos falta, por algo la Historia es maestra de la vida.

-Para ti valdrán esas historias entendido como eres, porque los que andamos a verlas venir, poco nos pueden importar. Demasiadas calamidades tuvimos con lo nuestro, como para meternos a olisquear en los tiempos de Maricastaña.

-Eso último me parece bien, la guerra no podía traer otra cosa, pasamos decenios atizando odios, y como resultado nos vino lo que todos sabemos.

-Pues yo todavía pienso que esto puede dar un revolcón.

-Eso nos faltaba, meternos en otra, lo tienen bien amarrado, no hay quien les mueva. Por ahí, Antonino, no puedo estar de tu parte, esto no tiene vuelta de hoja.

-Oye, la Pirenaica les ataca a muerte, y Europa no puede quedarse con los brazos cruzados tras machacar al imperio nazi. Franco está completamente solo, como se emprenda una acometida por los Pirineos, lo puede pasar mal.

-Franco será lo que sea, pero listo es un rato listo, lo demostró cientos de veces.

-Pero frente a un listo siempre hay otros más listos todavía, el día menos pensado le saltan la tapa de los sesos, tengo el barrunte de que algo se trama por ahí.

-No te preocupes, tiene buenas agarraderas, además, si por un casual llega a caer, pronto tendremos otro de los suyos, a rey muerto, rey puesto.

-Se oye lo que ellos quieren, pero no es así, gran parte de la población dispuesta está a dar al traste con este régimen, ahora, ¿quién es el majo que levanta la cabeza?

-Por eso precisamente. Insistiendo en lo mil veces dicho, necesarias las guerras no serán, pero evitables, tampoco. Años de politiqueos, pobreza, ambición, ese afán de ponernos encima del otro. Qué diría del separatismo en los años de la República, váyase quien entre iguales quiera hacerse distinto. En cuanto a guerras y sus causas, oirás mil imprecaciones calificándolas de plaga devastadora, pero al mismo tiempo se inventan medios para que se produzcan, los sabios compiten en ver quién proyecta mejores armamentos, el militar cavila estrategias para salir victorioso, famosos artistas pintan episodios guerreros, músicos componen himnos donde se excitan los ánimos hacia la lucha, por si fuera poco, no contentos con guerras reales, nos dio por buscar regocijo en relatos donde la lucha feroz se coloca como centro de nuestro hacer.

-Qué suerte escuchar ese buen hablar tuyo. Déjalo, mañana será otro día, que no nos falte la salud, tápate bien, Matías, hace una friura de mil demonios, y vuelve cuando quieras, sabes que esta puerta siempre la tendrás de par en par.

Antonino sale a abrirle el portón, echar la tranca, dar un vistazo al ganado y tras la cena echarse a descansar. Mañana al amanecer el cierzo ya habrá amainado.

-El ganado, bien, cenamos tranquilos y pronto en la piltra. Los michos al pajar a cazar ratones, les abro la gatera, arreando, michos, hasta mañana. Ay, hijos, malo es cuidar ovejas como el pobre Matías, pero arrastrarse por las tierras, peor aún. Ahí tenemos a Evaristo con buenas fincas, hermosa pareja de vacas y un nutrido hatajo lanar, pero esclavo de cuanto posee, todos bien servidos de tanta esclavitud.

En rencorosa esclavitud se ve Acelino porque su padre le da buenos pescozones y no le permite marchar donde su capricho le pide.

-Acelino, no seas revoltoso, pórtate bien, obedece y déjate de travesuras.

-Ya lo hago, señora Margarita, ayer por la tarde traje un cuévano de correhuela lleno hasta los topes para los conejines, suelo ir entresemana dos o tres veces, y atropé unas setas de pradera.

-Sí, las senderuelas, esas no hacen daño, hiciste bien.

-Lo que más me cuesta es ir algunas mañanas a pedir lumbre, unas brasas entre la ceniza en una lata. Me las dan en casa del señor Gildo el vecino de al lado.

-Ahí está el mérito, hacer lo que cuesta. Tú procura ser cada día mejor, pero no solo de palabra, que entre querer ser bueno y llegar a serlo va un abismo. Mira, llamo a las gallinucas para echarlas un poco de comer. ¡Pitas, pitas, pitas!

Las gallinas picotean en el Ribero, oyen la llamada y en volandas se lanzan hacia el portón, entran al portal y pican con avidez los cuatro puñados de grano.

-Cómo comen estas gallinas, da gusto verlas comer.

-Eso tienen que hacer, comer y poner. Mira, esa pedrés cerca de ti, salió clueca hace días y ya la tengo empollando, verás qué pollines más majos tiene pronto. Ven, te daré un tanque de calostros. ¿Te gustan los calostros?

-Yo nunca los probé, deben ser buenísimos. Mi madre hace gachas con la leche de las chivas, y saben bastante bien.

Contento marchó el chiquillo y en su cuerpo solo endeblez se dibujaba. Los hijos menores de Angelito y Gaspar morirían por el anhelo de conseguir bienes insignificantes. Acelino en su cama murió aquejado por extraño mal de vientre que el médico no supo atajar, Venicio abatido quedó en tierra a plena luz.

Era una tarde de sol la siniestra tarde en que Venicio cayó muerto. El chiquillo buscaba cobre entre los cantos del río para vender al chatarrero. Vio un alambre de brillo rojizo, lanzose a cogerlo con esa ansiedad propia de quien encuentra lo que busca, y al apretarlo en las manos, una descarga eléctrica dio con él en tierra. Sus ojos pasaron en un instante del resplandor de la vida a la oscuridad de la muerte. Conocido el lamentable suceso, todo fue asombro y compasión, algunas mujeres intentaban proporcionar a la madre consuelo imposible. Ocasión tuvo entonces el tío Mindivis para indagar en la fatalidad del destino humano.

-Ya volvió a tierra una criatura que tierra era. Sin tiempo y sin razón no existe la muerte misteriosa, se yace en el vientre del cosmos sin pánico al no ser.

La Temeta siente gusto al oír doblar las campanas, esta mujer anda cubierta de velo fúnebre. También en la escuela hay tufos de carroña, ¡viva la libertad!, gritó un muchacho que dejaba la escuela para siempre. En aquel preciso instante pasaba doña Rosa apagando con su mirar el fuego que los hombres no cesan de encender.

En la escuela importa leer y escribir correctamente, dicción clara, escritura en letra inglesa, redondilla, gótica para los más habilidosos. Pero destacará quien resuelva problemas difíciles de regla de tres, de interés, de repartos proporcionales, de mezclas y aligaciones. La escuela huele a libros reviejos, libros de Aritmética, de Gramática, de Historia Sagrada. “Selección de versos españoles, por J. Demuro – 1.935 – Juan, Editor”. “Glorias Imperiales – Edit. Magisterio Español – 1.940”. “Cuentos de Grimm – Casa Editorial Araluce – Barcelona – 1.934”. “Fábulas de Samaniego – Editorial Saturnino Calleja S.A”. Libros de una peseta los más caros.

Los hijos de la Pobre van poco a la escuela, a la iglesia, nunca. Solo en la visita pastoral del señor obispo se les vio husmear como gozquecillos entre la multitud. Llegaron hasta el pórtico, pero no se atrevieron a acercarse más, iban mal vestidos y el instinto les alejaba del lugar donde bullían gentes trajeadas. Dos horas escasas duró la visita, las autoridades le saludaron haciéndole reverenciosa inclinación y besándole el anillo, no el tío Mindivis, que pasados unos días recobró su perorar.

-¡Buen ceremonial la visita de su excelencia! ¿Merecerá la pena tanto bombo?

-Natural, vaya si merece la pena tener delante a todo un señor obispo y escuchar sus enseñanzas de grandísima altura.

-Me extraña en usted tal apreciación, don Saturnino. Sin andarme en tapujos, topillos cegatos son, como lo son quienes teologizan de lo que nada saben.

Llegaba la hora de comer, largose el maestro hacia casa, se sentó a la mesa, y ni una palabra. Los dos chiquitos salpicaban su parleta mientras doña Maura cavilaba.

-Olvídate de ese hombre, Saturnino. Haz como te parezca, mira los niños, pronto acabaron el plato, estas tres nueces, de

postre, y enseguida haciendo las tareas. Pobres hijos, mucho les queda por sufrir en esta vida.

-Ven tú ahora con lamentos, en este teatro suele decir el señor con quien estuve.

Como vino el señor obispo, todos se hacen los santos, compiten en parabienes, mas no falta quien se ríe y ocasión tendrá para burlarse de tanta beatería.

-¿No habrá tomado el pelo su Excelencia a cuantos fueron a escucharle? Ahí lo tienen, queridas ovejas que me escucháis, bien dicho, ovejas y carneros, eso son, ellos el ganado, y él el pastor. Para llamarte oveja no hace falta tanto ceremonial.

-Qué sabrás tú, Gaspar, estarías mejor con un cerrojo en los hocicos.

-Ese señor sabrá mucho, pero ignora cosas que yo conozco. Fíjate, tan digna veo la cachava de Matías el pastor, como esa cachavona dorada del obispo, uno la usa para ganarse la vida guardando ovejas, mientras el otro para hacer el paripé.

-Báculo se llama esa cachavona, ignorante, habla con reverencia de ese señor, hasta del papa comentó doctrinas, y sabrás que el papa no puede equivocarse.

-¿Diría algo nuevo? Cuando alguien me demuestre que mis padres están en el cielo, entonces creeré y todos me podrán ver tan santo como un san Antonio.

-¡Ay, Señor! Mejor si callas y te enteras para dónde escapó el chiquillo con otros compinches de su igual hace ya casi una hora.

-Chavales, ahí tenéis al señor Fidel en el sentadero, vamos a ver qué nos cuenta. Buenas tardes, señor Fidel, ahora descansando después de salir de la mina.

-Sabéis qué hacen los topos, eso hacemos los mineros, trabajar bajo tierra porque no nos queda otro remedio.

-Ya, además usted tiene familia numerosa, un montón de hijos. Está muy bien tener hijos, don Andrés nos decía al explicar lo del matrimonio que tener muchos hijos es cosa de buenos cristianos.

-Sí, para él, que no tiene ninguno. Mucha gracia os ha hecho, reíros, reíros. No anda descaminado don Andrés, pero nada sabe del grisú, gas que mezclado con el aire explota al saltar una chispa, por eso allí en la mina, ni cerillas, ni tabaco, ni nada parecido. Vosotros a jugar, y olvidaros de todo.

-Sí señor. Mire, por allí va don Saturnino, pronto se lía con el tío Mindivis.

-Dejadles con sus cosas, y vosotros a jugar como esos señores a hablar.

-Mire usted qué novedad le traigo hoy, preferible olvidar penalidades y darnos a cuanto nos pueda hacer algo más placentera la vida. Con mediana soltura cultivo el verso, aquí guardada tengo una poesía, se la leo y luego me dará su opinión.

Sin ser milagro, fue cierto. Una gélida mañana
del nivoso mes de enero, en la iglesia de Revilla
diose un extraño suceso, dos estatuas de madera
al lado del presbiterio recobran la vida y voz
que en otro tiempo tuvieron. Soy el obispo Cipriano,
escúchame, san Cornelio, alguien dice por ahí
que somos solo un madero, que el madero es solo tierra,
pues tierra fue su sustento. Si somos tierra no más,
huyamos de nuestro encierro, tú te quitas la tiara,
yo mitra y báculo dejo, y por esa saetera
de nuestra prisión saldremos. El santo patrón le oía
desconcertado y perplejo. Y la Virgen sonreía.
Un resplandor llenó el templo, sobre un altar en la cruz,
de pies y manos sujeto, el Señor que lo ve todo
alza su rostro sangriento. Callad, Cornelio y Cipriano,
sois el alma de este pueblo, seguid sembrando esperanza,
seguid guardando misterios, y para tener sentido
estad callados y quietos. Silencio, la puerta se abre,
don Andrés entra, silencio. La primera luz del día
brillaba en el pavimento. Y la Virgen sonreía.

-Aunque no sea usted un Lope, sí llegó a emocionarme, versos sencillos en la forma, agudos en la intención y acertados en el lugar donde los pone. Así que los santos de altar guardan misterios, fina manera de hacer declaraciones engañosas.

-¿Habrá poesía sin engaño? Me viene a la memoria aquel poema medieval cuyo autor se asigna la función de juez, y en infiernos, purgatorios y cielos coloca a los difuntos, unos soportando horribles suplicios, otros purgando por un tiempo

sus pecados, otros gozando de eterno placer, ya ve, una obra eximia donde la mentira da pie al valor literario. Algo parecido puede verse en mi poesía, el hecho que ahí se narra, mentira, su significado, verdad, su lectura, distracción.

-Poco puedo alcanzar de tal tema, al fin, con poesías unos y con vulgaridades otros, uncidos todos al yugo de lo ostentoso y al enredo de lo trivial.

Por san Martín el señor Daniel Terán mata dos cerdos que parecen estar pidiendo con su gordura la tarea de los matarifes. Una mañana temprano hombres y mujeres se aprestan a la ceremonia, la mañana será fría y cubierta la calle con las primeras nieves, de modo que solo en albarcas se pueda andar cómodo y calentito. Junto a la lumbre se echará la parva con una rebanada de pan mojada en orujo y rematada luego con unas copitas más para dar temple a los músculos.

De lejos llegan gruñidos desesperados, algún rapaz acude al lugar del sacrificio cuando ya está consumado, antes impresiona ver clavar un cuchillón en la papada del animal aprisionado entre lazos corredizos. Estos paisanos se divierten gastando bromas a los pequeños.

-A ver quién será el siguiente, ese gordito que tiene buenas carnes.

No faltará mocosuelo que escapa a hurtadillas enjugando unos lagrimones.

-Tú pareces más valiente, haces bien, los niños, valientes.

-Vaya si soy valiente, además, esa broma la tengo tan oída, que ya no me asusta. Qué difícil la labor de chamuscar el cerdo y después raerle dejándole tan limpio.

-Limpio, bien dicho, para que nada se desperdicie, del cerdo todo vale, desde la pezuña al lomo y desde el rabo al hocico. Te haré una pregunta, chaval, a que no sabes de todos los animales cuál es el más exquisito en el plato.

-Será el cerdo.

-Sí señor, lo habrás oído, de los peces que nadan, el cerdo, de las aves que vuelan, el lechón. Fíjate, guapo, cosa que salga del cerdo, cosa rica, ni imaginarte puedes lo buenos que están los chorizos sabadiegos.

-No sé nada sobre esos chorizos, pero me da igual. Marcho con mi amigo para consolarle un poco, le estoy viendo sentado allí arriba, parece que llora, no se le habrá pasado todavía el susto.

-Vete, guapo, buen chico, vete y le consuelas.

Los niños creen que los animales deberían tener un poder para defenderse, los hombres primitivos luchaban contra ellos, y cuando los vencían, aprovechaban sus carnes y pieles, no como ahora, que los tienen sujetos para matarlos sin remisión.

A casa de Antonino el del Ribero viene a matar el señor Daniel Ruiz, padre de la Venicia. Para matar debe haber un jefe que lo dirija todo, el jefe debe agarrarse al hocico del cerdo y asestarle la cuchillada en la dirección precisa para que sangre bien y muera en el tiempo justo, controlará la chamusquina hasta quedar la piel en la sazón debida y pueda raerse bien, ha de abrir la víctima cortando por los sitios adecuados, también le corresponde echar el primer trago del porrón. Terminada la faena, colgado el cerdo de un clavo fijo en una viga del zaguán, todos se lavan las manos con agua caliente dispuesta en el palanganero.

-Ahora, mano al porrón, remojar la matanza, bien hecha y en poco tiempo.

Llega luego la hora de probar el primer guiso de menudencias sin saber si el animal estaba infestado de triquina según dictamen veterinario. Rico el gocho, rica la hogaza, rico el vino del porrón. El señor Daniel desea con solemne empaque perfecta cura de chorizos, morcillas, tocinos y jamones. La matanza con sus ritos ha terminado, el próximo año volverá y todo se hará como Dios manda.

El señor Daniel es un viejo de cuerpo enteco y caminar cansino, un podrigorio albergue de achaques, sin embargo, desafía a la muerte con el cigarro en la boca, y la muerte le respeta, eso hace la traidora, pero cualquier día se le pone delante, dice basta, y se acabó. La Venicia no parece hija suya, una muchachota fornida, de recias espaldas, imponentes posaderas y unos pechos como flanes temblorosos. Algunos prefieren así los pechos de las mujeres, otros los prefieren pequeños, redondos y tiesecitos, fáciles de abarcar con las manos. La Venicia siente asco por cuanto mira al trajín de la matanza, dice que el olor a tripas la dan arcadas, lo suyo es contar chascarrillos y tejer calcetines al calor de la lumbre. La Venicia y la Corsi, deben tener el culo recocido de tanto estar sobre el fogón.

-El calor a mí no me hace mella, se acostumbra una al calor en tal parte.

-A mí me pasa igual, preferible el calor, que el frío ello solo llega.

-Oye, frío debe ser el de la sepultura. Cómo se me habrá ocurrido, está una boba, mentar eso a estas horas.

-Es verdad, vaya disparate, ahora me dará miedo marchar para casa pensando en muertos, con lo oscuro que está y lo miedosa que soy.

-Una broma, te acompaño hasta traspasar la esquina del tío Nicasio, voy contigo hasta un poco más allá del portalón. Mira, hoy no nos ha dado por criticar, don Andrés lo dijo en misa, las críticas pueden ser pecado mortal, y será cierto, porque solo hace falta fijarse en la mala leche de algunas.

Evaristo se queja de vivir entre féminas, Angelito su vecino, entre hombres.

-Para solas son buenas, si hablas, mal, y si callas, peor, aunque también es verdad que a todo se hace uno, con plantarse en mutis y actuar a lo zorro, arreglado. Me tocó cargar con tres hijas de las que tampoco me quejo.

-Cada palo aguante su vela, tú tres hijas tienes, yo seis muchachos cada cual con sus buenos y malos arranques.

Pablo el minero también ha de habérselas con mujeres, aunque sus hijas son todavía unas niñas. En Felicitas ya despunta una mocita con algo de mujer. María Ángeles adorna su faz con una sonrisa que va doblándose cual flor sedienta. Claudina arrastra a duras penas su cuerpo zaherido por tanta penuria. Lucinia hubo de recibir el azote de una grave enfermedad. Sagrarito es un pimpollo donde ni el bien ni el mal han echado raíces. Un hogar adornado de crespones virginales es su hogar. No tan virginal es el comporte de Evaristo, que pedorrea cuando tiene ganas, escupe gallos y lanza dislates sin dejarse contagiar por delicadezas mujeriles.

-Padre, ¿pero no halla camino para dejar esas maneras? ¿Piensa que se puede ir así por el mundo? Procure esmerarse y no ande hecho un adán, fíjese en el señor Pablo cómo viene de la mina, pero se lava bien y después da gloria verle.

-Lo mismo es Pablo que uno, todo el día entre basura. Bien digo yo, lo cómodo, depender de un sueldo, llegan a casa tras siete horas de relevo, y terminado, luego, comer y patear por ahí con las manos en los bolsillos.

-Y hacer labores, no todos andan con las manos en los bolsillos.

-Tampoco quiero decir que sean todos, pero ves algunos que solo les gusta el blablablá, entran en la fragua y allí pasan horas diciendo simplezas hasta aburrir al pobre herrero. Ellos matando horas, tú ni para tirar un pedo a gusto tienes tiempo.

-Ay, madre, mira que si lo tuviera, terminaría por infestar a toda la comarca.

-Bueno, no queráis sacarme de quicio, obre Pablo como le venga bien, que yo obraré como me dé la gana, y quien no esté conforme, ya sabe dónde está la puerta. Acordaros de Nicasio que en gloria esté, era rico y no se bajaba a miramientos, de continuo llevaba en la ropa manchones de boñiga y mocos de las ovejas. Esto le oí decir más de una vez, cuando estoy en el pueblo no me aseo porque todos me conocen y cuando bajo hasta Palencia con asuntos, tampoco, porque allí no me conoce nadie, luego ni con Nicasio el labrador ni con Pablo el minero queráis compararme, que no es veneno la suciedad ni el aseo una delicia.

Sentado el tío Mindivis sobre rústica banqueta, pasa buenos ratos avizorando conductas a través del ventano en cuyas jambas, alféizar y dintel hunde su hierro robusta reja en cruz. Observa cómo todos pelean por hallar desquite a sus penurias, en especial los mineros, que salen disfrazados bajo careta carbonosa de modo que nadie sabe si están tristes o contentos. Llegan del relevo y lo primero es lavarse en una palangana con agua muy caliente, y asunto concluido. Los mineros blasfeman, sienten ojeriza hacia el cura y con escaso respeto hablan de él en la cantina.

-Bien les vendría a estos curas un poco de pico y pala. ¿Sabéis cuándo esa gente hace esfuerzos?, cuando descargan lo que todos sabemos al pie del estercolero.

-Vaya unas bromas, un poco de respeto, tú ni te acuerdas cuándo fue la última vez que entraste en la iglesia y nadie te ha llamado la atención.

-Pues mira, quedarte en casa los domingos y echar un juramento para algo vale, y ni caso de tanta misa y de tanto confesonario.

Para don Andrés la blasfemia es pecado gravísimo, para el tío Mindivis, manía de quienes nada saben sobre el correcto hablar. Los niños mucho sufren con el tema del pecado y la confesión, tema que en ocasiones sacan a relucir.

-Oye, cuántas veces habrá dicho don Andrés que la blasfemia es pecado grave, difícil se te hace ver cómo podrán los mineros confesarse de tantas como echan.

-A los mineros poco les importará saber cuántas blasfemias echaron, con más razón no teniendo intención de confesarse, y si una vez se les ocurre, les bastará con decir que están todo el día igual y que el cura eche la cuenta si le da la gana. Yo he dado en imaginar que eso de la confesión el mejor día desaparece, bastará con decir los pecados al Señor y arrepentirse, es una hipótesis mía, esta palabra la suele decir don Saturnino, significa la suposición de que algo puede ser verdad.

-Igual tienes razón, mira lo del séptimo mandamiento, para obtener el perdón necesitas devolver lo robado. Con la cantidad de manzanas que habré robado en las huertas, tendré que vomitar todas las manzanas para devolvérselas al dueño.

-Como para morirse uno de risa, vomitar todas las manzanas.

-Ríete, pero es verdad, y el dolor de contrición también tiene su importancia. Los hombres no andan con embustes, dirán que cierto día cuando estaban arando se les escapó una blasfemia aunque sean cien, y arreglado. Para nosotros lo mejor será pensar que confesarse es como decir los pecados a un muerto, o como echarlos a un pozo, por lo del sigilo sacramental.

-Pero cuesta convencerse, sobre todo si tienes cochinerías de las que prohíbe el sexto mandamiento, te haces un lío con lo de no fornicar. Mirad, aquí llega Óscar.

-Acabo de traer una cestada de hierba para los conejos. ¿De qué hablabais?

-Del miedo que nos da confesarnos.

-Buena gana tener miedo, inventas cuatro cositas, y se acabó. Mirad, el Rojuco viene para acá con un señor. Dejarnos de líos, y a correr.

-Ya se fueron todos, yo espero aquí hasta que lleguen las ovejas. Los pecados te vuelven tarumba, pero más miedo dan los novísimos, jolín con el infierno, arder allí por toda la eternidad.

-¿Qué haces, chaval?

-Nada, señor Florentino, pensando en el infierno mientras llegan las ovejas.

-Déjate de infiernos, no me hagas recordar el infierno que yo pasé.

Con años de cárcel pagó Florentino su libérrima acción. ¡Oh libertad engañosa! Nos creemos libres porque podemos decir que lo somos. Una tarde tibia y sin cierzo en el callejón de la tía Catalina diose el tío Mindivis con el maestro cuando este iba hacia el robledal de Villabellaco, le saludó y sin rodeos le espetó a plomo.

-Usted va de caza, con toda libertad cree ir, sin embargo, ni usted ni yo somos libres, solo siendo inmortales seremos libres, llegar al colmo de libertad es alcanzar lo eterno, me río de quienes ofrecen esa libertad que nos hace esclavos.

Era la hora del acecho cuando ya puesto el sol apetece el roedor las matas de la umbría, don Saturnino se hizo el sordo y allí le dejó plantado.

-En otra ocasión pillaré al escopetero ese, mañana verán en misa al falangista defensor de la fe y la libertad. Mira, por aquí llega el perniano.

-Paréceme oírle algo sobre falangistas, poco entiendo del tema, quizás nada.

-De misas algo dije, y esto le digo, si Dios existiera, ni misas ni religiones habría.

-Como anillo al dedo le vendría eso al señor Cura, pero mutis, evitará conflictos. Aquí me tiene, Restituto el perniano dispuesto a subir hasta la mata.

En los robles de la mata duermen todos los misterios, los resplandores del rayo, la frialdad de la lluvia, la contumacia fiera de los vientos, el pánico de la noche, la lujuria de hierbas y flores, el desasosiego titilante del aullido de los lobos, la tétrica y pavorosa ululación del búho, la tímida mirada de la luna, el arcano parpadeo de la estrella. Algunos tienen su nombre propio, aquí las Cuatro Latas de puntillas sobre un mogote para hacerse dueñas del sol y del paisaje; allá el Troncón de brazos gigantescos que parece amedrentar a reses y alimañas con su arrogante postura; al borde del árido calvero perdura el Quemao, albergue ahora de cárabos, lechuzas y jinetas; hacia abajo en la umbría todos parecen iguales, robles amigos formando un escuadrón invencible de guerreros.

Mientras las cabras roen en zarzales, Omo mata el tiempo tallando cachiporras.

-Omo, vaya cachiporra más original, ¿cómo te las apañaste?

-Allá en el monte, cerca de las Cuatro Latas. Es difícil encontrar un tallo así, y más difícil hacerse con él en

condiciones, hay que arrancarlo de cuajo sin hacer magulladuras, vástago de roble con todo el raigón. Para esto debes tener fuerza, y sobre todo, maña.

-Yo maña sí tengo para hacer pipas con gallarones de roble, un material blando con el que puedes hacer lo que te dé la gana.

-Esas bolas color marrón su nombre es agallas, producidas por el árbol para protegerse de parásitos. ¿Y te sirven? Sí sabrás esto, lo que poco cuesta, poco vale.

-Hombre, no serán como la de mi abuelo, pero todavía aguantan. Si vieras la pipa de mi abuelo, la compró en África haciendo la mili, esa pipa parece eterna.

-Vete a saber qué manos la harían, y de qué madera, ahora, esta madera con la que yo trabajo no desmerece de las mejores.

-Eres un hacha, lo mal que te entraban las letras en la escuela y ahora dibujas maravillas en cuernas y cachiporras. Si te viera don Saturnino, se haría cruces.

-Claro, cuando uno hace las cosas a gusto, te salen sin pensar. Las cosas debes hacerlas porque quieres, no porque alguien llegue y te obligue, y muy importante, encontrarte en vena, hoy llevo dos horas con esto, y no me canso. Ya te digo, las cosas no se pueden hacer de mala gana, y no me digas cómo era yo en la escuela ni si me entraban mal las letras o si me entraban bien, porque en la escuela era de una manera, pero ahora de otra muy distinta.

-Hombre, te dije cómo eras porque me acuerdo, mira si podré hablar alto con lo que me costó aprender a leer. Oye, no sabes las ganas que tengo de hacerme mozo, cuando cumpla los dieciocho entro en la mina, y a ganar dinero.

-Estás perdiendo la brújula, chaval, la mina es lo último.

-Todo depende de la suerte, cuando el golpe viene a derecho, da igual trabajar dentro o afuera. No sé por qué pensar en lo peor, te digo que los mozos parrandean de lo lindo, cuántas ganas tengo de hacerme mozo, ya poco me falta.

-Después querrás pasar las quintas, y después más y más. Ahora que salió lo de las quintas, algo bueno tiene ser minero, te libra de la mili.

-Mira, mucho mejor. Vaya diversión allá por La Hoguera, por San Cornelio y San Cornelín, da gusto verles llegar al Ribero con dos carros llenos de madera para hacer una lumbrada. Cualquier ocasión les vale, como el día de los zamarrones por el

carnaval, el día de los quintos, la noche de difuntos, y cuando las bodas.

-Cuando las bodas, qué.

-¿No lo sabes? Al salir de la iglesia una vez celebrado el casamiento, cortan el paso a los padrinos echándoles una cinta de colores, y entonces no les queda más remedio que dar una buena propina que luego la gastan en bebidas y aperitivos en el bar de Jesús el de la Pili. Dinero piden también cuando en la víspera de Reyes Magos van cantando de casa en casa: Esta noche son los Reyes, segunda fiesta del año, entre damas y galanes pedimos el aguinaldo.

-Cuánta tontería, pedir el aguinaldo entre damas y galanes. Anda, entérate si las vacas salen del monte, yo recojo mis chivas, y para abajo.

Gisbert voltea el cayado y se larga. Va muriendo la tarde, recostados a la puerta de la iglesia, dos rapaces canturrean preguntas y repuestas del Astete.

-¿Quién creó el mundo? Dios creó el mundo de la nada.

Por allí pasaba el tío Mindivis, oyó el canturreo y repitió la dogmática sentencia.

-Dios creó el mundo de la nada, que ejerciten la memoria estos niños, bueno es ejercitar la memoria, nuestra única facultad. Todo cuanto sabemos, por acción de la memoria lo sabemos, si así no fuera, nada sabríamos e inconscientes seríamos de nuestra identidad. Sin memoria, para ti acabaste y acabose el mundo, pues el presente sin pasado ni futuro nos hunde en el estanco de la animalidad. Si pierdes la memoria, serás animal, si el animal pierde la suya, quedará en planta, la planta en piedra, y la piedra en destrucción. Todo es memoria, atracción de la materia increada, ley eterna de la gravedad en su hacer y deshacer.

El buen hombre, tan abstraído caminaba, que tropezó contra un morrillo. Siguió atento a sus pasos, franqueó el portón de casa, y sirviendo estaba su esposa los titos de puchero sobrantes del mediodía.

-Mujer, Dios creó el mundo de la nada.

-Ya lo sé, vaya una novedad, hasta los niños pequeñines saben eso. Tienes ya la cena en el plato, siéntate y come por ver si robusteces ese cerebro que se te está quedando canijo como a micho esmirriado.

-Robusto lo tendrán quienes lo conservan guardadito como oro en paño, y por si fuera poco, todo el día vegetando en el limbo de las ánimas benditas.

-Deja en paz a las ánimas benditas, el pan, derecho, así, como cuando estuvo en el horno, puesto al revés, sufren las ánimas.

-Lo pondré como quieras. Nunca te dije esto, ¿verdad?, pues ahí lo tienes, el espíritu ni es ni existe ni puede existir. ¿Existirán las almas?

-Dices cada herejía, que no hay por dónde cogerla. ¿Terminaste?, ahora te sientas ahí junto al fuego y charlamos de nuestras cosas.

-Mejor me vendrá en estas horas echarme a descansar.

-Si estás cansado, lo mejor que puedes hacer, yo seguiré con la novena al bendito san Antonio, y luego subo.

-Muy bien, atenta al rezo de la novena, no se te vaya el santo al cielo.

La noche de difuntos hay danza de osamentas, esa noche revuelan las ánimas alrededor del campanario. Cómo no tendrán miedo los mozos, que han de subir por la escalera de caracol, oscura como boca de lobo y habitada por murciélagos y lechuzas, suben y tocan a muerto cada hora para que la gente se despierte a rezar un paternóster. Los mozos están de juerga esa noche, preparan una comilona y tragan hasta alcanzarlo con los dedos. Hacen guisos de gato y de perro sin tener en cuenta que no debe comerse la carne de estos animales. Por hacerse los muy hombres exageran en todo y después les pesa, algunos no resisten, se sienten mal y echan la vomitona en cualquier esquina. Bajan las ánimas benditas hasta nosotros y nos infunden plácidos sueños, si quieres despertar a una hora fija, las rezas una oración y puedes dormir tranquilo, a esa hora te despiertas.

Mitos son para el tío Mindivis creencias en las ánimas benditas. Por la pradería reventona de verdor que desde el pueblo avanza hasta el robledal de Villabellaco deambula al atardecer. En la cabecera del pradal donde la fuente del Cardero queda oculta entre maleza, sentado en una caliza reposaba el maestro.

-Da gusto andar por aquí, don Saturnino, parece una suave alfombra donde el pie se alivia a cada paso.

-Ante todo, buenas tardes, y siéntese. Vaya un peñón tienen los de Villabellaco ahí en frente, una muralla que les protege

del cierzo, pero mire cuánta diferencia, los de Valle bien aireados expuestos a ventiscas. Revilla, no tan metido en el monte, alargado de norte a sur como una serpiente que tirase hacia el sequero del llano.

-Así es, don Saturnino, un libro veo tirado a sus pies, símbolo de cultura.

-De Historia trata el libro este, según dicen, maestra de la vida.

-Maestra, pero una pena que tenga por testigos a los muertos, los cuales no dicen ni palabra. Si personajes pasados volvieran, a injuria la tomarían, porque injuriosos son quienes juzgan sin valorar la circunstancia del juzgado. Alta valentía vencer al muerto y profunda cobardía verle llegar resucitado. Nada más, para abajo vuelvo, quizás por el Ribero encuentre al cura con quien días hace que no hablo.

Con frecuencia se planta don Andrés en lo alto del Ribero deleitándose en sus fincas, la hermosa huerta que rodea su casa solariega, la tierra del Arión, el bien cercado prado en Praomolino. El tío Mindivis ninguna de especial monta puede contemplar entre las escasas que posee.

-Varios días sin vernos, don Andrés.

-Me pilla por casualidad, buena hora para concluir el papeleo del escritorio.

El tío Mindivis desfiló pendiente abajo y pronto se encontró en el callejón, lugar retirado donde tantas veces mantuvo charlas con los del pueblo.

-Fresco pasadizo bajo la frondosidad del olmedo, multitud de pájaros esconden aquí su nido, pero mira lo inesperado, por allí aparece un negror de sotana, quizás venga con intención de disculparse.

-He querido hacerme el encontradizo, señor Mindivis, siento haberle dejado como le dejé, tras el pecado llega el implorar perdón para que la virtud perdure.

-No se preocupe, lo mismo hice yo con don Saturnino allá junto a la fuente del Cardero. Eso de perdurar la virtud me hace recordar una leyenda en roca que así decía: *Remanet post funera virtus.* En el escudo heráldico de una casona en Aguilar de Campoo lo leí, dedicado estaba el tal escudo a la familia Terán.

-Me parece bien, *Remanet post funera virtus,* la virtud perdura.

-Sí, engaño del que los hombres se lucraron durante siglos.

-¿Engaño será la virtud? ¡Cuánta incongruencia! Me ausento como me ausenté hace poco, con usted, tiempo perdido.

Indeciso quedó el tío Mindivis por ver hacia dónde tirar, confortable lugar la vega generosa en espacios abiertos, brinda el Rubagón la placidez de sus riberas, alivio ofrece el praderío, atraen los eriales cuajados de aromas en las pendientes de Peñarruz donde la liebre corre veloz entre retamas y roquedos, invitan al duro caminar los caminos rumbo a los Rozos.

-Hola, señor Mindivis, envidia me da verle sin instrumentos como este que llevo al hombro. Imposible hacer vida de semejante poquedad, esparces abono, siembras con esmero, aporcas dos veces si no tres, arrancas maleza, sulfatas y no acabas con los bichos. Rezaremos al seráfico san Francisco, santo patrón de todas las cosas.

-Récele, que hasta milagros hará. Yo daré marcha atrás y recojo las ovejas.

Por el callejón entra el rebaño, detrás va Matías bien arropado en su capote. La cigüeña mira al norte y así aguanta hasta el amanecer. Los hijos de la Pobre no hallan momento de meterse en casa, como diablejos andan de aquí para allá tirando piedras al tuntún y sorbiéndose las velas. Quico el cuevanero viene con un brazado de mimbres, doña Rosa hace rato entró en casa con su cántaro de agua. Va cayendo la tarde, oculto queda el poblado entre las sombras de la noche, todo se aquieta menos el parloteo de unas jovenzuelas junto a la fuente.

-No se ve un alma por la calle, lo mejor para alegrar la lengua después de todo el día corre por aquí, corre por allá, y mejor solitas, no con esos gamberros que se acercan a salpicarte. Preferible hablar de cualquier tema, de novios, por ejemplo, pero eso no quita que andemos con mucho ojo. Fijaros lo que decía el cura del pueblo de mi madre, el hombre es fuego y la mujer estopa, viene el demonio, y sopla. Muy gracioso el cura ese, en sus reuniones con las Hijas de María las advertía que los besos y abrazos no hacen hijos, pero repican a vísperas.

-Decir eso un cura lo veo natural, que curas y frailes también gastan pantalones.

-¡Qué! ¿dándole a la lengua, muchachas? Seguid, seguid.

-Hablamos por los codos, no nos podemos extrañar que la gente nos llame la atención. Mira, tu hermano Pedro ya marcha para casa, parece ir algo piripi.

-Le gusta el vino, por qué negarlo, pero borracho yo nunca le vi. Oye, ahí en la cantina todavía se ve personal, el mejor día alguno ve llegar a su mujer con la cena y se la planta en el mostrador. Sí, reíros, eso sucedió en un pueblo no lejos de aquí.

-Será puro cuento, arreando para casa, no salga un ganso y nos fastidie.

Para casa marchan las mozas amañadas con su verdad juvenil. Parecidas parlas se dan donde jóvenes y no tan jóvenes matan el tiempo, ni falta quien gallardea poniendo en solfa la escasa maña del vecino. Al caer del día, en pradera sequiza se afanaba Pedro Seco y por allí pasaba José Ruiz destacado en buen criterio.

-Perdona, Pedro, te das mal arte, el segado de esa hierba que parece avenirse con tu apellido, pide maestría.

-Puedes decir lo que quieras, yo me apellido Seco como tú te apellidas Ruiz, y no un apellido es más importante que otro.

-Lo decía por darte ánimos, la guadaña en buena forma, la colodra siempre a mano, y de cuando en cuando, pizarra con suavidad. Mira tu mujer cómo trabaja.

-Sí, apañando menudencias como si lograra el oro y el moro.

-No he dicho nada, Pedro, echa los ojos allá arriba, esta tarde, nube, la guadaña cogida con la mano y la punta hacia tierra por si una chispa.

-Ya se larga, le oirías, mujer, mucho le gusta dárselas de entendido diciendo lo que todos sabemos.

-El consejo de llevar la guadaña con la punta para abajo me pareció bien, porque no lo negarás, en asuntos de precaución eres bastante cerrado.

-Me molesta el perillán con su fachenda de gobernador, tan listo y apañado que consigue ordeñar a las gallinas.

-Ay, déjame reírme un rato, qué bobo eres.

-Siempre le tuve por agarrado, de los que enseñan al río a ser río, encauzando el agua hacia esta parte o hacia la otra siempre sacando provecho.

Pedro marcha montado en su burra, la Paula a pie detrás como un perrillo.

-Paula, al retiro, amenaza tormenta, Pedro por aquí pasó como un caballero.

-Sí, me trae a mal traer porque no hago las cosas a su gusto.

-Deja de lamentarte, qué dirías si tuvieras media docena de críos como algunas.

-Vosotras lo habéis querido, nosotros no les tenemos porque mi marido no vale. Le dije un día que nos habría venido bien tener algún hijo aunque solo fuera para ser abuelos, pero ya veis, ni abuelos ni nada. Mirad, ahí cerca tenéis a ese montón de chiquitos charlando tan animosos.

-¿Os habéis dado cuenta, chavales, cuánto exageran los abuelos cuando hablan de nosotros? Para ellos todos somos listísimos.

-Los abuelos siempre así, como tienen mermadas las facultades, se consuelan exagerando las de sus nietos, pero también te aconsejan, el otro día esto me decía el mío, haz siempre las cosas bien, porque cuando no se hacen bien, las cosas se ríen de uno. Se lo he oído varias veces, ¿y sabéis qué dice mi padre?, del viejo el consejo, hijo, una sentencia cojonuda la de tu abuelo.

-El mío se parece al tuyo, le gusta repetir que no haga las cosas a ciegas, y cuando no las hago bien, qué torcido y tocho eres, me dice. Da pena verle tan endeblucho, de un tiempo acá no hace otra cosa que recoger calganazas en el portal con una pala y un escobón, y en la cocina, matar moscas a boinazos. Una pena que se vayan muriendo, me acuerdo de mi abuela, estábamos a la mesa, y de repente va y nos dice, tengo el pálpito de que me voy a morir. No sea tonta, abuela, la contesta mi hermano, bueno, pues pasados cuatro días, sin sentirse indispuesta, se murió.

-Se murió tu abuela, y qué, como todas. Lo mejor, morirse de repente, no como la mía, que hacía meses se encontraba sumida en un colapso, se la veía decaer, un día por la tarde dejó de respirar, y adiós muy buenas, se murió. Yo pienso que tan buenos como son, irán al cielo, conque estará el cielo lleno de ancianos.

-No sé qué significará lo del colapso de tu abuela, dejarnos de bobadas, llevamos aquí no sé cuánto tiempo y habré visto pasar a cinco o seis vecinos que se quedaban mirándonos, el tío Mindivis era uno.

Ocurrentes anécdotas contaron los niños sin ver que generaciones pasadas son hoy tierra nutriente. Eso va considera el tío Mindivis hasta llegar a casa, pues allí hablará su mujer conocedora de cuanto debe hacerse.

-Cada cosa en su sitio, Julián, qué pinta esa chaqueta ahí tirada.

-Déjala, tan a gusto estará aquí como en cualquier otro sitio.

-No quieras reírte de mí, si eres listo para callejear, también para lo de casa debes serlo. Cerca de aquí saltan a la vista despiertos de verdad, ahí tienes al marido de la Herminia, ocupado de sus cosas sin fijarse en lo que hacen los demás.

-Es verdad que solo ves lo rastrero, confundes ser listo para apañar cuatro faenas con ser inteligente para ciencias superiores. No sé si lo sabrás, para listo y decidor como el que más, ahí cerca tenemos al buen cura de Verbios.

-Qué le parece, don Antonio, no sé para qué podrían valer mis hijos, de buena gana les mandaba a estudiar y se hagan hombres hechos y derechos.

-Mire usted, señor Colás, este que se le nota inteligente con traza y madera de buen estudiante, para ingeniero; este otro tiene cara de avispado y con mucha labia, este para abogado; este último, que le brota la simpleza hasta por los oídos, muy bien iría para cura.

-Ya vemos cómo todo lo toma a chirigota, nos hemos reído con su ocurrencia.

-Pues sigan riéndose, preferible muertos de risa que vivos amargados. Nacimos para vivir, y los que se empeñan en complicarse la vida, acaban locos con la sesera monda, como el paisano ese de Revilla, porque usted es de Revilla, ¿no?

-Sí señor, el tío Mindivis, así le llamamos los del pueblo.

-Pues decirle que no se rompa la cabeza.

-Ese jamás cambiará, en Revilla le respetan, aunque no falta quien se ríe de él.

-También de mí se ríen, pero eso es bueno, le da recuerdos de mi parte.

Cada personajillo va tirando hacia adelante y en cada uno se ve cumplido así el saber del tío Mindivis como el bromear del cura de Verbios. El buen Omo logra maravillas grabando cuernas y cachiporras, dibuja sirenas con los pechos al aire, flores, aves propias del lugar, culebras, lagartijas.

-Qué bien te lo pasas, Omo, por aquí el día entero haciendo lo que te da la gana.

-Sí, lo que me da la gana, fastidia aguantar estas cabras locas. Gracias a que me entretengo con esto, mira qué sirena he grabado aquí.

-¡Vaya preciosidad! ¿Tú has visto alguna vez sirenas?

-Sé cómo son, las sirenas andan por los mares, Santander no cae tan lejos, tras esas sierras. Habrás oído hablar del Curavacas, un lago por Fuentes Carrionas que se alimenta del agua del mar. Esto de la orilla parece un gallo, pero es un urogallo, en estos montes no los hay, tengo cromos en casa y en uno hay un urogallo.

-Hay que ver, Omo, lo que sabes. Fíjate, a ese jabalí vaya huevazos le has puesto.

-¡Qué entenderás tú! Los bichos salvajes nos creemos que son de esta manera, y no son así, sino muy distintos. El urogallo, por ejemplo, tímido, mientras el jabalí, montaraz y fiero, le haces frente y te da una colmillada que te destroza una pierna. Fíjate qué colmillos, remolones se llaman los enormes que le crecen hacia arriba.

-Omo, y digo yo, qué beneficio sacas con tanto trabajo, llenar la casa de chismes.

-A lo mejor me da por subir hasta Barruelo en día de mercado y vendo alguna pieza de estas.

-Si encuentras quien te las compre, muy difícil, según es la gente de agarrada.

-Algunos, no todos, en Barruelo hay dinero, y si nadie me compra, vuelvo para casa satisfecho de haber pasado buenos ratos haciendo lo que me gusta.

Omo golpea con la cachiporra sobre el césped como si intentara apalear algo inexistente, Gisbert insiste sobre la obra de Omo.

-Esta culebra se la ve talmente dibujada, que parece como si te fuera a picar.

-Picarme, imposible, chaval, si está mirando para abajo, la cabeza hacia la parte más gorda. Las culebras no pican, muerden, ¿no sabías tú eso?

-Piquen o muerdan, me dan un repelús que no lo puedo aguantar, igual es porque en el paraíso terrenal entró el demonio en una para engañar a Eva. Mi abuela me cuenta muchas veces toda esa historia del paraíso.

-Y tú la aguantas, para aguantar tanto cuento, casi mejor no tener abuela.

-Igual tienes razón, la dije el otro día, abuela, déjeme de paraísos, y cogió un enfado de mil demonios, todo ello consecuencia de haber sido siempre algo beata.

-Ni se te ocurra tener miedo, ni de abuelas, ni de nada. Muy difícil morderte una culebra, si te pica una culebra, busca aguja y enhebra, razón tiene el dicho, porque solo te podría hacer una heridita.

-Eres un rato listo, tú sabes más que Lepe.

Va saliendo la vecería de entre los matorrales, la cañada se puebla de vacas, becerros y novillos. El ladrido de los perros aviva el paso de las reses hartas de pacer hierba fresca y hojas de roble. Durante un buen rato bajan los chavales hacia el pueblo sin decir palabra, aquí, puntapié contra una piedra, allí, garrotazo contra un espino, más adelante les da por arrancar una ramita, escupen por escupir, uno se rasca el trasero y otro la bragueta. El sol ya se fue tras los riñones de Peñarruz y por la costanera del pueblo sube un olor a humo, patatas guisadas y sopas de ajo.

Oh materia sustrato de este barro donde sin pecado ni virtud toda realidad halla sentido, incluso en él lo halla el señor cura cuando pierde el control, natural en un hombre que sufre la abstinencia de la carne. La Marina se mordía las uñas cuando se lo contaba a Antonio Serna.

-No me pillarán más en el confesonario, a su hermana la Rosario puede tocar.

-Tampoco es para tanto, nos ponemos en su lugar y llegamos a comprender estas cosillas, incluso pudo tocarte con buena intención.

-Sí, con buena intención. Antonio, tú habrías valido para santo.

-Santo no seré, pero siempre me verás dispuesto a prestar ayuda. Mira, para que olvides el lío ese te contaré algo gracioso, verás si es cierto lo de prestar ayuda. En la mata estaba hace días el señor Antonino con un carro de leña lleno hasta arriba, y el buen hombre apenado porque se le había caído el reloj de bolsillo en la leña, y claro, desapareció allá en el fondo entre las ramas. No había otro camino para dar con él, descargar, allí nos verías hasta dejar el carro casi vacío. Al fin pudimos ver el reloj en el fondo, le cogió, y a cargar otra vez. Aquel día bajaba yo contento por los prados del Dujo, llegado a casa, se lo conté a mi madre, y se reía. De eso tuyo ni te acuerdes, mejor si rezas una oración por don Andrés.

Antonio Serna allí dejó a la muchacha con sus miedos. Contra el miedo al no ser lucha el tío Mindivis, y contra ficticios huye

la gente. Se precisan arranques para pasar por el callejón de la tía Catalina, piadosa anciana muerta hace tiempo. La casa donde vivió está en ruinas, permanecen los paredones de sillares ciclópeos, las ventanas desvencijadas, los tabiques desconchados por las goteras y el tejado hundido. En el corralón quedan espacios abiertos donde pueden esconderse seres extraños. Cuando llegas allí, los pies se te vuelven ágiles y en un santiamén estás en mitad de la calle, sufres unos momentos, pero no pasa nada. La tía Catalina era una viejuca arrugada y cheposa, tenía el rostro pálido, nariz picuda casi tocando la barbilla, los labios sorbidos hacia dentro y unos ojines tiernos sin brillo ni color, un trivial personajillo que aún sigue adornando el enredo teatral de los vivientes.

-Hay, hija, pienso en la tía Catalina y parece como si la estuviera viendo. Ciertas personas se te quedan grabadas de una manera… Hasta el nombre parece gracioso, no esos otros que te hacen reír de tan raros como son. Tengo yo en Guardo una tía materna, ¿sabes cómo se llama?, Nicanora. Antes nacía una niña, miraban el taco, se celebraba ese día santa Nicanora, y Nicanora la ponían. En Reinosa vive una prima de nombre Baltasara, sería la mujer del rey Baltasar.

-Perpetua se llamaba una tía mía muerta hace poco, y otra que aún vive, Bibiana, pero el nombre es lo de menos. Sobre la señora Catalina, te acordarás de su afición por las flores, llegada la primavera veías tiestos en las ventanas. Cuántas veces me acuerdo, siempre con un pañolón al cuello cuando salía de casa, y qué manera de hablar, *que haiga pacencia*, decía, y palabras como *antier, apriesa, endispués, melecinas, naide*. No sé cómo pueden morirse personas tan buenas.

La tía Catalina era una santa, su hijo el señor Evaristo algo aprendió tras verla marchar hacia el cementerio, se conforma ahora con aprovechar lo menudo sin la ambición de pretéritas aspiraciones. Cuando en la calle encuentra un grupo de niños, queda quieto y le afloran al rostro sonrisas de complacencia.

-Mirad, chavales, para acá viene el tío Evaristo mascullando palabrejas, igual habla con su madre la tía Catalina que murió hace poco.

La tía Catalina murió sin haberse puesto enferma, se la paró el corazón y quedó como un pajarito. En su casa jamás entró un médico. Don Adolfo el médico de Barruelo hace las visitas montado en caballo, los niños le observan como a un

superhombre remedio de toda enfermedad y espanto de la muerte.

-Cómo escribiría don Adolfo el certificado de defunción de la tía Catalina, me habría gustado leerlo aunque no entendiese nada.

-¿Cómo lo escribiría?, con palabras rarísimas y unos garabatos como hormigas corriendo por el papel. Pero ya veis, don Saturnino nos exige hacer letra perfecta. Sin tanto lío de recetas veo yo más mérito en don Federico el veterinario, cómo habla ese hombre cuando está viendo una vaca enferma, y curar animales es más difícil que curar personas, porque los bichos son incapaces de decir palabra.

-Bueno, también hay enfermos que no pueden dar explicaciones, acordaros de la tía Catalina, que murió sin rechistar.

La tía Catalina murió porque no podía vivir más de tan caduca como estaba. Viejos son los sillares de la iglesia y perduran serenos, sí llegará día en que todo será ruina. En estos términos habló el tío Mindivis al maestro una tarde de jueves.

-Veo la basílica de San Pedro por los suelos, su mole reducida a escombrera informe vestida de jaramagos y malas hierbas.

-Usted anda obsesionado con la muerte, pues óigame, quien nunca piensa en la muerte, nunca muere. Aplíquese el cuento, menos pensar y más vivir. No hay quien aguante este cierzo, me largo.

Sigue el cierzo azotando a cuanto impide su carrera, desgasta la roca, reseca los campos, deja ateridas a plantas y personas. Nieva en los largos inviernos, duermen las noches heladoras y con santo egoísmo se practica la caridad. Gente buena los mendigos que llaman al portón valiéndose del piadoso saludo.

-Ave María purísima.

-Sin pecado concebida.

-Una ayuda por el amor de Dios, se me echa la noche encima, ya ven cómo está haciendo, ¿me podrían dar albergue?

-Un momento. ¿Qué digo al hombre este, marido? Sal aquí afuera.

-Ya salgo, mujer. Buenas tardes, buen hombre.

-Quiere albergue para esta noche.

-Se lo podríamos dar, pero seguros de tratar con persona de confianza.

-Total confianza pueden tener conmigo, se lo juro por Dios.

-Si es así, pase, pase hasta la cocina.

-Tienen ustedes chiquitos, buenas tardes, guapos.

-Chiquitos tenemos, y mayores también, muchos a la mesa y poca comida.

-Para todo habrá arreglo. Bien se está aquí al calor con esta lumbrada.

-Siéntese en el escaño, igual le preparo unas patatas de las que trae en el zurrón.

El hombre aquel a buen seguro sería analfabeto, mas no le faltaba cordura para hablar con cierta corrección. Tras un rato de charla, la señora le plantó en la mesa un plato de patatas que el mendigo comió con envidiable avidez.

-Tienen ustedes una casa para envidiar.

-Pobre la casa, pero vale para lo que debe valer. Lo pudo ver al entrar, un corralón para aperos de labranza, una leñera al fondo, barda llamamos aquí, estercolero para el abono y un trocito de tierra donde plantar cuatro berzas. Aquí en el bajo, esta cocina, una bodega ahí contigua, el portalón, y la cuadra afuera para el ganado.

-Sí, son casas donde cada rincón se aprovecha como es debido. Muchas hay así en mi pueblo, aunque yo nunca tuve una.

-¿De qué pueblo habla?

-¿Conocen Canduela? Por la carretera de Santander pasado Aguilar, un poco hacia la derecha se llega al pueblo ese, allí viví yo cuidando ovejas unos años, después me quedé sin nada, sin amo, sin casa y sin trabajo. Ahora, ya ven, pidiendo limosna por esos mundos de Dios esperando morirme en cualquier parte.

-Varios mendigos pasaron hoy por aquí. ¿Sin familia está usted?

-Sin familia, señora, dejaremos de contar miserias, qué sacamos con ello.

-Nada podemos sacar, tiene razón. Pues según le estaba diciendo, nosotros por falta de casa no podemos andar quejosos, además del bajo donde estamos, arriba en el principal, varias alcobas escasas para tantos como somos, y más arriba, lo que aquí llamamos tercero, siempre con ratones y alguna gotera.

-Por Tierra de Campos donde yo anduve sirviendo, desván llamaban a la estancia de arriba, sobrado se llama en otras partes, en cada pueblo de una manera, por falta de nombres no nos podemos quejar.

-Trastero lo llamamos aquí, nunca mejor dicho, que para trastos sirve, también para guardar el grano y para la matanza en invierno. Criamos un par de cerdos, allá para últimos de mes andaremos con la labor. Tiene ahí el porrón, eche otro trago.

-Bueno, por no despreciarlo, el último. No quisiera serles un estorbo, saben que un pobre con dormir en la cuadra se conforma, y por mi parte, muy agradecido.

-Otro sitio para usted no tenemos, en la cuadra con hierba en abundancia podrá arreglárselas para pasar la noche, frío no sentirá al calor del ganado, se echa encima ese capote suyo y algún cobertor viejo que andará colgado en la pared, y a dormir.

Aquel mendigo quedó en la cuadra en completa oscuridad, el amo de casa dio un portazo, apagó el farol y entró en la cocina.

-Cuánta necesidad por el puñetero mundo, cenamos, y a la cama.

Diversiones y penurias acompañan a jóvenes y ancianos para que siga girando la rueda, y zagales ajenos a planes de alto nivel sueñan deleites sin cortapisas.

-A mí se me ocurre pensar que siendo ricos lograríamos ser felices.

-Envidiamos a los ricos, pero igual no son felices. El poderoso Manolo Nestar está como un cerdo, con una barriga que ni puede con ella de tanto atracarse, ni le gustará la comida, porque nada mejor que el hambre para disfrutar comiendo.

A los niños el hambre les endurece hasta la crueldad, ya hace tiempo, en el aliviadero del cuérnago a pedradas mataron un perro. Eran chiquillos del barrio de arriba y del barrio de abajo, todos lanzándole piedras hasta dejarle muerto.

-Os acordaréis, chavales, de aquel perro vagabundo que matamos en el cuérnago.

-Vaya si nos acordamos, hicimos mal en matarle. Don Saturnino siempre está diciendo que maltratar a los animales es de mal nacidos.

-Callar, por allí llega el fulano ese. ¿Qué tal está, señor Mindivis?

-Muy bien, hijos. Pensando venía en lo mucho que abusamos de los animales. Los pecados van a más y las virtudes dan en decaer. Bien decía mi madre, atajar al principio el mal procura, pues si llega a echar raíces, no tiene cura.

-Bueno, señor Mindivis, ahora mismo venimos de jugar.

-Eso me parece bien, jugar y dejaros de diabluras, que nadie os vea hacer daño, ni a personas, ni a animales, vosotros portaros bien, y a jugar.

-¿Le oísteis, chavales? Igual se refería a aquella diablura nuestra.

Tin el Molinero se pasa con su burro, le carga sin duelo y le da puntapiés en la barriga. Cuando le golpea, del pelo blanquecino sale una polvareda, toda su piel está embadurnada de harina, aunque en el pesebre no la ve, tiene bastante con pacer hierbajos y cardos borriqueros en Campulera. Este burro jamás suelta una coz, mueve las orejas, pestañea, y no hace más.

-Tin, este burro te hace gran avío, vaya labor la suya.

-Es muy cabezón, cuando se le antoja algo, cuesta Dios y ayuda impedírselo.

-Me extraña, según es de manso, no mueve ni pie ni pata, nunca se te desbocará como el caballo del señor Moisés cuando se le desbocó uncido al carro.

Lo del caballo del señor Moisés fue suceso de los que ponen en vilo a todo el vecindario. Mujeres desde sus casas contemplaban el fiero correr del animal.

-¿Oíste semejante estruendo? El caballo del señor Moisés que parece ser se le ha desbocado, terminará por atropellar a alguien, igual va por el puente abajo como no coja recto el camino hacia la vega.

Al molinero nunca se le desbocó el pollino, cuando termina con el acarreo de zaquiladas, le apetece entrar en la cantina de Jesús a tomar un vaso. El burro queda afuera y puede vencerle el deseo de unas hojas del seto cercano, se le oye entonces ronchar con envidiable placidez.

-Ven aquí, mamón, quién te manda marchar hasta ahí.

El Tin le da una palmada de aviso, el asnillo se apresta a que su amo monte y tira calle abajo cuando las estrellas rutilan en el cristal oscuro de sus ojos. Es casi de noche y doña Rosa acarrea el último cántaro de agua.

-Mirad, chavales, por ahí pasa doña Rosa, ¿no os da miedo?

-Déjate de bobadas, de otras mujeres sí nos debería dar miedo, de la tía Emilia, por ejemplo, que un día nos amenazó con un navajón porque la cogimos cuatro manzanas y unos perucos de la huerta.

La tía Emilia tenía más de ochenta años y siempre estaba igual, una mañana no se levantó porque se sentía débil, y la noche siguiente se murió.

-¿Asististe al entierro de ayer? Yo me libré, estuve cuidando las vacas. Oye, esa mujer jamás entró en la iglesia, luego no sé para qué enterrarla con oraciones.

-Deberíamos pensar que perdió al marido en la guerra, sería de izquierdas y de ahí la vendría el no saber nada sobre curas. Oye, al salir del cementerio me fijé en ese recinto abandonado, el cementerio civil, yo nunca vi enterrar a nadie allí.

-No creas, a lo mejor a un suicida se podría enterrar en tal sitio, porque un suicida comete pecado mortal en el mismo instante en que muere, pero vete tú a saber.

El tío Mindivis solo mendicidad ve en todo cuanto suena a religión.

-Qué, señor Mindivis, ¿va a misa?

-Nada me importaría acercarme, pero recuerde esto, negociados de vida son los templos, ahí dentro tenemos el egoísmo regidor de cuanto existe.

-Chavales, don Saturnino dejó plantado al tío Mindivis, y ahí tenéis a la Delfina entrando en casa de Gaspar, esa siempre con cuentos según es de pamplinera.

-Vecinos, buenas tardes, cansa estoy ya de tanto patear de un sitio para otro, y aquí me tenéis hincando el diente al currusco de pan.

-Buen provecho te haga el currusco, Delfina. Del difunto Daniel que en gloria esté hablábamos la mi mujer y servidor.

-Buena persona el señor Daniel, piensas en ese hombre, y como si todavía le vieras trajinando por aquí, pero era algo raro, apenas se reía.

-Lo de no reírse importa poco, para mí no es de buen gusto lanzar risotadas cada dos por tres como hacen algunos cuando igual andan amargados. Lo decía mi pobre madre, quien ríe, lloros espanta. Me dan asco esos señores de mucho mandar que engatusan al pueblo con sonrisas y más sonrisas.

-Gaspar, eres medio analfabeto, pero algunas veces te salen frases como si fueras un doctor por lo bien puestas que las pones.

-Mira, por una vez me da la razón la mi Avelina. En pocas palabras os diré cómo era Daniel, persona que jamás tuvo con nadie una palabra más alta que otra.

-Yo nunca quise decir lo contrario. En situaciones adversas se conoce el valer de una persona, no cuando da el viento en popa, con pan y dinero mucho te quiero.

-Tú, Delfina, en experta también destacas. No hace falta que estéis de acuerdo, punto final, marcho a pasar un rato hasta la cantina de Máximo en Porquera.

Individuo peculiar era el señor Daniel, raro es Gaspar y más raros otros muchos, mientras en los espacios acecha la artera muerte esperando ocasión propicia para hincar la garra.

-Con cara le veo de no estar para bromas, don Saturnino, así es la vida, reír hoy y llorar mañana, pero tranquilos por lo que nos espera, no más largo es el sueño de los muertos que el sueño de una noche de los vivos.

Don Saturnino mira al cielo y deja al filósofo con la palabra en la boca.

-No he entendido bien, qué querrá decir con el sueño de los vivos y el sueño de los muertos. Caray con el séneca machacón y cargante, para maestro de ceremonias fúnebres valdría.

-Sobran consejos, don Saturnino, escuche, pregunté por su vida a un resucitado, el cual había muerto hacía siglos, y así me contestó: Ayer anduve por aquí.

-Hay que amolarse, con tanto muerto y tanta resurrección, terminada la clase, marcho campo a través, el mejor escenario donde ganar en sabiduría.

Los sabios raposos pasan junto a las paredes del cementerio, dan unos trotes, se acercan al portón, olfatean, echan una meada, y se van. El raposo anda con cara de persona opulenta así vaya muerto de hambre, lo mismo hacen los henchidos de razón, aparentar grandeza en su poquedad y sapiencia en su ignorancia.

Asco da que la comadreja merodee por la mansión de los muertos, caen mejor las lagartijas hambrientas de sol y tierra, eso será el Temeto degollado, eso será el chiquillo muerto en el río, eso serán cuantos a mejor vida pasaron.

-Qué os parece, chavales, no sé por qué, pero en los entierros solo pienso en el difunto y en que puedo morirme, pero ves a don Andrés, y tan tranquilo.

Don Andrés personifica el enigma de lo sagrado, su rostro pálido y señero, la ponderación de sus ademanes, el austero ropaje con que siempre va vestido, la dignidad de su ministerio, todo llega a plasmar en él una imagen celestial, imagen que hasta lo sumo se agranda cuando llegan los misioneros. Por cuaresma vienen los misioneros, mientras imparten la misión, se percibe en el pueblo un ambiente recogido y piadoso, llegan y colocan en un muro de la iglesia una cruz con la inscripción de las postrimerías, gloria en el brazo superior, infierno en el brazo inferior, muerte y juicio en los laterales. Para muchos son una lata las conferencias, otros las ven bien, dicen que ayudan a entrar en uno mismo, pero tampoco faltan quienes se ríen de la matraca frailera y siguen como de costumbre.

-Estos bandidos ganaron la contienda, y ahí les tienes, tras echarnos el bozal a los hocicos, todavía quieren sorbernos el meollo y hacernos doblar la rodilla.

-No te falta razón, pero nos tocó vivir en estos tiempos, preferible callar.

-Los hipócritas pueden callar, yo digo lo que me parece así me echen al pilón con una piedra atada al cuello.

-¿Llegarán las cosas a tanto? Tú calla, que hasta las paredes oyen, ojo avizor con los chivatos. Por aquí llega el vecino, algo sabrá de los santos misioneros.

-Qué queréis que os diga, igual son santos, pero miro alrededor y veo gente santa de verdad. Pongo por caso esas mujeres que traen al mundo un hijo hoy, otro el año siguiente, y con duros trabajos hasta el día en que salen de cuentas. Esas sí son santas, mil cielos haría yo donde ponerlas.

Muchos piensan de este modo y muchos son los que sufren las sugerencias del símbolo cristiano. Arriba de la cruz está la gloria, abajo, el infierno, esta imagen basta para sentirte abrumado por una comezón entre la esperanza y el tormento. Felicidad o desdicha, placer o dolor, mas todo queda en el olvido y vendrá la razón a amortiguar tan poderosas palabras. El tío Mindivis alguna vez se asomó a las conferencias con el fin de poner en solfa tanta ceguera, no así Gaspar Ruiz el del Ribero, que ni se asomó ni entró en juicios sobre el tema.

-Gaspar, ¿no vas a ver qué dice el fraile?

-Me cae muy a desmano la iglesia, algunos creen que los frailes van a resolverles el cocido, en casa del cura buen puchero les preparará la Isabel con sus pavos de corral, mientras algunos por ahí con sorber cañadas se conforman.

-Hombre, Gaspar, estando como estamos en cuaresma, no comerán carne, por lo de la abstinencia, aunque también es cierto que con la bula de la Santa Cruzada sí podrán. Mi mujer no pasa año sin sacar la dichosa bula, harto estoy de decírselo, pero mujer, para qué inciensos con tanta bula.

-Y no te hará ni puñetero caso. Resumiendo, los pobres con la tripa vacía oyendo sermones, otros, muy santos ellos, a mesa puesta.

La Temeta asiste a las conferencias, y siempre en busca de justicia.

-Da gusto escuchar a esos frailes, Eugenia, te consuelan con el perdón divino.

-Cada cual allá con su conciencia, yo tranquila estoy, con nadie me meto ni he tenido sucias de rojo las manos. Para qué tanta monserga de misioneros, si no hay quien ponga las cosas en razón, lo mejor será no asomar por la iglesia.

-Ya, mujer, cuesta olvidar ciertas cosas, pero no te preocupes, con el misionero se verá el tío Mindivis para aclararlo todo.

El tío Mindivis habló con el misionero, en principio se hizo el desentendido y le escuchó.

-Las misiones nos traen un mensaje, la vida es camino hacia el cielo, dichosos los que abren sus oídos a la salvadora doctrina. Con frecuencia nuestro orgullo nos impide aguzar la oreja, así se ve tanto sordo por ahí. ¿No quiere usted salvarse?, si lo quiere, decídase, y adelante.

-Quiero salvarme, pero con mi razón. El ansia de sobrevivir me ofrece paraísos, mas la razón me asigna la tierra del cosmos absoluto.

-Peligroso derrotero, amigo mío, cualquier precio es pequeño si con él logramos la vida eterna, incluso si ese precio consiste en prescindir de la razón.

-Mire usted, vida eterna quiero compartir con los antepasados, con quienes nos acompañan hoy y con quienes nos sucederán en el futuro, con los fusilados en infames guerras, con los indigentes abatidos por el hambre, con los abrasados en desiertos, con los ejércitos de anónimos de cuyas sales nos nutrimos.

En el ponderado discurso del tío Mindivis hallaron Manuel y Evaristo ocasión para largarse, uno iba rascándose la nalga y el otro el cogote.

-Ahora que marcharon esos señores, permítame serle sincero, no pongo en duda su erudición, pero vayamos a lo importante, escuchándole queda uno convencido de lo poco que vale y de lo mucho que daña esa inteligencia descreída. No entraré en controversias, que el Paráclito ilumine esa cabeza, al Espíritu Santo me refiero del que ayer mismo hablábamos ahí dentro.

Pasadas las conferencias cuaresmales, con don Saturnino siguió el tío Mindivis manteniendo así mutuos acuerdos como reñidas controversias.

-Convénzase, el bienestar de los pueblos depende de la educación, cuando esta llegue al pleno desarrollo, habremos alcanzado el bienestar sumo.

-Alcanzar el bienestar sumo es utopía, liberar al hombre de toda necesidad es condenarle a la brutalidad y al hastío. Querrá usted imitar al orador aquel cuando afirmaba que algún día lograríamos la inmortalidad, necia afirmación, hechura de barro somos, si con los productos de la tierra nos nutrimos, en ella acabaremos.

El tío Mindivis esbozó un ademán de despedida y se alejó. Ni educación ni cultura, sí el hambre espolea a los chiquillos en busca de fruta silvestre por parajes peligrosos donde pueden saltarse la tapa de los sesos.

-No comáis tanta basura y sabed dónde pisáis, no terminéis como Nici y Acelino.

-Ya oísteis a esa señora, chavales, dejarnos de tanta basura como comemos y andar por aquí cerca donde cualquiera te puede echar una mano.

-Sí, pero por mucha prudencia que tengas, en cualquier sitio la puedes pillar, a ti bien cerca de tu casa te pilló el tío Nicasio y en la cuadra te tuvo casi una hora.

-Calla, chaval, no me volverá a coger, tengo aborrecidas todas sus manzanas. Yo antes creía en la protección del Ángel Custodio, ahora ni se me ocurre creer por mucho que lo estudiemos dando gritos en la escuela.

Iglesia y escuela se hallan frente a frente, muda la iglesia, la escuela un zumbido de enjambre. Pasa por allí el señor Mindivis y por el leve movimiento de sus labios aprecias que va hablando para sí.

-El cosmos es lo absoluto, ni nace ni es creado ni perece, nada es el espíritu, pero husmeando entre lo irreal también se quita el hambre de vida. Hoy tiro para abajo, veré cómo van las fincas de la vega, según pintan los trigales, este año tendremos pan primordial remedio contra hambrunas.

Mujeres enfermizas excavan en las fincas de la vega rebuscando patatas, por allí merodea Gaspar el loco de Barruelo entre linderos y sembrados.

-¿Qué haces, Gaspar?

-Voy a vigilar mis fincas, hasta la grandona de las Arrieras.

-Qué fincas si no tienes donde caerte muerto.

-Cuidado con ese, le da la basca y es capaz de hacer una barbaridad. Mirad lo que le pasó al difunto Julián el de la señora Leonisa, empezó a insultarle, Gaspar se lanzó furioso tras él, Julián escapó al trote, fue a saltar una reguera, cayó en mala posición y se rompió una pierna. Tengo entendido que el muy calamidad, en vez de ayudarle, tiró para casa jurando como un carromatero. Bien le estuvo la paliza que le dieron los mozos cuando le vieron hacer lumbre cerca de un trigal.

-Desde luego, pero como venganza podría volver de noche y quemarlo todo.

-Sí, eso le faltaba, solo con la sospecha de que pudiera hacer una cosa así, las pagaba todas juntas. Me contó mi abuelo que en un pueblo lejos de aquí, pillaron a cierto individuo quemando unos trigales cuando la espiga estaba ya madura, le cogieron varios vecinos, le ataron con una soga, después le colgaron de un poste y allí le dejaron en mitad del campo puesto como un espantapájaros.

-Algo exagerado, pero igual es verdad, porque ¿puede haber mayor crimen que quemar un trigal? Si lo miramos bien, las espigas nos dan pan, el pan nos quita el hambre, por tanto, quien destruye el pan merece la muerte.

-Dejarlo en paz, hablábamos de Julián, mala pata tuvo, sin embargo, al bobo de Pedro Seco se le espantó la burra, cayó al suelo de cabeza y no le pasó nada.

Llega el señor cura, los niños enmudecen, se acercan y le besan la mano.

-De qué hablan tan animadamente estos chiquitos.

-De Gaspar el loco de Barruelo que anda mucho por aquí y nos da miedo.

-No tengáis miedo, respetad a todo el mundo y nadie os hará daño. Ahora subo hasta allá arriba por consolar a un enfermo en estado de extrema gravedad.

-Ya oísteis, chavales, iremos a Campulera y echamos un partido, porque pronto harán el sorteo de las eras y no podremos entrar hasta el final de agosto. ¿Habrá cosa más grande que cosechar trigo y tener pan en abundancia?

Cuando cuece la señora de casa, el muchacho vecino se ofrece a llevar hasta la hornera unos brazados de leña. La hornera huele a masa, que es puro deleite.

-¿Para cuándo estará el pan, señora Margarita?

-Allá para las cuatro lo tenemos a punto, las tortas un poco más tarde.

El chiquillo ayuda a llevar las hogazas hasta el arcón de la bodega, la señora le da un trozo de pan con otro de torta y entonces es el niño más feliz del mundo.

Matías el pastor siempre lleva pan en el zurrón, pues cobra trigo por su labor pastoril. Mucho le gusta la charla en casa de Antonino el del Ribero.

-¡Quién vive! Buenas noches a todos, está el tiempo frío.

-El frío déjalo afuera, cualquier cosa faltará, pero lumbre aquí nunca faltó, para eso tenemos el monte no tan lejos. Date cuenta qué travesero tengo echado atrás.

-Trashoguero es su verdadero nombre, bueno, nos entendemos igual. Pero eso de que tenemos el monte cercano no es cierto del todo, el otro día te vi bajar por los Rozos con un carro de leña hasta los topes, de más lejos venías.

-Sí señor, de Mercedes lindando con el Dos de Valle, caminos infernales donde lo que no puedes con esfuerzo lo puedes con astucia, por eso atamos con cadena al carro un tronco haciendo basna que le hace ir trasero y evitas entornar.

-En mañas como esa no eres tú el único. Mira este chaval con la enciclopedia en las manos, no seas tonto, chiquillo, ya sabes lo que te aguarda si sigues aquí.

-A mí me gusta estudiar, las dos cosas que más me gustan son el fútbol y estudiar.

-Lo primero, estudiar, el fútbol como otras niñerías pasan pronto, tú siempre el primero, también ayudar en las labores, ayudar y estudiar, no te canses de estudiar.

-Buen consejo le diste, te hará caso.

Matías sonríe, echa mano a la petaca y el librillo y se dispone a liar un cigarro, coloca el papel sobre la rodilla, pone en él un montoncito de tabaco y después los cinco dedos se las apañan para enrollarlo.

-Difícil liar un cigarrillo, pero más difícil cargar con un par de corderines como esta tarde tuve que cargar. Llegan los días de parición, y sin vecero.

-Raro parecen en Pepe esos descuidos, no te preocupes, mañana sin falta estoy con él y verás cómo manda recado al vecero que corresponda.

-Déjalo, nunca me gustaron quejas. Aplicado este chaval, enséñame qué libro estás leyendo, un libro muy gracioso, todavía me acuerdo, en la escuela lo leí yo, Cuentos de Calleja, Cuentos infantiles, Editorial Saturnino Calleja.

Matías lee y todos le escuchan atentos, hasta un gato dormilón abre los ojos. La cocina se va llenando de un olor a patatas arregladas con refrito y pimentón.

-Bien huelen esas patatas.

-Y mejor sabrán, puedes quedarte y las pruebas. Deja el libro, no dañes la vista, ay, Matías, si hubieras tenido ocasión de estudiar, no estarías cuidando ovejas.

Sopla el cierzo tras la ventana como dragón furioso, Matías está acostumbrado a las inclemencias del tiempo, se despide y sale decidido.

A estas horas de la noche los lobos andan listos recorriendo la mata en busca de reses perdidas. Un novillo aún puede defenderse, una vaca valiente, también, y una yegua, mejor todavía, las yeguas meten el trasero en un zarzal y con las patas se defienden de cualquier lobo por hambriento que esté. Los lobos gozan de libertad, no como los hombres, que por ruines intereses caen hasta el más bajo servilismo. Al salir de misa un domingo soltó el tío Mindivis al maestro esta colosal herejía.

-Mire usted, don Saturnino, por mucha comedia que representemos ahí dentro, espíritu, alma y Dios, tres palabras sin sentido. Tan soberbio ha sido el hombre, que se creyó superior a la materia y dio en inventar esta farsa del mundo anímico.

-Esto le diré yo, ¿por qué no busca una religión que se ajuste al criterio suyo?

-A mi verdad de barro procuro ajustarlo todo, marcho y veré si almuerzo.

Cual rodezno de aceña gira el diario acontecer, impasible perdura el roquedal de Peñarruz hacia el poniente, las quietas planicies hacia el mediodía, el contorno montañoso en el septentrión. Don Andrés sigue encastillado en su piedad, don Saturnino en su docencia y el tío Mindivis en sus filosofías. Por aquí el opulento come puchero, patatas aliñadas, tortillas y sopas de ajo. El puchero va con titos, carne con tiento, una miaja de chorizo para dar tono, berza sin duelo por ser fuente de sangre sana, y un relleno cuando de pan y huevos se dispone. Los menguados en fortuna trampean con más marmita que puchero, más sopas que tortilla y sopicaldo más que sopas. Arrebaña cazuelas el pudiente y lame escudillas el sujeto a ruin jornal. Dura tierra esta, duros sus hombres endurecidos por el cierzo. Ningún muerto vuelve, mas los chiquillos presentes los tienen y con ellos sueñan.

-Yo siento miedo al echarme porque suelo soñar con difuntos. En algunos sitios queman los cadáveres, lo mejor, así, ni funerales, ni miedo, ni nada.

-Oye, piensa un poco, cómo van a resucitar si se les quema. Don Andrés explica con seriedad lo de la resurrección, por allí anda el tío Mindivis y torció para acá.

-Qué cuentan estos chiquitos.

-Hablábamos sobre la resurrección de la carne.

-¿Podremos creer estas cosas? La fe siempre acompañada de dudas, cuando la duda no halla cabida en la mente, tenemos la locura del santo, cuando la mente ve lo absurdo de tales locuras, tenemos la realidad del ateo. De esto nada entenderéis.

-Mirad, ya se larga ¿Os dais cuenta, chavales, lo bien que habla ese hombre?

El tío Mindivis cree que nuestra supervivencia debe tener explicación, mientras personas hay que lo tienen resuelto con ajustarse a las pautas del dogma. Eso hace el buen Belarmino, quien a esta hora limpia de hierbajos los linderos. Por allí pasa el tío Mindivis y detiene la andadura.

-Aquí desgramando las orillas por ver si resucita el tremesino.

-Resurrección segura, dudosa sí es la nuestra.

Belarmino se hizo el sordo y el tío Mindivis siguió su camino, alargó el brazo, arrancó una espiga y empezó a descascarillar

los granos. Las codornices cantaban, quieto quedó escuchando ese tenue cacareo que te serena el alma.

-Por qué será, voltean las campanas y me atormenta su alarido, oigo el pitido de las santas codornices y extasiado quedaría escuchándolas, protesta contra la muerte expande el clamor de las campanas, susurro de vida el canto de estas aves.

En la vida eterna unos creen y otros no, unos aceptan el engaño mientras otros lo rechazan con valentía. Opiniones dispares hay entre los rapazuelos, unos creen y otros sufren la pugna entre creer y comprender.

-Veamos, chavales, eso de la resurrección me parece innecesario, porque digo yo, para qué resucitar si te hallas ya en el cielo. Mi abuela murió hace años, en casa decían que estaba en el cielo, y no creo que necesite tener cuerpo para estar allí.

-Vas a tener razón, igual pensando lo que dices se nos quita el miedo.

En los velatorios todos miran al difunto como quien observa a una serpiente agazapada en un rincón del aposento, agachan la cabeza con mohínes de plañidera y minutos después están hundidos en vulgaridades. Tras dar tierra al difunto salen los paisanos del cementerio, echan mano a la petaca y tiran hacia el pueblo sacando a colación los asuntos más ramplones. Don Andrés regresa con los monaguillos, entra en la iglesia, deja el libro ritual, se desprende de la sobrepelliz, y a esperar el próximo entierro. Aprovecha entonces la ocasión para advertirles sobre la noble misión del sacerdocio y sobre la suya de acólitos.

-¿Os dais cuenta cuán santa y entregada al bien de los demás es nuestra misión? Como podéis ver, la labor del sacerdote en beneficio de todos está, de los vivos y de los muertos. Vuestra misión también es sagrada, si la cumplís debidamente, estáis poniendo el primer hito para algún día llegar al orden sacerdotal.

Don Andrés les da unas perrillas y contentos marchan. En los días siguientes se dirán misas de réquiem, y no faltarán familiares de cercanos pueblos, buena forma de reafirmar los decaídos lazos de sangre. Tras la misa seguirá generoso almuerzo, con lo cual, entre comentos acerca del difunto y lloriqueos quizás fingidos, queda comprobado que el muerto al

hoyo y el vivo al bollo. Las jovencitas mucho sufren por la desazón que producen los oficios mortuorios.

-Quién inventaría esa música de muertos, se te pone la carne de gallina oyéndola.

Os parecerá raro venir yo ahora con esto, quizás nunca muera don Andrés, está una tan acostumbrada a verle…

-Qué cosas dices, la muerte no anda con distingos, don Andrés, un hombre como otro cualquiera, y por el entierro no te preocupes, la cantidad de curas que vendrán.

-Ay, hijas, cómo os ponéis, de eso que hablen los viejos si les da la gana, bastante tenemos con referirnos a las de nuestro igual.

Hechura de barro se hacen las lenguas y atento el tío Mindivis para juzgarlas.

-Don Saturnino, venía yo pensando en esas habladurías de la gente, luchas y más luchas con el burdo puñal del critiqueo.

Don Saturnino saca la cajetilla, enciende un cigarro y tira hacia el sur. Cerca de las Quintanillas estaba y ni momento dejaba de revolver criterios.

-No quiero prestarle atención, preferible alzar la mirada y contemplar el paisaje. Revilla de Santullán, lugar de ribera, fuentes y regatos, de praderas donde nunca faltó un dujo bebedero, aquí fueron mis luchas, aquí mis gozos y pesares.

El tío Mindivis todavía anduvo por la calle a la espera de algún vecino con quien hablar. Arriba en su nido crotoran dos cigüeñas, nube de estorninos desaparece en los zarzales, sobre el rastrojo aledaño se abate una bandada de domésticas palomas.

Las ya maduritas mozas, esas marujas estimadas como inocentes palomas por quienes sienten pasmos femíneos, y denostadas como protervas grajas por quienes padecen de misóginas manías, se sientan en el fogón, y a tejer y criticar.

-Hoy somos tres, mejor para tener conversación. Os habréis dado cuenta, echas un vistazo y raro encontrar persona en la que no ves defectos, ejemplo claro, los borrachines metidos durante horas en la cantina diciendo pampiroladas.

-Ya, y nosotras dale que te pego con la aguja y el dedal, total, para no ganar ni para mandar cantar a un ciego. Me acuerdo cuando pasó uno por aquí pidiendo limosna con un perro de lazarillo, daba pena oírle recitar romances.

-Para dar pena, lo de aquel tullido que venía montado en un carrito, tan apañado y ligero, que lo llevaba con facilidad un perro grandote. Ay, hijas, todas tenemos por qué llorar, me viene al recuerdo cómo andará mi hermano en la mili por los montes de Navarra en un pueblo llamado Elizondo.

-Mira esta, se la saltan las lágrimas, verás qué pronto vuelve. Ahora me acuerdo de doña Rosa cuando se puso loca y nos mandó sacar los pupitres a la calle, eso sí es desgracia, y así seguirá.

Rememora el tío Mindivis la farsa donde insipientes actores rumian pesares y pregonan logros, mas para él queda todo saber y para la ilusionada juventud los sueños. Por cerca del Ribero pasaba y se plantó ante dos muchachos que de dineros y felicidad hablaban.

-Veo que queréis haceros ricos, pues sabed que bienes y males trae la riqueza, esa enemiga de la felicidad. Seguid, seguid soñando.

-¿Le oíste?, la riqueza enemiga de la felicidad, puede que tenga razón, ahí tienes esos chavales, pobres, pero mira con cuánta felicidad marchan a bañarse.

Las aguas del río ofrecen sus encantos y allá entre los guijos brotan resplandores que los ojos descifran cual si fueran gemas de la madre tierra.

-¿Para el río vais, chiquitos? Dejaos de bañaderas, que el agua come las carnes y os pone canijos. Me lleva el demonio ver cómo os bañáis sin mirar en riesgos.

-Andamos con tiento, señora Demetria.

-Con tiento o sin él, oiremos tocar a clamor por algún infeliz ahogado en un sumidero. Cuidado, pues, que desgracias de niños traen lamentos de mayores.

Los chiquillos se alejan intentando reprimir el miedo. El airecillo serrano llega hasta el hondón del valle, lívidos quedan los cuerpos pubescentes, de su piel surgen halos mortecinos, entra el tiritón en los músculos, castañetean los dientes y de los ojos brotan reflejos de amarguras.

-Me da vergüenza estar tanto tiempo desnudo, marcho para casa. Mira, por la cuesta de Peñarruz baja José Lobato, querrá charlar con Matías el pastor.

-Aquí estamos, Matías, lo estás viendo, hoy quedé asperges. Poca caza, conejos, alguno ves, perdices, ni media perdiz. Muchas pueden ser las causas, quizás sea una la presencia del

ganado lanar, incluso los perros la destrozan. En cierta ocasión escuché al difunto Guillermo, pastor aquí hace años, que antes con un trangallo tenían los perros pastores para que no pudieran olisquear nidos.

-No me vengas con artilugios de los tiempos de Maricastaña. Pena sí me da ver una oveja herida, mira esa, un lobo la atacó.

-¿Y fue un lobo?, también pudo ser un perro asilvestrado. Para evitar percances como este no te vendría mal un mastín.

-Mastines nunca tuve ni tendré jamás. Mira cuánto alboroto el de los chiquitos bañándose en el remanso, con grescas andaban antes, hacia las Arrieras vi luego cómo marchaban dos y para arriba otro.

-Ya se sabe, los chiquillos siempre con grescas cuando no luchas.

El toro de Revilla casi siempre puede al de Porquera, allá en las Arrieras, vaya lucha la de los toros el día de Cincuesma cuando la hierba está limpia porque nadie la pisó. Quizás a un toro le untó su amo el hocico con piel reciente de oso y despertó en el animal una fiereza irresistible, treta que si el dueño del rival descubre, puede armarse la de Dios es Cristo. Tras pelear, suben los toros bañados en sudor, uno por el camino de la vega hacia Revilla, el otro por la carretera de Barruelo hacia Porquera. Arderá en sus cabezas el delirio de la lucha y en los amos el orgullo de la victoria en el vencedor y el rubor de la derrota en el vencido.

Vencedor y vencido fue el Rojuco cuando segó el garguero al Temeto, se la segó actuando en defensa propia, y así debió ser, pues nunca fue persona dada a peleas. Por si acaso, guarda un cachorrillo en el que piensa a menudo, sabe muy bien dónde está, dentro de un baúl reviejo forrado de cabritilla. Lo tiene envuelto en papel de estraza dentro de una colcha de crespón arrinconada hacia la parte izquierda. El Rojuco no lo usará, los hermanos del Temeto ya dejaron valentonadas de juventud, y ni del Rojuco ni del hermano degollado se acuerdan.

Quien no cambia es don Andrés, pero bien se advierte cómo camina hacia la meta para que así sus tiernas manos como las callosas del labrador tengan igual paradero. Sufre escaseces el niño, sueña el joven, se deja morir el anciano, destroza el minero sus pulmones y cada cual va chupando a la vida cuanto le puede dar.

De política conviene hablar bajo, en las cocinas hasta vociferar se puede, pero en lugar público, boca cerrada, por si los chivatos. Poco le gusta al tío Mindivis hablar de política, si alguien le lanza un parecer sobre el latoso tema, lo acepta en principio para luego encauzarle por otros derroteros.

-Buena tarde, don Saturnino, jueves hoy, tarde de asueto.

-Pensando estaba ahora si saldremos del bache. Con los ideales del Movimiento, saldremos, eso sí, guiados por el amor patrio haciendo patria, porque política sin patria es como religión sin Dios. A veces me lo digo, menos exigir derechos y más cumplir deberes, y nada de andar con diferencias entre vencedores y vencidos.

-Déjeme, don Saturnino, a muchos encontrará por ahí que le escucharán.

Al señor Antonino el del Ribero le gusta politiquear más de la cuenta, no traga a Franco, ni a su régimen, ni a quienes saludan brazo en alto y mano extendida.

-No podemos seguir así, pobre España, la destrozan entre cuatro mangantes, pero no tardará en dar todo media vuelta, escucha la Pirenaica y te enterarás.

-Vete tú a saber, los hechos vienen marcados con una señal y de nada vale darlo vueltas, no hay marcha atrás, nos irán arrimando el dogal al cuello hasta hacernos sacar medio metro de lengua, y no respires.

Gaspar vive resignado gracias al vino y al tabaco, deja al vecino con la palabra en la boca y se larga hacia el Ribero un tanto renqueante por causa del reúma.

-Ahí te quedas, Antonino, mira quién llega por ahí.

-¿Por aquí, Julián? Con Gaspar hablando hace un momento de cómo andamos.

-Puedes llamarme Mindivis, hombre. Algunos tienen metido en el meollo eso de no estar sujetos, libertarios se llaman sin saber qué significa tal palabra ni para qué pueda servir. Libertad sin control acaba en hacernos esclavos de eternas luchas. Y no sigas tirándome de la lengua, Antonino.

Al tío Mindivis le queman otros problemas, pronto se le vio sentado sobre un poyo de casa dando vueltas al revoltijo de sus ideas. Quítase la visera dejando marcado un surco en la frente y se limpia el sudor con un pañuelo de mil arrugas, y su mujer siempre preocupada.

-Déjate de líos, Julián, disfruta de los años que te quedan.

-Menos consejos, que estoy viendo cómo gorjean las golondrinas en el portal.

-Me parece bien, todos deberíamos ser así, están a lo que deben estar como un día estuvieron arrancando las espinas de la corona del Señor.

-Para qué hablar contigo si nada entiendes. Tendré en cuenta las veces que el cura y yo nos pedimos perdón, con él me veré de nuevo, puedes estar segura.

-Hasta ateo te llamará, bueno, pareces ateo y a lo mejor no lo eres.

-Soy ateo porque pienso mucho en Dios, pensar en Dios conduce al ateísmo. Vuelvo al Ribero a esparcirme un rato.

-Saludable el aire en esta altura, un regalo el panorama hacia los cuatro puntos cardinales. Hoy no parece andar por aquí don Andrés.

En aquel instante, como angelón que llegara por los aires, en lo alto apareció no un ángel reluciente, sino el señor cura de negro total vestido.

-Grande fatiga, señor Julián, pero vale la pena, te ves aquí arriba, y parece como si los pulmones se reanimaran. Agradecidos deberíamos estar de tan bello paisaje.

-Agradecidos de la verdad y no de vanas filosofías, porque según alguien dijo, jamás existió filósofo que tras crear un sistema filosófico no reconociera al fin de sus días haber perdido el tiempo.

-Nosotros los creyentes no perdemos el tiempo apuntando a esa meta celestial.

-Queriente llamo yo al creyente, porque creer es querer. Confiemos en la verdad de barro que nos puede dar explicación.

Don Andrés recoge el manteo, lo voltea rebozándose hasta la mitad del rostro, y se larga con un desabrido ademán de despedida.

El tío Mindivis discurre por sendas cósmicas y ve confirmada la perennidad de todo. La muerte carece de entidad, pues libre está del tiempo inexistente tras el cese de la vida, sin razón no hay tiempo, sin tiempo no hay muerte.

Los niños se guarecen pronto por miedo al sacamantecas, aunque quizás sea el hambre la causa de sus miedos.

-Andresín, yo siento envidia de los que matan una borrega por san Cornelio.

-Nada de tener envidia, tenemos donde dormir, el señor Emilio dio ayer albergue a un pobre, si se queda en la calle, la palma. Antes pasaban muchos por el pueblo y era obligatorio darles posada, aquí usaban un palo largo como un codo y labrado en madera fina, diariamente pasaban el palo al vecino cercano y así quedaba este con la obligación de dar cobijo aquella noche al vagabundo que llegase.

-Qué cuentan estos chiquitos.

-Buenos días, señora Florencia, aquí hablando de los pobres, de la señal que hace años se pasaba de casa en casa para acoger a los vagabundos.

-Cierto, testigo se llamaba esa señal. Ayer mismo al anochecer dimos nosotros albergue a un mendigo, en la cuadra pasó la noche, y muy agradecido.

-Ya, pero fíjese si uno de esos anda medio loco y le da por hacer fuego, igual lo incendia todo con los animales dentro.

-Impensable pecado, un sacrilegio mayor que quemar la iglesia. Un pobre nunca lo haría, los pobres son más razonables de lo que parece, no tengáis miedo, que algo hará Dios en favor de quienes les socorren.

-¿Os dais cuenta, chavales, qué buena persona la señora Florencia? Las madres son así, mi madre es muy sentida por las calamidades que pasan en el mundo.

-Para sentida, mi abuela, no sabéis cómo lloraba el otro día porque se habían marchado las cigüeñas. La pregunté por qué lloraba, y con esto me saltó: Ay, hijo, veo irse a las cigüeñas y no volveré a verlas más. Hace poco estábamos tomando el sol en el corral, y de pronto salta con esto: Tuve esta noche un pienso muy raro, que pronto me moriré. No diga eso, abuela, la dije yo, y lloraba.

-¡Pobres abuelas! Mirad, ya sube el Tin cantando coplas montado en el burro.

-¿Te das cuenta, Tin, cómo tira para arriba con toda la carga este burro tuyo? Le estoy viendo y se me cae la baba.

-No me extraña, qué se le puede caer a un baboso como tú. Él con su trabajo y yo con el mío, que nadie me ayuda cuando muevo las talegas, y sobre todo cuando pico la piedra hasta quedar desriñonado. Este trabajo del molino es más duro de lo que crees, por eso mis hermanos Albino y Troadio pronto huyeron de la quema.

-Oye, en qué pensarían tus padres cuando a tu hermano le pusieron ese nombre.

-Pues si lo quieres creer, cuanto más raro es un nombre, más bonito me parece a mí. Será mejor llamarse Pedro, Antonio, Juan, nombres más vistos que el tebeo.

-Pero al pronunciarlo suena mal, además, ni sabes cuál es su significado.

-Lo del significado ya es otra cosa, sin embargo, existe un santo con ese nombre. Un día hablando con don Andrés, salió esto a relucir y se me ocurrió preguntarle si había algún santo llamado Troadio, le pareció bien la pregunta y me dijo que consultaría el martirologio, y mira tú, al día siguiente nos encontramos aquí mismo y me lo puso bien claro, hay un santo con ese nombre, un mártir de la antigüedad, san Troadio. Para más señas me dijo que la Iglesia honra su memoria el veintiocho de diciembre. Bueno, este burro está canso de esperar, mirad si el Rojuco, que por ahí viene, os cuenta algo antes de que se muera, porque da pena verle.

El Rojuco va perdiendo la vista bajo unos párpados rugosos, le quedan ojos de lástima, la piel pegada al hueso, aplanado el vientre y perdido el trasero bajo unos pantalones que ya no encuentran donde agarrarse. Era una calamidad cuando entró en prisión, cómo no serlo hoy, víctima del diario trajinar en espera de una muerte digna. Para el tío Mindivis cualquier muerte es siempre una indignidad.

El señor Fidel murió tras padecer durante largo tiempo dolores de estómago que le obligaban a apretarse el vientre para mitigar el dolor. En vida nunca pisó el señor Fidel la iglesia, aun así, bien podría portar corona de santidad. Don Andrés fue al entierro acompañado de sus monaguillos, lo primero que hizo llegado al portal donde tenían el ataúd fue decir en tono seco: Levanten la tapa. El muerto sí estaba allí, no hubo más, tras breves rezos, procesión hasta el cementerio, y se acabó.

-Oye, me estoy acordando del entierro del señor Fidel, precisamente con ese que daba tanto miedo, mandó levantar la tapa, muy mal me sentó.

-Peor me sentó a mí que el pasado domingo el toro del señor Urbano Abad saliera vencido por el de Porquera, y más sabiendo que los del pueblo ese usaron de malas artes untando con piel reciente de oso los hocicos del toro suyo.

-¡Bah!, algo así sucedería hace más de cincuenta años en cualquier lugar que no fue aquí, igual sucedió en Asturias donde parece ser que abundan los osos, ahora, si fuera cierto, no estaría mal que al tonto de la faena le llevase pateta.

Cierto sí es que la caprichosa fortuna a todos da esquinazo, un año el trigo no granó por la alargada sequía, al ruin en ganado menor se le quedan horas las ovejas, o no le ponen las gallinas llegado san Antón, o se le tulle el desmedrado puerco. Cierto también que del pecado proceden todos los males, de ahí que la Rosario no pierde ocasión de airear consejos invitando al virtuoso proceder.

-Josefa, hija, déjate de embustes. ¿Me entiendes?

-Pues no, no sé qué quiere usted decirme.

-Esas caretas que os ponéis en la boca y en los mofletes. No hay belleza como la carne limpia sobre el hueso, agua y jabón, lo demás, solo engaño.

-Yo no veo ningún mal, me pinto un poco por parecer algo presentable.

-Pues cuidado con esos pareceres, que pueden llevarte a otros sin darte cuenta.

-Ay, esa señora, muy bien estaría callada.

-¿Cómo andas tan enfadada, Josefa?

-La señora Rosario, que me llamó la atención por lo de los coloretes. Será mejor andar hecha un fardel como ella, con unos atavíos que parece un adefesio.

-Hazte caso sabiendo cómo es, de su padre el señor Nicasio, difunto hace tiempo, la viene ese afán de advertir. No te preocupes, que pronto marcha para allá.

Con medrosa voz comenta el vecindario la muerte de este, la enfermedad de aquel, los escasos remedios que de poco sirven.

-En Solares hay un balneario de mucha fama, vas con padecimientos de reúma y vuelves como nuevo, pero dudo que haya milagros.

-No lo dude, vecino, milagros no hay, ya ve usted, al campo donde Matías cuida el rebaño marcho a curarme como un animalejo más.

-¿Cavilando, señor Mindivis? Según venia hacia acá, ovejas divisé que llegaron a pisarle.

-Qué otra cosa podemos hacer. Tememos equipararnos con las bestias, mas como ellas pasaremos. Hermosa materia, madre de esta razón insatisfecha.

-Con ese saber suyo a la misma basílica de San Pedro echaría por los suelos.

-Grandiosa la tal basílica, pero óigame, si Dios existiese, ya habría dado una patada a todas las catedrales haciendo de ellas un montón de escombros.

-Admirable en verdad su valentía, hereje le habría llamado don Andrés.

-Respecto a herejías le confiaré un secreto, soy el mayor hereje cuando niego la existencia del espíritu. Al fondón de los infiernos me echaría don Andrés si me oyera, pero firme seguiré en esta escena que ya apunta a sus últimas jornadas.

Lanza Matías un silbido, manda al perro y deja echado al tío Mindivis.

-Tanta filosofía, y yo sufriendo, llega la noche, y cascada hacia el abismo es este río por donde me precipito, del roquedal surgen fantasmas que hacia mí alargan sus brazos, en descampado sin salida llega a transformarse la vega, un ojo avizor asoma tras las cumbres, y el balido de estas ovejas en abrumadores truenos acaba.

El tío Mindivis allí sigue, dos milanos planean sobre lo alto de Peñarruz, vida arriba, roca abajo, música del viento en el arbusto y una violeta a sus pies.

-De los sueños hablé alguna vez al buen Matías, herencia son de nuestro endeble organismo. Grabado tengo el mío último, pasaba yo por mitad del pueblo y allí todos los vecinos contemplaban una estatua colosal que apoyaba el pie sobre un promontorio de roca, con una mano sostenía el tronco de un árbol y con la otra un pajarraco. El bloque de tierra pareció temblar y abrirse en grietas hasta acabar en derrumbe, un violento caudal de fango arrastró al gentío cubriendo la vega con un manto de cadáveres. Yo corría hacia el sur, y de repente, allí serio don Andrés como una aparición me bendecía. Significado de pecado y destrucción tendrá tal sueño, quizás también de decaída mente y de mustia ancianidad. Mira, allí en un remanso pescando están dos muchachos desnudos.

Todos los chiquillos se bañan desnudos, las niñas no, pues bañarse desnuda una niña constituye una impudicia que puede avivar en el varón lascivos deseos. Como el malquerer sigue volando el cierzo, ventarrón que desafían las cigüeñas cara al norte con las alas recogidas y el cuello plegado entre las plumas del pecho. Vuelve de caza Lobato y el tío Mindivis de

cualquier parte, se encontraron en el callejón, y suben rozando con sus cabezas el arbustivo ramaje.

-Se dará cuenta, señor José, efímera vida la de las venerables cigüeñas, mueren y no serán más, pero acaso perduren por toda una eternidad. No hay tiempo tras la muerte, lo que existe será siempre, lo que no existe no será jamás.

Llega doña Rosa ante el portalón de su casa con dos cántaros de agua, sobre el bardal con pacienzudo esmero se lame un gato, acallan los vencejos sus chillidos al colarse bajo las tejas, en la espadaña cuelgan su pesadez las campanas entre el revoloteo de estorninos y gorriones. Los aullidos de lobas paridas se oyen entrada la noche, entonces algún perro morirá de un par de dentelladas. Cierta noche el perro de Gisbert se lanzó a la calle desde la tapia del corral, y antes de llegar al suelo ya había caído en las fauces de un lobo, a la mañana siguiente aparecieron en el prado lindante trozos de piel raída y los huesos descarnados. Gisbert miraba al cielo y echaba juramentos a media voz.

-Con carrancas no le habría pasado esto al mi Moro, el perro este tenía sangre de león, pero ante el lobo hay que descubrirse, además de fuerza tiene astucia, y sobre todo, el hambre que le hace invencible.

-También te digo, una vez agarrado por varios lobos, preferible muerto. Mejor le habría venido quedarse quieto ladrando a la luna. Lo habréis oído, las mujeres son como la luna. No lo entendéis, marcho y cojo la novela donde leí esto.

-Mírale, poco le importa tu perro, se le da mejor andar con lindezas.

Muy clara está la luna en noches de cierzo para atisbar cuanto los hombres ocultan, conoce todas las inmundicias sin mancharse en ellas, de sus órbitas manan caudales de tristeza y en el abismo de su cabezota hay mares repletos de dolor.

Parió aquella tarde de cierzo un turbio día otoñal, intención tenía el tío Mindivis de llegar a la vega, le dolía el tobillo, enfiló hacia el pueblo y apareció el maestro.

-Abríguese, señor Mindivis, se nos echa el invierno encima. Obsesionado estoy con ciertas pesadillas, presagios del fúnebre mes de noviembre.

-Don Saturnino, ¿tan mala será la muerte? Los mismos dioses buscan la dulce paz que vierte, la pena de los dioses es no alcanzar la muerte. En vano intenté recordar quién escribió

estos versos. Todos podemos escribir algo, también yo, le leeré una poesía que guardo en el bolsillo, luego me dará su parecer.

Vivir siempre, gritó el hombre, vana porfía.

Mi conciencia no muere, me hace eterno, alocada fantasía.

Soy la planta que florece y muere, hermoso ser planta.

Seré el animal que sin pensar expira, la angustia así no es tanta.

Surge mi tierra y su verdad defiende, oh tierra poderosa.

En mí perdura todo y en mí muere, oh muerte deliciosa.

Toda existencia en mí encuentra sustento, oh poder de lo inerte.

Yo soy tú, tú eres yo, mísero humano, el barro nos advierte.

-Ritmo no es que tengan; medida, deficiente; rima, algo forzada, aunque no están mal, llevan su hondura y su sentido.

-Difícil resulta expresar ciertas verdades cuando ya vemos próxima la que nos premia, por qué frenarla si nos ofrece la cosecha última.

-Sí, la hora del balance tras luchar ambiciosos para al fin quedar en ruina.

Al pie del olmo de las Praízas hallaron los chiquillos un cigoñino muerto. Mal augurio, pues cuando muere un cigoñino, muerte viene de camino.

-¡Un cigoñino muerto! ¿Quién morirá pronto en el pueblo? Don Andrés está muy enfermo, yo nunca oí que tuviera enfermedades, pero igual se muere. La Temeta, señora que la ves atormentada, también anda mal.

La Temeta muere lentamente, sollozos y amenazas decaen y al fin fenecen, ni lágrimas para tanto lloro ni aire para tanto suspiro puede haber en una vida, no era cosa de salpicar de sangre los caminos con tanto plañir. Nunca estuvo enferma, una tarde otoñal cayó postrada y fue quedando amarilla cual hoja mustia de chopo. Rebulló la lechuza en los vecinos corralones entre vigas ahumadas y sillares de asperón, calva y sobrepelliz franquearon el portón de la Temeta.

-¿Perdona usted a quienes la hicieron mal?

-¿Al Rojuco? Él me habrá de perdonar, Dios me perdone, Señor, perdóname.

-Dios la perdona si usted sabe perdonar como Jesucristo perdonó a sus verdugos.

La Temeta murió, dos gorriones enzarzados en lucha amorosa chocaron contra el ataúd camino del cementerio dándose muerte y vida fraternal abrazo.

-Otra vecina al cementerio, cuánto renegó contra el Rojuco esa mujer.

Dos meses siguió viviendo el Rojuco tras morir la Temeta. Sus últimas jornadas fueron continua repulsa hacia quienes le vieron como imagen de crimen oprobioso. Una extraña enfermedad se le echó encima, el dolor le privó de sentido, quedó sin aliento, y expiró. ¡Oh muerte, perturba tu quietud y tu silencio atruena!

-Murió el Rojuco, el entierro, mañana a las cinco. ¿Ves en qué para tanto penar? El odio de aquella y el resignado callar de este en caja de chopo quedan.

-Sí pasaría don Andrés por su casa, la gente es muy mirada con lo de las últimas ayudas para no ir al infierno cuando uno muere sin confesión. ¿Cuándo dices que será el entierro? Te fastidia asistir con el cementerio allá tan lejos.

-Mañana a las cinco. Un sacrificio, hija, no hagamos como algunos, que no van a los entierros porque el difunto tampoco irá al suyo.

Otro desenlace más que el tío Mindivis contemplaba para seguir hurgando en el misterio. La señora Lucía y su esposo con frecuencia le visitan.

-¿De paseo, Lucía? Bien tienes dónde agarrarte.

-Ya, hija, ya, haremos una visita al buen Julián, de un tiempo acá sale muy poco.

El tío Mindivis pasa horas en la cocina esparrancado en una banca ante el fogón, remueve los tizones por avivar el fuego donde descubrir indicios de vida, observa la llama que cambia de forma y vigor, que parece morir, mas una y otra vez revive.

Sin fábula ni estudio llega la escena a su término, se acaba la verdad de cuanto en vida acontece, abandonan su oficio los actores y dispuesto a partir se encuentra el tío Mindivis, actor eximio y crítico cabal. Solo el entorno terrenal perdura, solo el cosmos vencedor contempla inmutable los despojos de la contienda. Sigue el cierzo lanzando su furia contra los

farallones de Peñarruz, roca a cuyo abrigo gustó certezas este buen hombre; tiende el río Rubagón su cinta claroscura, espejo en que tantas veces se reflejó su mirada; rebosa vida el robledal, cobijo donde acechó respuestas; ondea su verdor la pradería; en torno al caserío perduran los cercados ceñidos por enmarañados setos, permanecen las templadas umbrías, las húmedas riberas donde luchó contra lo absurdo este buen hombre que ahora poco a poco va acabándose. El retiro del hogar apetece quien presiente la cercanía de la muerte, y aunque ninguna grave enfermedad le aquejaba, veía la mengua de su afán, pero aún tuvo fuerzas para salir en busca de alivio, y asombrado por el ciego trajinar de José Ruiz, le espetó sin titubeos.

-Hace bien en afanarse, una manera más para poner freno a esa duende con la guadaña en la mano.

-¡Vaya batalla la suya! Me afano porque nadie viene a echarme el hombro.

-Sí, recia batalla, y la guerra perdida. Me iré con el orgullo de haber puesto en alto la verdad, pongan mi verdad como epitafio sobre esta tierra y bajo ese cielo, espacios que serán mi tumba creadora. También don Andrés está en las últimas, un engañado más, que su engaño le alivie y la verdad de barro le redima.

-Hasta un sacerdote representante de Dios, engañado, para qué tanta doctrina y catecismo si todo queda en engaño, a qué viene tanto Cristo y tanto Credo.

-Ese a quien usted menciona, un visionario más, un divinal profeta que perdidos nos dejó en un laberinto. Si tras hacerse visible en la tierra, allá volvió dejándonos asidos a la débil tabla de la fe, ¿quién pondrá en duda tal desacierto? Algo así le planté un día a don Andrés, y esta fue su respuesta, la eternidad es muy cara, hijo.

-Habla usted con voz temblona, pero sigue.

-En el mundo del silencio callaremos. Con el sonar de esas campanas, ya canten a gloria, ya lloren a clamor, satisfecho me vería por toda la eternidad.

El tío Mindivis marchó hacia casa, entró en la cocina, hurgó en la lumbre, quedó junto al fuego con tiempo para estirar las piernas, y volvió a salir. En la orilla del arroyo atropaba verdura el laborioso Belarmino.

-Menos paseos y más doblar el lomo, señor Mindivis.

-Son mis últimas idas y venidas, Belarmino. En comedia y tragedia queda este teatro, al destino de mi barro me entrego.

-¿Qué le pasará al hombre ese, don Saturnino? Estuve viéndole charlar ahí abajo con el yerno del difunto Daniel, ahora iba calle arriba con el pañuelo en la mano.

-El buen Julián barrunta su partida, se acaba su parlamento, pero pierda cuidado, seguiremos oyéndole.

Durante las fechas previas a su jubilación, como a hurtadillas entraba el maestro en aquella escuela de sobados pupitres, desconchadas paredes, olor a guajes poco limpios, a polvo de clarión, a maderas carcomidas y a humedad.

-Te veo triste, Saturnino, cuando tú andas preocupado, preocupada ando yo.

-Estoy pensando, mucho me queda por hacer, algún día escribiré mis memorias y serán interminables. Sobre el particular, presente tengo la advertencia que don Andrés me hizo, si le da por escribir, me decía, olvídese de novelas.

El dolor, que no distingue carnes de santo o de pecador, vino a hurgar en el vientre del sacerdote obligándole a cambiar presbiterio por alcoba y sermones por jaculatorias. Tras pagar a la vida el último ochavo, murió don Andrés espantando los asertos del tío Mindivis que le asaltaban cual dragones prestos a arrebatarle las creencias guardadas para aliviar la angustia del último combate, el cierzo volvió a soplar, tomó el cielo cariz de cripta sepulcral y temblaron absortos los monaguillos. Las calles se vieron silenciosas, solo el lamento de las campanas sonó repetidas veces, el día siguiente todo era vestidos negros de mujeres y trajes oscuros de hombres. Nube de sobrepellices rodeaba el ataúd, tras rezos y más rezos, bajo tierra quedó don Andrés y pronto una alfombra vegetal cubrió su tumba.

El tío Mindivis ha muerto atufado junto al brasero en su oscura cocina, no ha sufrido el tormento de luchar contra la nada, ha nivelado pretéritas angustias con la serenidad de los últimos instantes. Su entierro fue como el de otros muchos, la gente no pasó de las cuatro frases comunes. Sus allegados recibieron el pésame del vecindario, abundaron propósitos de cristiano proceder, y pasados unos días, todos siguieron con su trajín. Dos fulanos de una alejada aldea asistentes al sepelio conversaban ya de vuelta.

-Ha estado bien el entierro, al pueblo este de Revilla me decidí a venir porque no era el finado un individuo cualquiera,

unos le tenían por lumbrera y otros por extravagante, aun así, algo ganas cuando obtienes cierta celebridad.

-Hablas como si no hubieras estado en el cementerio, allí, ni celebridad ni nada.

Los forasteros desaparecieron tras remontar la collada de Peñarruz, irían hacia Santa María de Nava, aldehuela que se asienta cercana a la ermita del Carmen.

Cuatro chiquillos andaban por la calle sin saber dónde tirar, y allí cerca, echado junto a un rapaz, un perro lleno de suciedad muestra en su mirada mares de tristeza.

-¿Por aquí con un perro, chaval? Raro verte con un perro. ¿Te lo dio alguien?

-No me lo dio nadie, se me juntó, quise echarle, pero no se apartaba de mí.

-Cuidado con él, tan sucio como está puede morderte y coges la rabia.

-Vaya unas señales tiene de estar rabioso. Mirad, ya vuelven del entierro del tío Mindivis, yo no quise ir, me da miedo.

-Miedo todos tenemos, no tanto como tú que hasta te tiembla la voz, arrea para casa, que pronto pasarán por aquí los monaguillos con el incensario y la cruz.

El del perro marchó con el animal, mientras los otros en apariencia valentones por allí quedaron tirando piedras al tuntún y soltando palabrotas. Cada uno en su lugar, los finados en el cielo y los vivos en la tierra con su rutinario papel. Pasan los años, sin huellas de pisadas en las sendas, escasos chorros de agua echan los caños de la fuente, silencioso el lavadero, y como atentas vigías, melancólica la iglesia y aburridas las campanas. El laborioso Belarmino es de los que siguen, un vejestorio todavía con fuerzas para deambular de acá para allá. Cuando alguien le habla del vivir presente, reniega contra los advenedizos visitantes que llegan con la mente en blanco sobre lo que Revilla fue y lo que sus vecinos fueron.

-¿Te das cuenta, Belarmino, cómo se anima Revilla en estos meses?

-Vaya si me doy cuenta, vienen de paso como las cigüeñas, llega el invierno y cuatro viejos quedamos. Yo aquí acabaré, y que sea cuando Dios quiera, me basta el recuerdo de mi santa mujer la Conce y el de mi suegro Daniel Terán, y cómo no acordarme del tío Mindivis, señor al que hace días dimos tierra.

Sin gente queda Revilla de Santullán, todos marcharon diluidos en el piélago de la materia. Ya no brillan las guadañas entre los rubios trigales, el traqueteo de carros no turba la paz del aire, en rincones olvidados púdrense sucios aperos, ya no suena el vocerío de zagalas y mozuelos. Si así acaba cuanto imperecedero vimos, si esto nos queda tras tanto afán, que nuestras vivencias últimas de eterno barro sean la anhelada eternidad.

RAÚL ALONSO RUIZ

VERDAD DE BARRO